
YANIRA GARCÍA
Como si siempre fuese Navidad

Como si siempre fuese Navidad

YANIRA GARCÍA

Como si siempre fuese Navidad
Primera edición: noviembre 2024
© Yanira García, 2024
© Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez @wristofink
© Maquetación: Yanira García
© Corrección: Raquel Antúnez
© Imágenes del interior diseñadas por Freepik.

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* , en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

Prólogo
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
EPÍLOGO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
ENCUENTRA MIS OTRAS NOVELAS

Para todas las que os habéis perdido alguna vez
y sentís que estáis rotas.
Siempre hay alguien que os ve.
Siempre.

Prólogo
Nathan

L*os Ángeles, 5 de septiembre de 2023.*

Bum.

Bum.

Bum.

Como una flecha en el centro del pecho.

CAPÍTULO 1
Hacia Belén va una burra

L*os Ángeles, 22 de diciembre de 2023.*

Reviso por segunda vez, o quizá sea ya la tercera, la lista de tareas pendientes que descansa sobre el escritorio de mi habitación. Me temo que es de las pocas veces que esa mesa tiene espacio suficiente para albergar un papel más o, al menos, uno que se distinga entre el montón de carpetas, informes y libros de economía que habitualmente reposan sobre ella.

—Ropa de abrigo: lista. Portátil: en su lugar. IPad: cargado al cien por cien y con los informes que tengo que repasar en las horas de vuelo preparados y en orden cronológico dentro de la carpeta que he denominado: «Papá me matará si no lo tengo listo para cuando llegue a Londres». Por desgracia, es un título demasiado extenso y los puntos suspensivos que se muestran no ejercen bastante presión, aunque la palabra «papá» ya debería ser más que suficiente para que me quite el apetito. Móvil: cargado, pese a que no me sirva de nada porque en el vuelo no podré utilizarlo.

Temo la cantidad de llamadas, correos electrónicos y mensajes que tendré al bajarme de ese avión en Nueva York. Poco más de cinco horas de vuelo dan para mucho y, aunque Susan está al tanto de este viaje navideño —puestos a contaros, Susan está al tanto de casi cualquier cosa que hago en mi meticulosa, estructurada y ordenada vida—, eso no quiere decir que vaya a poder tomarme un descanso. Dios, ni siquiera recuerdo la última vez que pude disfrutar de unos días lejos del ordenador, de las interminables conferencias o de las estadísticas que auguran un año lleno de éxito profesional. Y ese éxito es el que mantiene la empresa como una de las pioneras en tecnología.

«Todo se consigue en esta vida a base de sangre, sudor y lágrimas, Pixie, que no se te olvide». Imposible hacerlo, papá. Imposible hacerlo.

Termino de tachar algunas de las líneas que decoran la lista que he escrito y que Susan ha comprobado, porque sí, Susan tiene que darle el visto bueno a esto también antes de coger la chaqueta. Susan es mi secretaria y mi jueza. Evalúa todas y cada una de mis acciones. A veces sospecho que es una espía, que mi padre la ha seleccionado a ella y que le cuenta cada cosa que hago. Muecas incluidas.

Como podéis comprobar, mi vida es la mar de divertida.

El renglón que especifica que tengo que comprar los regalos navideños, en el que he escrito entre paréntesis que solo quedan dos días para Navidad, sigue ahí, como tarea pendiente. Apenas tengo tiempo para ir al lavabo como para poder tomarme una tarde o una mañana libre y dedicarla a recorrer tiendas o puestos en busca del paquete perfecto.

Suspiro. ¿En qué se ha convertido mi vida en estos últimos años?

Mi móvil suena, y agradezco que ese sonido me abstraiga del peso que sigue dentro de mi pecho, de ese que me aprieta y asfixia cada día un poco más. Me pongo en tensión al instante hasta que compruebo que en la pantalla aparece el nombre de mi hermana Stella y no el de Susan o papá.

Me acerco a la ventana y descuelgo antes de que se corte la llamada, y Stella vuelva a insistir. Es cabezota, como mi padre, como mi madre, como mis abuelos y como yo misma, claro. Va en

los genes Beaumont.

—Stella, ¿cómo va todo?

Un silencio sordo se instala al otro lado. Me pongo en alerta. ¿Habrá sucedido algo? Separo el auricular, ninguna notificación pendiente, incluso doy unos pasos en dirección a la maleta que he terminado de hacer hace unos escasos minutos y que sigue perfectamente alineada con la ropa que voy a ponerme antes de que llegue el taxi que me llevará al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, casi —casi— rozo el portátil cuando mi hermana toma la palabra.

—¿Cómo va todo? Si quisiera hablar con Pixie la ejecutiva, lo habría hecho. —Se toma otro segundo antes de proseguir—. No, en realidad, no lo habría hecho. Esa Pixie es insoportable y siempre tiene un palo metido por el culo.

Suelto un quejido. Tiene razón. En lo del palo y en mi actitud al contestar. Imagino que es la costumbre.

—Lo siento —me disculpo.

—Esta Pixie tampoco me gusta. Echo de menos a la chica espontánea que siempre decía lo que pensaba y que actuaba por impulsos. —De esa Pixie ya no queda nada. Algún recuerdo lejano, por supuesto. Stella interpreta mi silencio como una derrota y cambia el tema. No sé si es consciente de ello, pero se lo agradezco—. ¿Tienes todo preparado para el regreso al hogar dulce hogar?

No lo sabéis, sin embargo, el retintín con el que lo suelta dice mucho de ese supuesto hogar. Que de dulce últimamente tiene poco.

—Eso creo. He revisado la lista las suficientes veces como para que Susan esté orgullosa de mí.

Stella chasquea la lengua y sé lo que viene a continuación. Evito que pronuncie palabra alguna, por lo que hablo antes que ella.

—¿Y tú? ¿Ya estás preparada para regresar y enfrentarte a la cantidad de comentarios hirientes que papá hará sobre tu estilo de vida desenfadado? —Sí, ese es nuestro «dulce hogar».

Ahh, y con «estilo de vida desenfadado» quiero decir que es la más valiente de las dos y la que decidió seguir a su corazón y dedicarse profesionalmente a tocar el piano dejando a un lado lo que pensasen de ella o lo que dijesen a sus espaldas. O en su propia cara. En fin…

—Estoy preparada para que me tachen de todas esas cosas que suelen tacharme. Como, por ejemplo, mala hija.

Porque no sería la primera vez que mi padre saca a la palestra ese tema de conversación y en el que me pone de ejemplo. Porque yo sí que decidí «continuar» la tradición familiar, estudiar Economía y guardar en el cajón de los sueños mi futuro como violinista. No por voluntad propia, no, pero eso ya lo hablaremos en otro momento.

Nada, absolutamente nada, me gustaba más que tocar el violín. Entiendo que mi hermana sea feliz al perseguir su sueño y envidio que haya tenido el coraje de enfrentarse a todo y a todos y luchar por ella, por lo que quería, por lo que anhelaba, a sabiendas de que, en ocasiones, sería difícil, tal vez más de lo que esperaba, sin embargo, ahí sigue, en pie, aferrándose con uñas y dientes a esa profesión, celebrando cada triunfo y luchando por poder vivir de ello sin depender de nadie más.

Está a un paso de conseguir esa audición por la que tanto ha luchado y estoy segura de que lo logrará. Porque es constante, porque tiene talento y porque nadie se lo merece más que ella.

—Yo estaré a tu lado, tranquila, es probable que, si no acabo todos los informes que tengo en el iPad —me explica, no le menciono el nombre de dicha carpeta, aunque estoy convencida de

que se hace a la idea, porque no es la primera ni la última vez que me motivan los títulos de la misma—, papá me riña a mí.

—Papá siempre te riñe a ti, aunque seas la hija perfecta que hace todo según lo estipulado y que no tiene un pelo fuera de su lugar.

Me giro para comprobar que eso que mi hermana argumenta carece de peso. Imposible llevarle la contraria, porque tiene razón. Todo está donde tiene que estar. Mi abuela debe de estar revolviéndose en su tumba por ver en la clase de mujer en la que me he convertido cuando le prometí que sería feliz.

No lo soy.

De ninguna manera lo soy.

—Lo sé.

Escucho el largo y profundo suspiro al otro lado.

—¿Traerás tu violín? —me pregunta con recelo. Sabe la respuesta antes incluso de que yo se la proporcione.

—No, ¿para qué? Hace mucho que no toco, mis dedos… —Me da miedo siquiera pensar en si seré capaz de afinarlo.

—Pixie, la música corre por tus venas. Por las mías. Por las de la abuela. Eso jamás se olvida. —A pesar de que no me siento segura, asiento. Un gesto más destinado a mí misma y a mi poca confianza que a ella, porque no me va a ver al otro lado.

»Por favor —me pide. La súplica danza a mi alrededor y no hay nada que pueda negarle a mi hermana—. Por favor, Pixie. Será increíble, como hace años. Yo al piano y tú con el violín. Por la abuela, por mí. Por ti misma. Porque necesitas recordarte quién eres bajo esa ropa, ese maquillaje y ese pelo perfecto.

Alzo la vista y encuentro mi violín al fondo de la habitación, sobre la almohadilla que era de mi abuela. No lo toco hace muchísimo tiempo, sin embargo, soy incapaz de guardarlo en su estuche.

—Está bien. —Stella aplaude al otro lado mientras me asomo a la ventana. Ha empezado a llover y el tráfico será mucho más denso de lo esperado. Debo darme prisa—. Tengo que dejarte —me despido—. Nos vemos pronto.

—Nos vemos pronto, Pixie.

Cuelgo el teléfono y lo tiro sobre la cama, me debato entre volver a conectarlo al cargador porque ha bajado un par de puntos en la batería y… No lo hago. Un estúpido acto de rebeldía contra la Pixie en la que me he convertido. ¡Ja! Chúpate esa.

Sigo avanzando y un par de pasos más me llevan hasta mi violín. Repaso el contorno con los dedos, como si él pudiese recordarme. Como si tuviese memoria táctil.

—Hola, precioso.

Me incorporo, abro el estuche con sumo cuidado y lo guardo dentro. No sé qué pensará mi padre de esto, tal vez lo vea como una sublevación o quizá culpe a Stella de meterme pajaritos en la cabeza. De darme las alas que él me quitó, y yo permití que lo hiciera.

Por ella. Lo hice por ella.

Renuncié a mi vida como violinista por dirigir su compañía en Los Ángeles y el peso de todo eso me consume un poco más cada día.

No es el momento de pensar en ello, no lo es. Puede que nunca lo sea.

Coloco mi violín al lado de la maleta, guardo el móvil en el bolso, al lado del iPad y de los cargadores. Y comienzo a desvestirme sin perder de vista la imagen de mí misma que me

devuelve el espejo de cuerpo entero.

—Feliz Navidad —me digo—. Feliz Navidad.

CAPÍTULO 2
Campana sobre campana

He llegado con menos tiempo del esperado al aeropuerto. Repaso la nueva lista que tengo escondida en el bolso y me cercioro de que todos los puntos a tachar, una vez pisase el aeropuerto, han sido llevados a cabo con éxito. Facturación lista. Chaqueta en su lugar. Bolso con iPad, cargadores y móvil en perfecto estado y según lo previsto. ¿Regalos de Navidad? Sigue como tarea pendiente.

Decido invertir los minutos que me quedan en la tienda de regalos. Ya sé lo que estáis pensando: es bastante lamentable terminar comprando los detalles que colocarás bajo el árbol navideño en una tienda dentro de un aeropuerto. Pagando el doble, eligiendo lo primero que pillas y sin molestarte en reflexionar si le hará ilusión o no a la persona que lo reciba. Doy pena. Me doy pena a mí misma.

Exhalo con fuerza justo antes de girar por uno de los pasillos sin recrearme en esos pensamientos y volviendo a enterrar esa sensación en lo más profundo de mi pecho, cuando siento el golpe en el brazo.

—Disculpa, ¿te he hecho daño? —Me doy la vuelta con la intención de restarle importancia al asunto cuando me quedo boquiabierta ante unos preciosos ojos verdes que me observan con cautela.

»¿Hola? —Un pequeño alzamiento en la comisura de sus labios y regreso de inmediato a la vida real.

—Oh, no pasa nada —susurro aturdida y no precisamente por el golpe—. No estaba atendiendo, en parte, también ha sido culpa mía.

Ese alzamiento en su comisura se convierte en una sonrisa preciosa.

—No deberías ser tan gentil, sobre todo, cuando he chocado contra ti aposta. —Abro los ojos, frunzo el ceño. ¿Qué ha querido decir exactamente? Antes de poder siquiera preguntar, toma de nuevo la palabra—. Llevo un rato observándote deambular por la tienda y…, bueno —continúa y se acaricia el cabello desenfadado y rebelde, tan rebelde como me resulta él y su comportamiento —, ya ves —añade—, ligar no es lo mío —sentencia—. Las tres veces que he repasado este triste y patético plan en mi cabeza se veía mejor de lo que ha resultado ser —se sincera.

Y no detecto ni un ápice de ironía o de sarcasmo en su comentario.

Me quedo tan perpleja que ni siquiera parpadeo. Espera, espera, espera, recapitulemos, ¿está diciendo lo que creo que está diciendo?

—¿Estabas intentando…? —Señalo con el dedo índice mi brazo, el que ha recibido el golpe.

—¿Acercarme a ti? ¿No hacer un ridículo estrepitoso ante una chica preciosa? ¿Mejorar mis dotes de ligue sin éxito alguno?

Se gira un instante dejándome completamente desconcertada —un poco más de lo que ya lo estoy, sí— y aprovecho el impás para colocar de nuevo en su lugar el perfume que tenía entre mis dedos y que sé de sobra que a mamá no le gustaría en absoluto, solo que a mí me salvaría la vida.

—Una flor para otra flor. —Me tiende una pequeña rosa de papel que ha sacado de… No sé de dónde la ha sacado—. Sé hacer trucos mejores, lo prometo. —Me sonríe con reserva ante mi

cara de confusión absoluta.

Sigo sin ser capaz de articular una palabra y no solo porque sea un chico guapo, sino por su descaro. Estoy segura de que Stella ya le habría pedido el teléfono o le habría invitado a un café. Yo ni siquiera sé cómo reaccionar porque las citas —y los hombres en general— no suelen estar contempladas en mi ajetreada agenda supervisada por Susan. Si ni siquiera se ha molestado en incluir un hueco en ella para mis compras navideñas, imaginaos lo demás.

—Gracias —musito sujetando la flor entre mis dedos.

Me la llevo a la nariz por pura inercia y me sonrojo al darme cuenta de que es una flor de papel.

Típico de Pixie.

—Qué monada —musita acercándose un poco más—. Además de preciosa, eres una dulzura.

¿Es un cumplido? ¿Un cumplido de los de verdad? ¿Un cumplido de un desconocido? ¿Cómo se supone que debo responder a eso? ¿Y por qué me gusta siquiera que me haya dado una flor de origami? ¿Debería contemplar la posibilidad de huir despavorida?

—Gracias —musito en cambio, bajando la vista y guardando la flor en mi bolso atestado de cosas.

—En fin. —Suspira y da un paso atrás, y me fijo en más detalles. Su cazadora de cuero marrón; su bufanda gris, que reposa sobre las tiras de la mochila que lleva a su espalda; sus vaqueros desgastados, y unas botas altas de montaña. Sus pecas; sus pestañas densas, que le dan un toque más profundo a su mirada verde bosque, y esa sonrisa perenne, que seguro que destroza corazones—. No sé si al final lo he hecho bien o si te apetece que este mago desconocido te invite a un café. Y, para ser menos desconocido aún, te diré mi nombre. —Aguardo expectante a que lo haga—. Nathan. Me llamo Nathan Graham. ¿Y tú eres…? Además de preciosa y una dulzura —añade con desenfado.

Me guardo el cumplido y lo acepto, aunque sé que no debería hacerlo por las razones que ya todas sabemos, sin embargo, no volveré a verlo. ¿Por qué no?

Me imagino a mi hermana al otro lado diciéndome que lo haga, que acepte, que en mi cuadriculada vida debe haber lugar para un café con un desconocido guapo en un aeropuerto.

—Pixie. —Alza una ceja esperando a que añada mi apellido—. Pixie Beaumont.

Rezo para que mi reputación no me preceda. Quiero ser yo, al menos con él, la chica normal que no tiene compromisos, que no mide sus palabras y que es capaz de tener citas con desconocidos.

Que es capaz de tener una cita. Una sola.

—Vaya.

—¿Qué? —pregunto sin entender bien su escueta respuesta. ¿Se ha arrepentido del café?

—Tienes cara de Elizabeth o… —Parece meditar unos segundos—. Lizzy, Fleur o Heather —finaliza. O eso creo.

Esbozo una sonrisilla. Heather es el nombre de mi abuela. Me habría encantado llamarme como ella.

—¿Se puede saber por qué piensas eso?

—Son nombres dulces —sentencia acompañando esa afirmación con un guiño insolente en sus ojos.

—Si te sirve de consuelo, tú tampoco tienes aspecto de llamarte Nathan.

—Ah, ¿no? —Da un par de pasos hacia atrás y se hace el ofendido llevándose la mano al pecho—. ¿Y qué nombre crees que tendría?

—Joe, Harry o… quizá Stephen. —Los primeros que se me han pasado por la cabeza.

Cavila mi respuesta durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Uno de mis hermanos se llama Harry, lo siento, se me adelantó y me lo quitó. Otro motivo para tirarle de las orejas cuando lo vea. —Me guiña un ojo explicándome con ese gesto que era una broma.

—¿Uno de tus hermanos? —Asiente.

—Te lo contaré todo si aceptas mi invitación.

—¿Un café?

Observo mi reloj y me percato de que queda poco más de media hora para que anuncien el embarque. Y no me viene mal ese café, de hecho, me viene mejor de lo que pensaba porque necesito estar despierta para invertir esas cinco horas de vuelo que separan Los Ángeles de Nueva York en adelantar todo el trabajo posible.

Los regalos tendrán que esperar un poco más.

—Un café. —Alza la mano y se la lleva al pecho, solemne—. Palabra de Nathan Graham.

—Acepto ese café, Nathan Graham.

No guarda ni un segundo de silencio mientras caminamos en dirección a la cafetería más cercana. Me cuenta que le encanta leer novelas de suspense, de hecho, señala la mochila de la que cuelga su bufanda y me explica que trae varias de ellas, algunas para releer en estos días de Navidad y otras para regalarle a su padre, que es tan aficionado como él al *thriller*. Trago con fuerza porque siento verdadera envidia de lo que me explica y de la naturalidad con la que habla de ellos. También me cuenta que las Navidades para su familia son muy importantes, porque se reúnen todos, y cuando dice todos quiere decir todos. «Las generaciones que siguen vivas de los Graham en una sola casa». Y, ojo, que cito textualmente sus palabras.

—Tengo cinco hermanos…

—Vaya, tus padres no perdieron el tiempo —murmuro.

Y me parece un comentario de lo más desafortunado. Nathan, por el contrario, se carcajea cuando lo suelto sin pensar. Eso me tranquiliza.

—Tienes sentido del humor, menos mal —ironiza.

Ese comentario me hiere, aunque intento que no se me note.

«Porque necesitas recordarte quién eres bajo esa ropa, ese maquillaje y ese pelo perfecto».

Nathan parece reparar en que me he puesto tensa y guarda silencio unos segundos por si decido añadir algo o, tal vez, por si tomo la vía fácil: salir huyendo despavorida.

—Así que cinco hermanos —retomo el tema, es más, me gusta que sea él el que lleve las riendas de la conversación porque yo no tengo mucho que contar sobre mi triste vida.

—Cinco hermanos. Harry, felizmente casado con Sanny desde hace cuatro años. Están esperando su tercer hijo. —Mis ojos se abren como platos.

—Os va la marcha —pronuncio y una leve sonrisilla se escapa de mis labios.

—Ohhh, vaya, veo que sabes sonreír —apunta con osadía.

—Eso parece. —Aunque ya no recuerde cuándo fue la última vez que lo hice de forma tan genuina.

Aprovecho para darle un largo sorbo a mi café con leche y percibo la espuma del mismo en mi labio superior.

—Qué dulce eres —insiste él, tendiéndome una servilleta.

En esta ocasión, no le devuelvo la sonrisa, en cambio, él dibuja una enorme por los dos.

—Entonces tienes dos sobrinos y otro en camino —apunto.

Niega con la cabeza.

—Tengo seis sobrinos.

Abro la boca y parpadeo en un par de ocasiones.

—¿De veras?

—Cuando te decía que nos reuníamos todos, y que somos una familia enorme, no era un farol. Digamos que nos gustan los linajes extensos. ¿Y tú? ¿Qué hay de ti? —Niego y bajo la vista—. ¿Hermanos?

—Una hermana, menor que yo. Se llama Stella y no tiene hijos —suelto casi de carrerilla.

Nos adentramos en terreno pantanoso, desde que murió mi abuela, la familia ya no es lo que era. Mi hermana y yo permanecemos unidas, e incluso el abuelo pone de su parte para que las pocas reuniones familiares que se dan sean como antes. Nunca lo son. Papá se encarga de estropearlas todas.

«Los pasajeros del vuelo con destino a Nueva York pueden pasar por la puerta de embarque asignada».

Alzo la cabeza al escuchar que es mi vuelo el que se anuncia por los altavoces y me levanto con la intención de irme. Nathan baja la vista hacia donde se encuentra el estuche de mi violín como si fuese la primera vez que repara en él y no hace comentario alguno al respecto, cosa que agradezco.

Abro mi bolso, y él estudia con detenimiento cada uno de mis movimientos sin inmutarse. Parece sereno y tranquilo, al contrario que yo, que me siento inquieta y nerviosa.

Saco un billete de veinte dólares y lo dejo sobre la mesa.

—Invito yo —le indico. Él niega en repetidas ocasiones.

Empuja el billete en mi dirección y me sonríe de nuevo. Una sonrisa nada forzada, natural y sumamente irresistible.

¿Y ahora qué? ¿Le tiendo la mano? ¿Le doy dos castos besos en la mejilla? ¿Chocamos los puños?

—Me lo he pasado bien, Nathan Graham. Gracias por empujarme en la tienda y por ser un descarado de campeonato. —Uso la vía fácil. Una despedida cortés y educada.

Se lleva la mano a la frente y se quita un sombrero que no lleva. Es un gesto muy mono.

—Gracias por ayudarme a mejorar mi técnica de ligue y por no llamar a la policía por comportarme como un acosador.

Me carcajeo de forma espontánea y me pilla de sorpresa el gesto. ¿Cuánto tiempo hace que no me río de esa forma? ¿Cuánto?

—Gracias —insisto. Me coloco el bolso en el hombro izquierdo y mi violín en el derecho—. Feliz Navidad, Nathan Graham.

—Feliz Navidad, Pixie Beaumont. Hasta pronto.

CAPÍTULO 3
Jingle Bells

Acelero el paso hasta colocarme en la fila de pasajeros ya formada. Saco del bolso la documentación que la azafata me pedirá cuando llegue mi turno y aguardo a que avancen y comiencen a entrar. Un par de familias con niños encabezan la cola, y sonrío al recordar lo que me acaba de contar Nathan sobre él.

Me giro en su busca, como si estuviese cerca y pudiese seguir

contándome historias de su familia o de esos cinco hermanos y seis sobrinos que tiene. No os hacéis a la idea de lo bien que me he sentido en ese corto espacio de tiempo, donde he dejado de pensar en trabajo y responsabilidades, y sencillamente he disfrutado de un café con un desconocido en un aeropuerto.

Saco el teléfono y le envío un mensaje a Stella.



No te vas a creer lo que acaba de pasarme.

Le hago un breve resumen y aparecen abajo un par de puntos suspensivos, lo que me indica que está escribiendo.

Una serie de emoticonos indecentes y románticos acompañan el mensaje.



Espero que le hayas pedido su número de teléfono para cuando vuelvas a Los Ángeles.



No lo he hecho… Ni siquiera me he acordado de eso.



Parece que sí que has estado distraída.

No respondo, aunque, si lo hubiese hecho, la respuesta habría sido afirmativa sin lugar a dudas. Es mi turno para entrar al avión y, tras desearle a la azafata unas felices fiestas, busco mi sitio.

Pasillo. No me gusta la ventana. Nunca lo ha hecho.

Busco a una azafata y le pregunto de qué forma puedo guardar mi violín sin que nadie pueda colocar su equipaje de mano encima. Me sonríe de forma cálida y me facilita dos opciones. La primera es guardarlo ella con sus cosas y la segunda es que lo coloque entre mis piernas. Con un

gesto de agradecimiento infinito se lo entrego, puesto que con la diversión que tengo planeada para este vuelo —nótese la ironía— me va a ser imposible llevar yo misma mi violín. Extraigo el iPad y lo dejo sobre el asiento. Le envío un último mensaje a mi hermana que ha seguido escribiendo en el chat y le resto importancia al asunto.



No volveremos a vernos, Stella. Y, aunque así fuese, no tengo tiempo para citas.

No responde de inmediato, pero sí que lee lo que le he escrito. La imagino poniendo los ojos en blanco y resoplando. O apretando los puños con ganas de tirarme de las orejas. La abuela siempre hacía eso cuando se enfadaba con nosotras o cuando la liábamos mucho. Yo solía tener la culpa, llevaba a Stella por el mal camino. Como veis, las cosas han cambiado mucho en estos años.

Sobre todo, en este último año.

Le envío un último beso a modo de despedida y le escribo un escueto mensaje a Susan para confirmarle que ya estoy en el avión y que sale en hora. Me contesta con un dedo alzado. Parece que hubiese estado aguardando mi reporte. No me cabe la menor duda de que informará a mi padre de ello.

Apago el teléfono, lo guardo en el bolso y lo coloco en la parte superior. Me acomodo en mi asiento y cierro los ojos mientras terminan de embarcar.

Escucho un leve carraspeo a mi lado y abro los ojos por si es el ocupante del asiento vacío que hay a mi lado que pretende tomar asiento.

Contengo la respiración cuando me encuentro la mirada penetrante del chico del que me he despedido hace quince minutos. O quizá sean veinte.

—El mundo es un pañuelo, ¿no crees, Pixie?

Ladea la cabeza evaluando mi lenguaje no verbal. Sorpresa. Lo que encuentras es sorpresa, Nathan.

—Voy a empezar a sospechar de veras que eres un acosador y que soy tu siguiente víctima.

Ríe. Una vez más de forma natural y para nada premeditada. No como nuestro choque.

—Juro que ha sido una fortuita y extraordinaria casualidad.

—Ya, claro, apuesto a que lo sabías desde antes de terminar el café. —Niega en repetidas ocasiones antes de extraer un libro de la mochila y tendérmelo. Es viejo y tiene los bordes desgastados, como si lo hubiesen leído en infinidad de ocasiones. Tras eso, alza la mochila para guardarla en el espacio reservado para el equipaje de mano y la camisa que lleva bajo la chaqueta se alza lo suficiente como para dejar a la vista un abdomen plano y trabajado. Cuando extiende la mano para pedirme la novela, y nuestras miradas se encuentran, sé que se ha dado cuenta de dónde tenía puestos mis ojos. Esquivo los suyos por pura inercia—. O tal vez lo sabías antes de eso, cuando chocaste de forma intencionada contra mí.

Alza una ceja y su mirada me parece más verde que antes. Mueve levemente la cabeza para indicarme que quiere pasar, y abro la boca para disculparme de forma silenciosa. Aprovecha el movimiento para pegarse más a mí y percibo el calor de su cuerpo contra el mío mientras me apresuro a dar un paso a un lado para dejarlo entrar. Y para evitar querer más de su cercanía.

—Un mago nunca desvela sus trucos —me explica antes de tomar asiento. Antes de que mis

piernas me fallen.

Me encantaría enviarle un mensaje a Stella y contarle esto también.

Ocupo de nuevo mi lugar y me pongo el cinturón de seguridad bajo la atenta mirada de mi acompañante.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu destino? —pregunta acercándose un poco más de lo necesario.

Titubeo. ¿Debo decírselo? ¿Por qué no? Él me ha contado que tiene seis sobrinos y cinco hermanos.

—¿Para perseguirme y secuestrarme allá donde vaya? —¿Estoy bromeando? ¿Pixie Beaumont sabe hacer chascarrillos?

—Tal vez.

—Mmmm, no me transmites confianza —aseguro.

—Está bien. —Se separa de nuevo y medita sobre algo—. Yo voy a Boston. Mis padres tienen una casa en Medfield, una pequeña ciudad en Nortfolk. Nacido y criado allí, antes de que preguntes. Aunque mis pasos me han llevado a instalarme en Los Ángeles.

—¿Por qué? —formulo la pregunta con ganas de saber más.

Alza los hombros, despreocupado.

—¿Y por qué no?

—¿Buscabas más? —indago.

La azafata se sitúa a mi lado y comienza a explicar el proceso de colocación del chaleco salvavidas.

—¿Eres de las que necesita entender todo?

Asiento confirmando sus palabras, aun así, lo verbalizo.

—Algo así.

—Consideraré esto una segunda cita. Dos citas con una misma chica preciosa en un día, dime si la suerte no está de mi lado. —Me guiña un ojo con descaro y entonces apoya su codo en el reposabrazos que hay entre los dos, acercándose un poco más a mí. A esta distancia, su piel resulta menos bronceada de lo que me pareció en un principio y sus pestañas todavía más espesas —. Era muy feliz en Medfield, pero el amor me llevó a Los Ángeles.

Guardo silencio. Ahora es cuando me explica que él también está casado, que tiene varios hijos y que esas cosas que he pensado de él, o que he querido no pensar de él, tienen que almacenarse en el mismo cajón que mi sueño de ser violinista.

—Esa relación se acabó y me quedé allí. Empecé a estudiar, hice amigos, me gustó la vida, el ajetreo, las calles llenas de personas y el pasar desapercibido entre ellas. Empecé a hacer trucos de magia en una de esas calles del distrito financiero para ganarme la vida y, al final, decidí quedarme allí, al menos un tiempo.

—¿Trucos de magia? —Asiente confirmando mis palabras y evaluándome.

Comienzo a notar el movimiento del avión, que poco a poco toma velocidad. Como mi corazón cuando escucha sus historias.

—Mago. Eso es lo que hago. Al menos una parte de mi tiempo, la otra parte, la dedico a trabajar con esto. —Y me enseña sus dedos—. Soy fisioterapeuta.

—Mago. —Paladeo las palabras y las saboreo. La fisioterapia está bien, solo que no me resulta tan increíble.

Si mi abuela conociese a Nathan, se sentiría fascinada por él.

—Y tú, Pixie, ¿crees en la magia?

CAPÍTULO 4
Rodolfo el reno

La pregunta me pilla desprevenida. ¿Creo en la magia?

La parte racional que hay en mí, la que ha estado tomando el control de todo este último año, tendría clara la respuesta. No, por supuesto que no. Creo en hechos empíricos, en cosas que se demuestran. Datos y estadísticas que corroboran hipótesis. Ahora bien, la Pixie olvidada, la que está encerrada en lo más profundo de mi ser y que ansía salir a ver el mundo una vez más, cree en todo. En la magia, en la música, en Papá Noel y en los renos que llevan su trineo.

Incluso creería en ella misma.

—Supongo que no —finaliza Nathan por mí al entender mi silencio.

Perspicaz. Es de lo más perspicaz o intuitivo, como prefiráis llamarlo.

—Eres el primer mago que conozco, pensaba que eso era…

—¿Poco importante? —cuestiona. Esa respuesta me pilla desprevenida—. Por suerte, para mí no lo es.

—No quería decir eso —admito. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza esa forma de referirme a él, a ello, a todo.

—Tenías cara de escéptica. Solo te lo he puesto fácil. Tampoco me molesta que pienses así y no eres la primera persona que reacciona de esa manera. —Teniendo en cuenta sus palabras, estoy segura de que está más que acostumbrado a que lo miren como si fuese un bicho raro. De hecho, es probable que ese sea el modo en el que lo he observado yo, solo que, por caballerosidad o compasión, me ha tildado de escéptica y no de maleducada—. No te lo tendré en cuenta. Lo juro. —Se abre un ligero e incómodo silencio entre nosotros en el que solo pienso en la mejor forma de disculparme—. ¿Entonces?

Alzo la vista.

—¿Qué? Entonces, ¿qué?

—¿Cuál es tu destino final? Yo te he dicho el mío y lo he aderezado con algo más de información —claudica—. Para que confíes en mí —agrega con fingida inocencia.

—Londres. Hago escala en Nueva York y de allí un vuelo internacional a Londres.

El avión comienza a ascender y me aferro al reposabrazos con fuerza. Siento la presión que ejerzo en ellos, incluso hasta percibo los nudillos blancos. Ni la ventanilla ni el despegue. No me gustan. Soy un tópico andante.

—Dame la mano —me sugiere mi compañero de viaje. Bajo la vista hasta la palma que se encuentra extendida hacia mí—. No hay truco —murmura con una sonrisa perturbadora. No estoy del todo convencida de creerlo—. No voy a robarte ni me he untado la palma con ningún tipo de estupefaciente que haga que te duermas durante muchas horas y me aproveche de ti. —Suspira y la comisura de sus labios tiembla—. Aunque no me cabe la menor duda de que me gustaría aprovecharme de ti, solo que no soy partidario de la necrofilia, no me ponen nada las moribundas. Te aportaré otro dato… —Su mano todavía más cerca, su respiración más envolvente y su calor, o quizá el mío, haciéndose eco de todo—. Me gustan que estén conscientes y sean participativas.

Acompaña la frase con un alzamiento de cejas, y se me escapa una risilla nerviosa.

Me muero de vergüenza.

—Eres un insolente y un desvergonzado.

—Ajá, ¿y qué más? —me provoca.

Su mano sigue ahí, entre los dos, como un puente, como un filo al que agarrarse. Al fin claudico y se la tomo. Intento parecer contrariada, aunque, por supuesto, no lo estoy.

No me divertía tanto desde hace mucho tiempo.

«Porque necesitas recordarte quién eres bajo esa ropa, ese maquillaje y ese pelo perfecto».

—Y un acosador pésimo. Tienes que saber que si has hablado conmigo es porque yo te he dejado hacerlo.

—Mmmm, vale.

—Y que no tienes pinta de mago.

—Ohhh, eso sí que me ha roto el corazón. ¿Qué pintas suelen tener los magos? ¿Apuestos? ¿Sexis? ¿Insolentes? ¿Desvergonzados? ¿Seductores natos?

Alza de nuevo las cejas en un par de ocasiones y sé lo que está haciendo.

—Si encuentras uno con esas características, por favor, me gustaría que me lo presentaras.

Suelta mi mano de inmediato, se coloca la chaqueta bien, se gira hacia mí todo lo que le permite su cinturón de seguridad y me mira atentamente. Sin apartar la vista de mis ojos, o quizá la aparta lo suficiente como para mirar mis labios. Varias veces. Más de las necesarias.

—Nathan Graham, mago y acosador en potencia. Sexi, descarado y estudiante de *Cómo ligar con una desconocida y que el destino y la magia hagan el resto*.

Me tiende de nuevo la mano y la observo perpleja.

—Eso ha sido… —Me río entre divertida y asombrada.

—¿Fantástico? ¿Sorprendente? ¿He logrado encandilarte con mi ingenio y mi perseverancia? Porque tengo para rato —finaliza.

No me cabe la menor duda.

Escucho un leve bip y alzo la vista para encontrarme con que se ha encendido la luz del cinturón. Giro la cabeza y la sonrisilla de Nathan está ahí, sigue ahí. ¿Se habrá ido alguna vez? ¿Le dolerán las mejillas de tener siempre ese gesto en su semblante?

—¿Este era tu plan desde un principio? ¿Distraerme?

—Oh, no, te garantizo que mi plan desde el principio era otro —me responde con una seguridad aplastante, y mucho me temo que me muero de curiosidad por preguntar. Las alarmas saltan en mi cabeza y me impiden hacerlo. No lo conoces de nada, es un extraño. Un desconocido divertido. Las alarmas, Pixie, recuerda las alarmas—. Estabas nerviosa, y soy experto en distraerte. Por cierto, de nada.

Pongo los ojos en blanco, y él solo me guiña un ojo antes de repasarme con la mirada.

—Pues, ¿gracias?

Le estrecho la mano, porque las alarmas parece que funcionan a ratos, y aguardo a que esa corriente eléctrica de la que se habla me sacuda las entrañas, sin embargo, sucede algo mucho mejor, más natural. Percibo el tacto suave de su palma, la calidez de la misma, la forma tan distendida en la que la aprieta y lo cómoda que me siento con algo tan sencillo como ese gesto.

Bajo la vista y me deleito en ese momento en sí. Cuando vuelvo a alzarla, Nathan no solo me sonríe con los labios, también lo hace con los ojos.

Un último apretón y entonces nos separamos. No, no echo de menos el contacto, porque sigue estando a mi lado, aquí, cerca, y eso me reconforta de alguna forma.

Coloco mi iPad en posición de trabajo y observo de soslayo que Nathan abre el libro por una

página y extrae un trozo de periódico viejo y desgastado. Amarillento. Lo usa de marcador. Curioso.

Se centra en la lectura, y la verdad es que me gustaría seguir hablando y que me contase más cosas, sobre sus otros hermanos o esas reuniones familiares, tal vez cuánto tiempo se va a quedar en Medfield y si va a volver pronto a Los Ángeles. No obstante, tengo que aprovechar las cinco horas de vuelo, ya menos si tenemos en cuenta el rato que llevo distraída, para trabajar. Esos archivos no se van a leer solos. Y cuando lleguemos a Nueva York, sé que Susan habrá enviado varios correos electrónicos con nuevas cosas con las que entretenerme.

O hundirme.

Susan es un robot. Una espía robotizada a la que nunca se le agota la batería. Me pregunto si tendrá familia. ¿Los robots tienen descendencia? No, claro que no.

Me concentro en la carpeta que se abre ante mí y, antes de empezar, ya tengo ganas de cerrarla. Tener sentido de la responsabilidad no es nada agradable, que conste, porque, si no fuese una chica con deberes y con empleados que dependen de lo que haces, tal vez en este instante estuviese aprovechando el viaje para dormir o, ¿quién sabe?, le hubiese pedido prestada una de esas novelas a mi compañero de vuelo y me hubiese adentrado en las aventuras y desventuras del inspector de policía de turno.

Resoplo por pura frustración, saco mi libreta de notas y un bolígrafo mordido y me adentro en el fascinante mundo de la economía ligada a la tecnología. Qué divertido. Me lo estoy pasando en grande. Nótese la ironía…

—¿Tienes una carpeta llamada «Papá me matará si no lo tengo listo para cuando llegue a Londres»?

Doy un bote en mi asiento y giro la cabeza de golpe y porrazo. Tengo a Nathan tan cerca que su nariz prácticamente roza la mía. De hecho, aunque sea un cotilla de campeonato y no esté para nada bien lo que hace, no me importaría en absoluto que nuestras narices se rozasen.

Y debería importarme, porque Pixie Beaumont no se comporta como una desvergonzada. Al menos, no en estos dos últimos años en los que, os recuerdo, llevo un palo metido por el culo.

—¿Estás fisgoneando? Veamos —enumero—, acosador, cotilla, insolente y desvergonzado. Tienes un enorme catálogo de cualidades a tener en cuenta. Si te presentases como esa clase de ligón, estoy seguro de que tendrías lista de espera y te faltarían días para la cantidad de citas que te pedirían.

Una sonrisa lobuna se dibuja en su cara y no nos olvidemos de que se encuentra tan tan cerca que puedo distinguir cualquier cosa.

Cualquier. Cosa.

—Y en esa larga y enorme lista de chicas, tal vez, quizá, podría ser o por casualidad, ¿habría una chica llamada Pixie en ella? ¿Encabezándola? Porque te has olvidado de algunas de mis mejores cualidades.

—La de la necrofilia —rememoro, aunque en esta ocasión lo hago con descaro. Por favor, si yo jamás he sido osada.

Las alarmas, han dejado de sonar las alarmas.

Todavía no me doy por vencida, tal vez funcionen.

Nathan chasquea la lengua con desaprobación. No, no se refería a esa en concreto. ¿Qué esperaba?, ¿que le regalase el oído? Veamos, soy algo inocente, pero no tanto.

—Apuesto, sexi, seductor… —Es su turno para detallar todos y cada uno de los adjetivos que me mencionó hace escasos minutos.

—Lo he pillado —zanjo con resolución—. Y deja de espiarme —le recrimino.

—Solo me fijo en los detalles. Facilitan información, y tengo cinco horas para conocerte. A fondo. —¿Podría sonar más sexi de lo que lo ha hecho?

¿Cuánto llevo sin una cita? ¿De veras no se habrá untado algo en esa mano cuando me la tendió y es por eso por lo que me siento obnubilada por él?

Intento que no se me note el efecto que sus palabras han causado en mí. Por varios motivos, el principal y el que más peso tiene es que esto es una auténtica locura. No podemos obviar que es un chico al que acabo de conocer y que, aunque bromee con el tema, podría perfectamente ser un asesino en serie que se nutre de esas novelas que lee para luego llevar a cabo las técnicas o, peor aún, perfeccionarlas con mujeres que caen rendidas ante sus encantos como yo.

Encantos que, por supuesto, son más que visibles.

Y, segundo, es una auténtica locura porque, ¿qué puede salir de todo esto? No tengo tiempo para tonterías ni para idealizar cosas como las que me han sucedido en las últimas dos horas.

—Te escucho pensar desde aquí —me cuenta mientras me obliga a sacarme de la boca el bolígrafo que estaba mordiendo y no me había dado cuenta siquiera de ello.

Giro la cabeza de nuevo e intercalo la vista entre el bolígrafo y él.

Lo ignoro. A conciencia. Es lo mejor.

Vuelvo a mis informes y finjo que estoy leyéndolos. Finjo, porque lo único en lo que pienso es en que sigue ahí, observándome con atención, y que quizá podría fiarme de él y no ser tan cuadriculada por una vez en la vida.

No está bien quejarte de algo, de la carencia de algo, y luego, cuando se te presenta la oportunidad de hacer lo contrario, rechazarlo sin más.

Stella, sal de mi cabeza. Esto es culpa tuya y de tu frasecita de las narices.

Las alarmas funcionan.

Aún.

CAPÍTULO 5
Arre, burro, arre

Cumplo mi palabra y me centro en mi trabajo el resto del vuelo. No os voy a engañar, la verdad es que esperaba que Nathan me molestase de esa forma en la que lo hace y que no me resulta para nada incómoda.

Mi gozo en un pozo. Termino de revisar las carpetas justo cuando nos avisan de que debemos cerrar los dispositivos electrónicos y prepararnos para el aterrizaje. Tal vez esto sea cosa de Susan y lo tenía todo planeado en su robótica cabeza.

Nathan tiene pinta de haberse dormido mientras leía. Apenas quiero moverme por si lo despierto, parece tan… tan relajado. Me tomo un par de segundos para observarlo a mi antojo. Sus dedos entrelazados sobre el libro. El reloj que reposa en su muñeca izquierda y que lleva una correa de cuero. Las rodillas flexionadas y que difícilmente le caben en el espacio que tiene y rozan el asiento delantero. El mentón cuadrado, las pecas en las que ya había reparado y su pelo de color chocolate.

Negaré haber dicho nada de esto, sin embargo, es un chico guapísimo.

«Como si no lo hubiese mencionado en un par de ocasiones ya…».

Suspiro con fuerza y aparto la mirada, porque las malditas alarmas han dejado de funcionar de nuevo. Soy débil. Muy débil.

—¿Pixie?

Un sobresalto por mi parte.

—¿Ajá? —Intento sonar indiferente, incluso un tanto apática.

—Me gusta que me comas con los ojos. Si te soy sincero, yo lo hice contigo también en la tienda de regalos mientras hacías cola para entrar en el avión y hasta en algún que otro momento en el que estabas tan sumergida en esa carpeta que da la sensación de ser el mayor ladrillo que hubiese leído cualquiera que ni siquiera te diste cuenta de que lo hacía. Tal y como pensabas que me sucedía a mí. Solo que yo sí que me he percatado de ello.

Abro la boca y casi tartamudeo. O lo haría si me saliesen las palabras. Por supuesto, no lo hacen. Mis sentidos se han bloqueado ante semejante desfachatez por su parte.

—¿Siempre eres así de directo?

Sus ojos refulgen con mucha más intensidad y el verde me resulta tan sumamente oscuro que temo haberme confundido de color cuando los observé por primera vez.

—¿Para qué andarme con rodeos? ¿Qué gano con eso? Según lo veo yo, solo perdemos el tiempo. Si lo tengo claro, voy a por ello.

La comisura de sus labios se alza y una frase pugna por salir de su boca. No lo hace y doy gracias al cielo por ello, porque estoy convencida de que eso sí que haría saltar todas mis alarmas.

Si es que queda alguna viva.

La azafata se acerca a nosotros con mi violín en la mano y nos pide que comencemos el desembarque de forma ordenada.

Susurro un leve «gracias», no solo por sus consejos, sino por haber cuidado de mi chico. Nathan repara en el estuche y guarda silencio. Cosa rara en él.

Descendemos del avión, yo me adelanto un par de zancadas, pero siento las pisadas de mi acompañante bastante cerca.

—Oye, da la sensación de que huyes de mí.

Me doy la vuelta y aprovecho la coyuntura para bromear.

—¿Solo te lo parece? —ironizo.

—Me gusta la Pixie gamberrilla —sentencia colocándose a mi lado—. No vas a deshacerte de mí con tanta facilidad.

—Cojo un vuelo en cuestión de una hora.

—Vale. Puede que te puedas deshacer de mí en breve. —No tiene pinta de agradarle en absoluto—. Antes de lo que me gustaría, por cierto. —*Touché*.

Me giro y considero que ya va siendo hora de que nos despidamos.

—Oye, Nathan, la verdad…

—¿Vas a ser sincera?

—Siempre soy sincera. —Asiente y dirige la vista hacia mi violín de nuevo—. Me ha hecho gracia conocerte, de veras, me lo he pasado bien a pesar de que el modo de ligar me resultase un tanto sórdido.

—¿Sórdido y eficiente? —Alza las cejas en mi dirección.

Pongo los ojos en blanco.

—No te pases. —Sonrío—. El caso es que… es hora de despedirnos, ¿no crees?

—No —sentencia lleno de convicción.

—Bueno, pues lo es —finalizo por él—. Tengo que hacer un par de llamadas antes de que mi vuelo salga, y tú…, tú deberías buscar a otra víctima a la que acosar —intento bromear.

No sé si lo consigo porque Nathan no sonríe y él siempre lo hace.

Extraigo mi teléfono del bolso y se lo muestro. Todavía apagado. Tengo miedo a encenderlo.

Me hago caca encima solo de pensarlo.

—Lo he entendido. Tú por tu lado, y yo por el mío. —Asiento.

Aprovecho para encender el móvil.

—Pues… eso. —Le tiendo la mano a modo de despedida.

Stella no estaría para nada orgullosa de mí, seguro que me recordaría lo perfectamente que tengo el palo metido por el culo. Estoy usando el modo empresaria que tanto odia. Y que tanto odio yo también.

Siento aversión por mí misma en este momento.

Estoy a punto de pedir perdón y ceder cuando Nathan retrocede un par de pasos.

—Lo he entendido —finaliza.

Mi teléfono comienza a emitir pitidos y se me eriza el vello de la nuca.

Cuando muevo el móvil frente a él, solo frunce el ceño.

Accedo a las notificaciones y comienzo a contestar mensajes. Los de Stella para el final.

Un pequeño papel amarillo aparece frente a mis ojos, aparto la vista de ese tedioso correo electrónico que estaba leyendo, y Nathan sigue moviéndolo sin cesar.

—Por si decides que quieres que te enseñe algún truco de magia o solo… O solo por si quieres llamarme o escribirme y contarme que ha sido la mejor forma en la que han ligado contigo. O, tal vez, por si quieres tener una cita, de las de verdad. —Casi me lanzo a sus brazos. Casi—. O porque sí, Pixie. Porque sí, porque no siempre todo en esta vida tiene que tener un motivo.

Se gira y comienza a caminar en dirección opuesta. Me siento tan mal que no contesto a ninguno de los correos de trabajo, tampoco a la llamada de Susan.

Llamo a Stella y le cuento todo lo que ha sucedido.
Y lo que sucede en los siguientes veinte minutos también.
Por supuesto, me guardo ese papel amarillo, ¿con qué intención? No sabría decirlo.

CAPÍTULO 6
Adeste fideles

—¿Me está diciendo que no podré salir de Nueva York en las próximas veinticuatro horas? —Debo de haber entendido mal. De veras.

—Por lo pronto, el aviso recibido del Servicio Nacional de Meteorología nos informa de que en las próximas veinticuatro horas llegará a Nueva York una tormenta. Y parece que debe de ser una muy fuerte si han cancelado todos los vuelos previstos, sin excepción alguna. —Frunzo el ceño porque su actitud distendida no me consuela en absoluto—. Ah; pero no se preocupe, señorita, hemos dispuesto el traslado de los pasajeros afectados a varios hoteles de la ciudad. Y la compañía se hace responsable de ello sin coste alguno para el cliente.

»Mañana recibirá un correo electrónico para informarle de la hora a la que saldrá el avión que se le haya designado, así como la puerta de embarque del mismo.

Insisto: no me consuela en absoluto.

Permanezco en silencio, uno tan largo y pesado que la chica me pregunta si me encuentro bien.

Pues no lo sé, la verdad.

—Dígame el hotel en cuestión y me dirigiré allí.

Lo hace solícita. Esta es de la misma escuela que Susan, a la que, por cierto, debo llamar para notificarle los cambios, así como a mi padre que, conociéndolo, me culpará de la tormenta y, ya puestos, del cambio climático.

Tras recoger la documentación, y antes de enfrentarme a Susan y a mi padre, llamo de nuevo a Stella.

—Dime, por favor, que te has arrepentido, que no vienes a casa y que vas a llamar por teléfono a ese chico que has conocido y que quiero llamar cuñado. Cu. Ña. Do —remarca las sílabas, por si no lo habéis notado.

—Casi.

—¿De veras? ¿Te quedas con él? ¿Me lo presentarás? ¿Puedes hacer una videollamada y confirmar que efectivamente es tan guapo como me has dicho? Son datos y, como buena economista, hay que confirmarlos.

—Suenas tan inocente que casi te creo. Solo que te olvidas de algo.

—¿De qué?

—Te conozco, eres mi hermana y todas esas fechorías que haces las has aprendido de mí.

Suspira al otro lado.

—Me gustaba mi hermana la villana. La santurrona no tanto.

Chasqueo la lengua y aguanto el comentario con estoicidad, a pesar de que me ha dolido más de lo que me gustaría.

Y, ya sabes, si molesta o hiere es por algo. Cuando te sientes bien, y en paz contigo misma, las críticas te resbalan sin más.

—Tengo que quedarme en Nueva York hasta mañana, parece que se avecina una tormenta y no es seguro volar hasta que pase. De hecho… —Extiendo la mano y varios copos de nieve caen sobre la palma de la mía—. Ha comenzado a nevar con fuerza hace unos diez minutos

aproximadamente.

Y tengo que pillar un taxi antes de que la cosa se ponga peor y me quede encerrada en el aeropuerto. Aquí no hay calefacción ni servicio de habitaciones.

—No me odies por lo que te voy a decir, Pixie.

—No podría odiarte por nada de lo que sueltes por esa boquita que tienes, Stella.

Ríe al otro lado, complacida.

—Tal vez hasta sea mucho mejor si te quedas ahí, aquí no hay nada… Ya no queda mucho de nada.

Trago con fuerza, ese comentario hiere también, solo que de una manera diferente porque el poder de los recuerdos es abrumador. Cuando pierdes a alguien y sientes su ausencia cada minuto, cuando te das cuenta de lo esencial que era esa persona en tu vida y de cómo cambia todo cuando no está, ahí, en ese instante es cuando te das cuenta de que el mundo se ha ido a la mierda y que tal vez quede poco o nada de todo eso que fuiste.

De lo que fue mi familia una vez.

De lo que yo fui un día.

—Quiero pasar tiempo contigo.

—No me malinterpretes, Pixie, yo también quiero pasar tiempo contigo —remarca—, solo que no con ellos. O no con esa versión de ti que muestras con ellos.

Trago. Aguanto. Soporto. Mastico. Digiero.

Me lo merezco.

—Tengo que dejarte.

—Pixie…

Corto la comunicación antes de que mi hermana se disculpe por algo en lo que tiene razón. No soy esa chica de hace un año, de hace dos. Ni siquiera recuerdo lo que se siente siéndolo.

O tal vez Nathan me mostró, en cuestión de unas horas, que sigue ahí y que solo tengo que esforzarme por dejar que vuelva a su sitio.

Alzo la mano y un taxi para justo frente a mí. Al menos en eso tengo suerte. Le facilito la dirección y me sumerjo en el tráfico y en el bullicio de la ciudad. Atestada de viandantes ajenos a la supuesta tormenta que en horas hará que todo colapse.

Ultimando compras, paseando en familia o tomando algo caliente de camino a casa. Es una estampa navideña preciosa.

Me alegra que el taxista no busque rellenar el silencio con una conversación que nadie ha pedido. Solo Nueva York y yo. Nueva York y mis recuerdos, de cuando yo también era una de esas personas que caminaban por cualquier calle con los ojos rebosantes de ilusión por las fechas en las que estábamos.

Cuando me deja en el hotel, nos despedimos con cordialidad y me aseguro de colocar mi violín en el hombro derecho. Pago, accedo al *hall* y parece que están informados de lo acontecido. Son displicentes, eficaces y rápidos. Me asignan una habitación en la planta seis y, aunque las vistas no son nada del otro mundo, disfruto de la calma y de la tranquilidad. También de la nieve, que comienza a caer con muchísima más fuerza que antes y ya todo está cubierto de un precioso manto blanco.

Pues sí que van a tener razón.

Suena mi teléfono dentro del bolso y lo saco. La flor que me regaló Nathan cae al suelo y la recojo, manteniéndola un par de segundos entre mis dedos. Es una soberana tontería, pero me hace sonreír porque me sorprendió su truco.

Mago. Vaya, ¿quién lo diría?

—Hola. —Doy vueltas a la flor mientras atiendo la llamada de Susan.

—Ya he informado a su padre del cambio de planes. Le he enviado varios correos electrónicos con nuevos informes que debe revisar. Es importante tenerlos mañana a primera hora. —Lo que quiere decir… —Lo que quiere decir que debería ponerse a ello de inmediato, señorita Beaumont.

Impersonal como ella sola. ¿A que cobra vida la hipótesis del robot o de un chip? Puede que tenga un chip por cerebro y…, en fin, nada.

—Lo haré —respondo, igual de monótona que ella.

—Perfecto. —Me pregunto qué respondería si algún día le llevase la contraria y le explicase que no puedo. Que tengo vida aparte de la empresa. Supongo que no me creería en absoluto porque ella parece tener el control de todo. Incluida yo.

Cuelgo sin despedirme. Tampoco esperaba que ella lo hiciese. Al menos podría haber tenido la suerte de contar con una secretaria divertida, que me animase cuando más hundida en la mierda estuviese y que me dijese que todo se arregla con una copa.

¿Eso no es lo que sucede en las películas?

Pues, en la vida real, ya veis, no es de esa manera.

Con la flor todavía entre los dedos, decido pedir algo en el servicio de habitaciones. Una ensalada. Unas tostadas. Algo ligero. Para no perder la costumbre…

Marco el número, y me aseguran que lo tendré listo en veinte minutos. Tiempo más que suficiente para darme una ducha con agua ardiendo y ponerme algo cómodo.

Me demoro más de lo que me gustaría y me enfundo en un albornoz, envuelvo mi melena en una toalla y me dispongo a salir. Abro la puerta con decisión y encuentro a un chico joven con una bandeja entre sus manos.

—Su cena —me indica.

Asiento y lo dejo pasar para que la coloque sobre la mesa, todavía vacía y que en un rato compartirá una velada increíble con mi iPad. Uhhh, qué pasada, nada igual.

Sí, ironía otra vez.

Saco la cartera para darle algo de propina al chico, que me sonríe con afabilidad al entender mi gesto. Lo acompaño a la salida y, justo cuando comienza a caminar en dirección al pasillo, la puerta de enfrente se abre y… ¿a que no sabéis qué?

—Pues vaya, vas a tener que empezar a creer en la magia, Pixie.

Sí, es Nathan Graham.

CAPÍTULO 7
El burrito sabanero

Cierro la puerta como si se me hubiese aparecido el mismísimo fantasma de la Navidad futura para contarme que el mundo va a acabarse esta noche y que solo tengo unas horas que exprimir.

No tengo ni idea de en qué las invertiría, la verdad.

Permanezco apoyada en la madera y percibo el latir acelerado de mi corazón. Escucho un par de golpes y los mismos se acompasan con el latido que retumba en el mismísimo centro de mi pecho. Toc toc. Bum bum. A la par…

«Vamos, Pixie, tú no eres así. Tú no quieres ser así».

Exhalo todo el aire y lleno mis pulmones con algo de determinación. Algo, tampoco os vayáis a pensar que están a tope.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —suelto nada más abrir la puerta, sin pararme a pensar en mi atuendo o en la cena, tampoco en saludar.

Nathan, con las manos en los bolsillos y cara de no haber roto un plato en su vida —ya, claro —, se cuela en mi habitación sin haber sido invitado. Con un sencillo gesto, hace el espacio suyo.

Maldito hombre fortachón de metro noventa.

Estoy a punto de llamarlo maleducado y algo más; pero en última instancia me contengo porque…, ¿de veras me molesta que lo haga?, ¿que se cuele en la habitación? Si hasta hace nada me estaba lamentando de lo patética que me siento y de lo estúpida que soy, arrepintiéndome por no haberme disculpado por las formas en las que me despedí de él en el aeropuerto, esa manera fría y cortante que tengo de comportarme cuando soy esa chica en la que me he convertido a base de encerrar a la que un día fui en lo más profundo de mí. A lo mejor es una oportunidad para ponerle solución a eso, mi propia redención para la Pixie borde y maleducada. Cuadriculada.

«¿Qué más da, Pixie? Son solo veinticuatro horas. Menos, si tenemos en cuenta que debo trabajar y dormir. Tal vez nada de dormir. Definitivamente nada de dormir».

—Me temo que la compañía nos ha enviado a todos al mismo hotel, Pixie. Es más, hasta hace nada estaba hablando con Robert y Rose, unos ancianos encantadores que se dirigen a Miami para conocer a su primer bisnieto y que se hospedan en la habitación al lado de la mía. Son datos y debo darlos para exculparme.

Porque sí, sabe que lo he juzgado antes incluso de permitirle hablar.

Aprovecha para hacer un barrido por la estancia. Ordenada y pulcra. Eso no es un rasgo nuevo adquirido en estos últimos años, el desorden nunca ha sido lo mío.

Parece localizar mi violín apoyado al lado de la mesa donde está mi cena y se acerca. Intercala un par de miradas entre la comida y el violín. Se decanta por lo primero.

—¿Piensas cenar esto? —Se gira y me señala lo que hay sobre mi plato.

—¿Qué tiene de malo? Una ensalada de rúcula, tomate y parmesano. Deliciosa. —Defiendo la ensalada como si me fuese la vida en ello.

Me dirige una mirada en la que parece que lo más apetecible que haya visto sea yo. Cierro con fuerza el albornoz o, al menos, lo intento.

—No hay nada de malo en eso. —Y lo señala de nuevo—. Tampoco en eso. —Y señala mi

vestimenta con insolencia—. Pero te recomendaría que te pusieras algo mucho más caliente. —Sus ojos emiten un destello que sí que podría calentar el mismísimo polo y derretir los glaciares —. Y que me acompañases. Se me ocurre algo mejor. —¿Algo mejor que me caliente?

Abro la boca con la intención de negarme. Porque las alarmas funcionan un pelín y algo muy superficial me dice que tengo responsabilidades, informes y que Susan me acaba de pedir que lo entregue todo mañana y he confirmado que lo haría.

Y hay otra parte de mí, una que rasga desde dentro y que pide ser escuchada, que me impide que tome el control y que casi me exige —casi— que me lance al abismo y me vaya con Nathan a donde me quiera llevar, que se abre paso.

—No te conozco —murmuro.

No he aceptado y tampoco lo he rechazado. Es un paso.

Y, joder, no me vengáis con esas, sabéis que tengo razón. Hemos compartido un vuelo, me he sentido cómoda, sí, sin embargo…, ¿quién sabe lo que podría pasar? Tal vez muchas cosas malas.

«O quizá muchas buenas y te las pierdas como te has estado perdiendo todo en estos últimos años».

Mueve los dedos frente a mí con gracia y estilo. Me quedo embobada observando un gesto tan sencillo y nimio como ese e identificando lo que busca.

—¿Qué?

—Tu teléfono.

Sé perfectamente dónde lo he dejado.

Hago lo peor que podría hacer o lo más imprudente que he hecho en mucho tiempo.

Lo busco y se lo tiendo. Intenta trastear con él hasta que se percata de que está bloqueado. Me lo devuelve, acercándose tanto que siento su aliento cerca de mi mejilla.

Mi cuerpo se tensa y reacciona por sí solo.

«Es la soledad de estos años. Solo eso», me repito mentalmente.

O puede que sea esa magia a la que él se refiere. Y la ejerza sobre mí.

Desbloqueo el aparato, me lo quita, y él navega por el mismo, me permite observar todos sus movimientos. Sigue teniendo una gracia natural que me embelesa.

Sí, esa es la palabra, Nathan Graham es capaz de obnubilarme.

—Stella Beaumont —susurra.

Y me percato más tarde que pronto de que le ha dado a llamar. Ella es mi primer contacto en la lista, es la persona con la que deben comunicarse si algo me sucede.

—¿Pixie? Oye, Pixie, siento haberte dicho antes que no quiero pasar tiempo con esa versión de ti que muestras cuando llegas a casa, cuando estás con papá, mamá y en ocasiones con el abuelo, solo que… no eres tú, Pixie, desde hace mucho que no eres tú. Y no te juzgo por ello, todos hemos cambiado desde...

Nathan alza la vista mientras escucha el discurso que está soltando mi hermana de carrerilla y, cuando me vuelvo consciente de ello y la vergüenza invade cada poro de mi piel, me lanzo contra él como si fuese yo la acosadora, y él, mi víctima en potencia.

Choco contra un escudo de músculos. Joder, ¿los magos suelen estar cachas?

—Stella —es Nathan el que pronuncia su nombre. Yo sigo batallando para arrancarle el teléfono, la oreja o las dos cosas. Lo que suceda antes. Nathan me sonríe cuando empieza a señalar mi pecho. ¡Mi pecho! Empiezo a ponerme colorada al entender a lo que se refiere. Os doy un consejo: jamás intentéis luchar contra un chico más fuerte que vosotras en albornoz salvo

que queráis enseñarle vuestras tetas—. Puedes seguir —eso me lo dice a mí, obvio—. No tengo problema en absoluto.

Doy un par de pasos hacia atrás y me coloco de nuevo la ropa sobre lo que le he enseñado, que vete tú a saber qué ha sido.

—¿Quién coño eres tú? —grita mi hermana al otro lado—. Te voy a matar, psicópata de mierda. —Esclarecedor.

—Soy Nathan Graham, vivo en Wildshire Blvd y almuerzo o ceno varias veces a la semana en Meyers Manx Café, no has probado unos tacos mejores que esos en tu vida, Stella. —Escucho cómo le recita su número de teléfono, ese que me apuntó en un papel amarillo y que me tendió antes de creer que nos íbamos a separar en el aeropuerto, cuando me dio distintas razones para llamarlo, y yo solo encontré una para guardar ese número en el bolso, junto con la lista de regalos pendientes de comprar o con la otra lista con las tareas que sí he completado—. Y ahora estoy intentando convencer a tu hermana para que se quite ese albornoz y me deje llevarla a cenar a algún sitio en el que no sirvan ensaladas de rúcula, tomate y parmesano, porque la vida es muy aburrida como para comer eso justo cuando llega una tormenta que nos mantiene alejados de nuestros planes. Porque, si pasan este tipo de cosas, no sé lo que tú piensas, Stella, pero yo creo que hay que aprovechar las oportunidades y explorar nuevos terrenos. —Me cruzo de brazos porque me siento más desnuda que nunca ante él, y me sonríe, para variar, ese es el gesto que me regala. Mentiría si os dijese que no me satisface.

»Ha sido un placer hablar contigo. Si no recibes noticias de tu hermana en unas horas, puedes llamar a la policía. —Una pausa en la conversación en la que rezo para que mi hermana lo esté poniendo fino a insultos—. Ajá. Por supuesto que puedes llamarme cuando quieras. De hecho, yo haré lo mismo, si no te importa. —Otra pausa—. Un placer, Stella.

Me tiende el teléfono y escucho la voz almibarada de mi hermana al otro lado. No tiene pinta de que lo haya puesto fino a nada.

—Tienes mi bendición, Pixie. Me gusta mi cuñado.

Cuelgo de inmediato, igual que hice antes, solo que, en esta ocasión, por un motivo bien distinto, porque si yo he podido escuchar la conversación entre ellos… Estoy segura de que Nathan ha podido oír cómo ya lo incluye en la familia.

—¿Y bien? —pregunta Nathan. Al menos tiene la decencia de disimular.

Observo el iPad, mi ensalada y suspiro. Tendré que hacer otra lista de cómo salir de esta si no entrego todo en el horario acordado. Una lista de lugares a los que huir, por ejemplo.

—Estaré preparada en diez minutos.

Señalo la puerta, la puerta de la salida, quiero decir.

—Bien, pues te esperaré aquí. Solo por si acaso.

Me guiña un ojo antes de tomar asiento de forma despreocupada en la butaca de color *beige* que hay colocada justo frente a la ventana e ignora mi invitación a largarse. Extrae su teléfono y se centra en él. No sé el motivo, pero permanezco observándolo unos segundos de más.

—Sigue comiéndome con los ojos, Pixie, y tal vez esta noche te cene a ti.

Corro en dirección al baño y cierro la puerta, todavía apoyada en la madera de la misma, sonrío.

—Relájate, Pixie, es solo un chico y son solo veinticuatro horas.

Solo veinticuatro horas, ¿qué diría de esto el fantasma de las Navidades presentes?

CAPÍTULO 8
Los peces en el río

Nathan repasa mi vestimenta como si tuviese que darle el visto bueno. Por el brillo de sus ojos, y la sonrisa perenne que realza sus facciones, tengo la ligera sospecha de que está más que complacido con la misma. Supongo que verme en vaqueros y sudadera de corazones dista mucho del conjunto de chaqueta y falda que traía de Los Ángeles.

—Ciertamente, el albornoz te sentaba mucho mejor.

O no, no está tan satisfecho como yo pensaba.

—Ciertamente, no me importa tu opinión.

¿A quién pretendo engañar? Un poco sí que me importa, aunque sé jugar a esquivar los juicios de valor, solo tengo que seguir comportándome como siempre lo hago, como me han enseñado a hacerlo en este último lapso de tiempo.

Observo el iPad, y la culpabilidad está ahí, rasgando de nuevo, intentando abrirse paso solo que no dejo que haga mella en mí. Unas horas, me voy a conceder unas horas. No es nada malo. Se rumorea que las personas, en ocasiones, necesitan tiempo para sí mismas, ¿no?

—Una cena y regresamos, tengo trabajo pendiente.

Nathan asiente y aprieta los labios hasta dejar entrever una fina línea con los mismos. Sin lugar a dudas, el disgusto por mis palabras se palpa en el ambiente.

Caminamos en dirección a la salida y percibo la mano de Nathan apoyada al final de mi espalda. Casi tropiezo.

Un tropiezo por un gesto tan sencillo como ese, que quizá ni siquiera esconde segundas intenciones y que yo ya interpreto como algo más íntimo, personal.

—Cuidado, Pixie, no te vayas a caer en mis brazos —me susurra cerca del oído—. Y, si ese ha sido tu plan desde el principio —rumia con descaro—, no tengo reparos en llevarlo a cabo. Al contrario, estaré más que encantado de ayudarte a cumplir tus objetivos.

Otro tropiezo le da las pistas que necesita para saber hasta qué punto me afecta su cercanía y su desfachatez. Si él supiese que su mera presencia ya consigue ese efecto en mí, ¿qué sería capaz de hacer?

Algo indecoroso y que me hiciese sonrojar. Sonrojar más, quiero decir.

Salimos a la calle y me percato de que la nieve cae sin cesar. Abro la boca para retractarme y pedirle a Nathan que regresemos y nos tomemos no una, sino dos ensaladas, pero él niega con la cabeza adivinando lo que estoy pensando y anticipándose a mi negativa.

—Correremos el riesgo, Pixie. ¿Cuánto hace que no te lanzas a la aventura sin más?

Si tenía algún tipo de duda sobre si Nathan entendió o no lo que soltó mi hermana por teléfono, ha quedado resuelta en este instante.

Estoy a punto de responder con alguna insolencia del tipo: «No entiendo por qué debería interesarte eso» o, mucho mejor, «También podrías meterte en tus asuntos», cuando Nathan cambia de tema.

—Tu hermana me cae bien —murmura.

Su mano busca la mía y la encuentra con rapidez. Entrelazamos los dedos. No, no se conforma con que nuestras palmas se unan, busca más, y yo se lo permito.

Nathan tiene mucho peligro. Un peligro de esos que hace que te olvides de todo y solo quieras más. Más de su compañía. Más de su cercanía. Más de su magia.

—Stella es la sociable de la familia. Siempre lo ha sido, sería capaz de convencer a un vegetariano para que se volviese carnívoro. —Mi comentario le arranca una sonora carcajada y hace que varias personas se giren y le muestren sus sonrisas también a él.

Es arrebatador. Y encantador. Tiene algo, me he dado cuenta de que Nathan tiene algo, algo que hace que no quieras alejarte o que no seas capaz de apartarte de él. O de olvidarte que te espera una pila de trabajo en el hotel a la vuelta.

—¿Y tú, Pixie? ¿Qué eres tú?

Alzo los hombros. A mi cabeza acuden muchas formas de definirme y ninguna de ellas me gusta en absoluto. Tal vez debería hacer una lista de eso, una lista de los adjetivos que debería utilizar cuando un extraño te pregunte en medio de Nueva York quién eres.

Quién eres y no quién fuiste. Porque en mi caso no es en absoluto lo mismo.

—¿Por qué te conoces tan bien esta ciudad?

Con nuestros dedos entrelazados, me guía sin cesar y no parece importarle mi cambio de tema. Esquivando viandantes, cruzando calles sin necesidad de un mapa o de las nuevas tecnologías y sin buscar indicaciones de cualquiera que se cruce con nosotros y tenga una diadema de renos o un gorro de Papá Noel.

—Mi hermana Lindsey vive aquí con su marido y con mi sobrino Bryan.

Vale, están Harry y Lindsey. Me faltan tres más.

—¿La visitas con mucha asiduidad?

—Tu hermana Stella al lado de mi hermana Lindsey es una aprendiz de poca monta. —Stella lo mataría por esas palabras—. Es la reina de las reuniones familiares. Siempre busca cualquier motivo para juntarnos a todos o para que le hagamos una visita. O ir ella a hacerla. Mis hermanos y yo bromeamos con ella o, más que bromear —añade y una chispa de insolencia estalla en sus ojos—, nos metemos con ella. ¿Sabes? —prosigue, percibo el cariño con el que habla de su familia al instante. Lo hizo mientras nos tomábamos ese café y lo vuelve a hacer ahora—. Lindsey es la niña mimada, todos la protegemos y antes éramos mucho peores. Ni confirmo ni desmiento que Harry y yo le hicimos una visita para nada amistosa a su primer novio.

Abro los ojos como platos.

—Eres un psicópata y estás chalado, lo sabes, ¿verdad?

—Nathan Graham, apuesto, sexi, seductor, desvergonzado y psicópata, a su servicio. —Una vez más, lleva a cabo ese gesto de quitarse el sombrero, muy caballeroso por su parte si no supiese el peligro que tiene este chico—. En mi defensa diré que Harry es mucho peor y que el chico ese se merecía mucho más que una visita y una advertencia.

Permíteme que dude de ello.

—¿Y eso? —indago.

—Los novios no se fijan en las amigas, no sé si me explico.

Se explica. Se explica.

—Es decir, que el chico ese jugaba a dos bandas.

—A dos, a tres… Digamos que su coche estaba más visitado que las concurridas playas de Santa Mónica.

Me carcajeo, y Nathan solo me aprieta la mano con más fuerza.

—Se merecía mucho más que una cordial visita por vuestra parte. —Le doy la razón.

Nathan frena sus pasos, y me choco contra su cuerpo. Apenas percibo la dureza del mismo, al

menos, no de la misma forma ni con las mismas consecuencias que en mi habitación de hotel.

—Hemos llegado.

Un tugurio. Me ha traído a un tugurio de mala muerte con pinta de haber sido decorado allá en los años cincuenta.

—¿Es aquí?

Si pilla mi aversión, le resbala como al que más.

—Tienen las mejores hamburguesas de la ciudad. Una vez pruebes esto, querrás que esas ensaladas que comes sean pasto de las ovejas de una granja.

—Pobre de mí.

Tira de mi mano, haciendo caso omiso de mi escepticismo, y yo lo sigo, por varios motivos, el principal, no sabría volver al hotel sin perderme. O sin acabar metida bajo capas y capas de nieve.

El local, a pesar de haber visto mejores tiempos, está lleno de luces navideñas. Cientos de ellas centellean en el techo y los cuadros, todos tienen guirnaldas de distintos colores. No hay combinación alguna en él y, a pesar de ello, me gusta la calidez que desprende.

—Por si no te has percatado de ello —me explica y tira de mí hasta que choco de nuevo contra él, esta vez, con su costado—, hay muérdago allí, en aquella puerta. —Y la señala con su mano y la mía todavía unidas—. No seré yo el que me niegue a cumplir una tradición navideña o un objetivo.

—¿Un objetivo?

—El de besar a un chico apuesto.

Lo empujo con todas mis fuerzas, que es bastante poca, porque apenas da un paso y nos soltamos. Me dedico a observar de nuevo la decoración con la firme intención de que ese cosquilleo que siento ante su descaro total no me afecte o, al menos, lo haga de una manera que se pueda disimular.

Debo admitir que, cuanto más observo todo lo que me rodea, más me gusta.

Una de las columnas está cubierta de espejos y llena de figuritas navideñas creadas con nieve de bote. Entre estrellas, renos y Papás Noel, me veo la nariz roja por culpa de las temperaturas que hay ahí fuera ahora mismo. Dudo que estemos por encima de cero grados y, con todo, no he notado el frío en ningún momento.

—Pixie —me llama Nathan desde no muy lejos.

Me giro y me acerco con cautela. El muérdago me llama a gritos. Os lo prometo. Y me siento como una hipócrita, porque una parte de mí quiere hacer todo eso que en otra ocasión habría hecho sin dudar, y la otra parte de mí me pide que sea responsable y que piense en el qué dirán.

Decido que mañana reflexionaré sobre todo ello de otra forma y que son solo veinticuatro horas. Menos, si somos precisos.

Cuando tomo asiento, me tiende una carta, y la ojeo por encima. Sé que está esperando una disculpa por haber puesto en duda su recomendación. Y eso que no dije lo que pensaba en voz alta.

—Creo que me gusta todo —apunto alzando la vista y observando a mi acompañante. Ya me disculparé cuando pruebe mi cena, por si acaso.

—Gracias. Yo opino igual.

Y no, Nathan no se refiere a las hamburguesas precisamente.

CAPÍTULO 9
El tamborilero

—Mmmmm. —Me retracto de todo lo que he dicho. ¿Tugurio? Por favor, ¿quién soy yo para tildar de esa forma a este local? Es el paraíso de las hamburguesas.

—¿Y bien?

—¿No te he dado pistas suficientes?

—Tu gemido ha resultado una monada. Y sumamente erótico —añade con ese tono tan suyo que hace temblar los cimientos de cualquiera. Incluida yo.

No le hago caso en absoluto a la provocación y me centro en comerme la hamburguesa bajo la atenta mirada de Nathan.

—Tenías razón, ¿vale? ¿Eso es lo que querías escuchar? —Un trozo de queso derretido resbala por el hueco que hay entre mi dedo índice y mi pulgar y, como una auténtica cochina, llevo mi boca hasta él y me lo zampo—. ¿Qué?

—No es lo que quería escuchar, pero está bien que me des la razón. Sobre todo, si la tengo.

—Creo que estás acostumbrado a salirte con la tuya.

Nathan niega en repetidas ocasiones.

—No te olvides de que tengo cinco hermanos. Salirme con la mía no solía suceder en muchas ocasiones. Pura ley de supervivencia. Lindsey, ella sí que lo conseguía. Supongo que es la ventaja de ser la única chica y de aprender más pronto que tarde que poner morritos y lloriquear tenía sus ventajas. Lo intenté una vez —bromea—, Harry me empujó y me caí del muro del jardín. Dentro de una enredadera llena de pinchos.

—Auuu —me lo imagino y me duele.

—Sí, auuu, justamente. Moverte y clavarte espinas cada vez que intentas escapar no es nada agradable. De hecho, todavía tengo marcas. —Alza una de las mangas de su cazadora de cuero y de la sudadera y camisa de manga baja que lleva debajo y me enseña una cicatriz que le cruza el antebrazo.

—Vaya, heridas de guerra. Yo también tengo alguna.

—¿Tú? —Se desplaza hacia atrás.

—A ver quién es el escéptico ahora.

Hace un par de movimientos de cabeza esperando a que le cuente una de mis batallitas. Mientras medito sobre alguna que valga la pena, sigo saboreando la hamburguesa sin contemplaciones, sin pensar en que me estoy manchando la barbilla de kétchup y de mostaza agria o de que el muérdago sigue en el mismo lugar que antes.

Porque no se me ha olvidado, no.

—Cuanto tenía trece años, mi abuela Heather nos llevó a mi hermana y a mí a un parque de atracciones. Me encantaban, era lo que más me gustaba del mundo. Podría pasarme horas y horas deambulando por ellas y olvidarme del resto del mundo. Por estas fechas, ponían carpas enormes llenas de atracciones, puestos de almendras dulces y manzanas de caramelo. Era adicta a todo eso.

»A Stella había que convencerla, a veces le hacía chantaje con algo que le gustase mucho o le ofrecía mi paga, porque ella no quería ir, y mi abuela era de las que pensaba que si iba una debía

llevar a la otra. Aseguraba que lo mejor de tener hermanos es el vínculo inquebrantable que se establece entre ellos. —Nathan le da un sorbo a su bebida y pincha un par de patatas fritas. La hamburguesa casi sigue entera en su plato.

»El tiovivo —suelto sin más—. Amaba subirme al tiovivo con todo mi ser. Cerraba los ojos, abría los brazos y, mientras ese caballo subía y bajaba, yo sentía que volaba. —Nathan me sonríe como si supiese a lo que me refiero, como si él también lo hubiese sentido en algún momento—. Stella me miraba imperturbable, quieta, sin subirse, porque tenía miedo a caerse.

»Hasta que un día intenté ponerme en pie sobre el caballo.

—¿En serio? —pregunta y me evalúa.

—¿Te resulta extraño?

—Para una chica que calcula los riesgos de cualquier cosa, hasta de la comida, sí, me resulta extraño.

Parece que Nathan ha cumplido su palabra.

«Solo me fijo en los detalles. Facilitan información y tengo cinco horas para conocerte. A fondo».

Esas fueron sus palabras. Ahora tenemos más de cinco horas. Algunas más.

—Antes no era así —juro. Y no le quiero dar más información, porque no me gusta recordar lo que fui. Agradezco que Nathan lo deje pasar—. El caso es que me puse en pie, convencida de que no sucedería nada. Y fue de esa forma durante unos segundos. Hasta que mi zapato de charol resbaló del lomo del caballo y caí de cabeza al suelo.

Le muestro la cicatriz que todavía sigue presente en mi sien izquierda.

—Seis puntos. Casi mato a mi abuela de un disgusto. No quiso volver a llevarme a un tiovivo jamás.

—Tenías trece años.

—Jamás —repito.

Nathan chasquea la lengua justo antes de partir un trozo de hamburguesa y metérsela en la boca sin dudar.

—Yo se la devolví a Harry. Le lancé una pelota de béisbol a la nariz. Se la rompí.

Abro la boca y ahogo un gemido.

—¿Que hiciste qué?

—En mi defensa diré que, en realidad, no quería hacerle daño. Quería golpearle en la barriga. Soy un pésimo lanzador.

—Recuérdame que nunca juegue contigo al béisbol —ironizo.

—Te lo recordaré, por supuesto. —Me guiña un ojo y ese punto de descaro ha regresado—. Estuve castigado semanas. Todavía en las reuniones navideñas lo recuerdan, y mi hermano me odia por ello. Su nariz también. No ha sido la misma desde entonces —bromea.

—Me pregunto si tu hermano también se lo toma a cachondeo. —Le sigo el juego dejando lo que queda de hamburguesa en mi plato.

—Hoy en día sí. En aquel momento te puedo garantizar que no. ¿No tienes más hambre? —pregunta haciendo un leve asentimiento en dirección a mi plato.

—Si como algo más, prometo que reviento.

—No queremos que eso suceda.

Observo su comida y veo que tampoco la ha devorado.

—¿Y tú? ¿No comes?

Él se limita a negar sin más.

—No tengo mucha hambre.

—¿Por qué? —pregunto.

Nathan se cruza de brazos, todavía apoyado en el respaldo de su sillón.

—Puede que haya cenado antes de venir. —Abro la boca para protestar o para reprenderlo. ¿Qué? Es decir, ¿qué?

—¿Me has traído hasta aquí solo para que yo cenase?

—Puede.

Es mi turno de cruzarme de brazos. Indignación, eso es lo que siento.

—Me parece…

—Pixie… Te ibas a comer una triste ensalada —me corta antes de que yo siga soltándole un discurso—. ¿Por qué iba a dejarte comer eso pudiendo disfrutar de una de las mejores hamburguesas de Nueva York y de mi compañía? O yo de la tuya, según prefieras verlo.

—Eres… Eres…

Separa sus brazos y se acerca. Sus rodillas y las mías prácticamente chocan y me sonríe con suficiencia, como si supiese de antemano que ha ganado la batalla. La batalla, que no la guerra.

—Ya, ya… Lo sé, Pixie, lo sé —sentencia y no parece una disculpa para nada.

—Al menos, me dejarás invitarte.

—De eso nada, ricura.

Se incorpora en todo su esplendor y se encamina hacia la barra. Cruza un par de palabras con el chico que hay tras ella y señala en dirección a nuestra mesa. Yo no le pierdo de vista, y él parece darse cuenta de ello porque alza las cejas y señala el muérdago, supongo que por si me animo. Cuando niego con la cabeza, él solo balbucea un «¡qué pena!» y sé que lo dice en serio. Yo también lo pienso, de veras, es una auténtica lástima que me funcionen las alarmas y la decencia.

Más allá de eso, no puedo obviar lo que ha hecho y el gesto en sí. Es… es bonito. Y halagador.

Había cenado y ha decidido acompañarme a este lugar solo para que yo disfrutase de una cena en condiciones.

Si le contase esto a Stella, es probable que ya estuviese comprando el tocado de la boda. O enviando las invitaciones. Tal vez algo mucho peor.

Nathan se acerca y me tiende la mano. En esta ocasión no dudo, solo la sujeto y siento de nuevo la calidez de la misma.

—Gracias por invitarme. —Y por todo lo demás.

—Te dije que sabía hacer trucos mejores —sentencia él.

—No me cabe la menor duda.

Porque, aunque él no lo sepa y vosotras no lo creáis, esto que está haciendo conmigo puede que sea algo de magia.

CAPÍTULO 10
A Belén pastores

A pesar de toda la desfachatez que ha exhibido Nathan esta noche, de la provocación en mi habitación o del coqueteo que mostró al mencionar el muérdago y dejar entrever las cosas que podríamos hacer si yo aceptaba, se despide en la puerta de mi habitación con un simple «buenas noches» seguido de un beso en el dorso de mi mano.

Me percato más pronto que tarde de que ha depositado un corazón rojo hecho de papiroflexia en ella, y dentro de él hay otro corazón y otro y otro, hasta que no cabe ninguno más. Me fascina ese detalle, debo decirlo, y abro y abro capas y capas esperando encontrar el siguiente y saber cuál será su color.

Puede que Nathan se limite a ser un aprendiz de mago, y que sus trucos no sean nada del otro mundo; pero estoy empezando a entender que la magia reside en las pequeñas cosas y que lo importante no es el truco en sí, sino lo que despierta mientras lo descubres: la ilusión, la sonrisa pura y genuina y la calma que se instala en el centro de tu pecho.

Paso toda la noche trabajando sin descanso. A veces aparto la vista de esos informes y de las notas que he tomado para pedir un café. Tres, ese es el total de bebidas calientes que he solicitado a lo largo de la noche y, aun así, me cuesta mantener los ojos abiertos. De vez en cuando alzo la cabeza y observo la fila de corazones de colores que tengo repartidos frente a mí y analizo cómo podría haberlo hecho él.

Tengo que confesar que ha valido la pena, que esta noche, el haberme apartado de las obligaciones por un rato y haber compartido esa cena con ese chico que apenas hace horas que conozco, ha valido la pena.

Le doy a enviar al correo electrónico que le he preparado a Susan y rezo para que respete que hoy es día veinticuatro de diciembre y que en breve cogeré otro vuelo, largo y pesado vuelo, en dirección a Londres y que necesito esas horas para descansar.

Se me eriza el vello de la nuca cuando el bip tan característico de que algo me espera en mi bandeja de entrada resuena como si fuese un maldito tambor en medio de una batucada.

Al menos no es Susan. Por ahora no es ella.

Estimada Señorita Beaumont, lamentamos comunicarle que el Servicio Nacional de Meteorología ha emitido un nuevo aviso. Durante los próximos cuatro días no habrá vuelos operativos…

Dejo de leer en ese instante y no me importa en absoluto la infinidad de disculpas, tampoco el ofrecimiento a devolverme el dinero o a hacerse cargo de los gastos de hotel si deseo esperar a que se reanude el servicio, dejo de leer todo y me limito a acercarme a la ventana, abrir la boca y los ojos y quedarme patidifusa ante la estampa.

Ha nevado durante la noche, mucho muchísimo, y yo no me he percatado de nada. Y no solo eso, los copos caen sin cesar en este mismo instante. Nieve densa y espesa que se acumula en casi cualquier lugar que mire. Ventanas, puertas, calles, coches… Todo está cubierto de ese manto blanco.

Escucho sonidos en el pasillo y me acerco cautelosa, abro la puerta y me encuentro a la pareja de ancianos de la que me habló Nathan allí, por fuera, con un par de maletas listas.

Espera, a ver, ¿ellos pueden volar y yo no?

Me acerco presurosa, en pijama, calcetines y con una coleta que probablemente haya visto momentos mejores para obtener información al respecto.

—Buenos días —me saludan ellos a la par llenos de afabilidad.

—Buenos días. —Bajo la vista hacia la maleta en cuestión—. ¿Vuestra compañía os permite viajar? Porque yo… —Reparo en que me estoy comportando como una neurótica maleducada cuando ni siquiera me he presentado. Mi abuela me daría una colleja si pudiese—. Lo siento mucho —me disculpo y no solo por mis pintas—. Soy Pixie, Pixie Beaumont —aclaro— y mi compañía me acaba de enviar un correo electrónico para decirme que no podré volar en cuatro días porque la tormenta…

—A nosotros nos ha llegado la misma información, señorita —responde el señor, Robert, por lo que contó Nathan anoche.

Intuyo que mi cara de desconcierto le facilita algo de información porque Rose es la que toma la palabra.

—Hemos pedido que nos cambien de habitación, el váter no funciona bien y el agua caliente va y viene, y con este frío y estos cuerpos. —Se señala sonriendo con amplitud—. Lo siento, no estamos dispuestos a soportar ese tipo de cosas. —Se acerca y se pone una de las manos frente a la boca antes de proseguir—. Mucho menos si es la compañía la que se hace cargo de esto. Esos tienen dinero, que paguen.

Robert cabecea afirmando, dándole la razón a su esposa. Y yo escondo una sonrisilla porque Stella diría lo mismo, me apuesto cualquier dedo de la mano por ello.

—Eso digo yo, que paguen, que paguen.

Me giro bruscamente cuando la voz de Nathan se cuela entre nosotros, los temidos cotillas del pasillo.

—Ay, me preguntaba dónde estabas, he ido a tocar en tu puerta y no me ha respondido nadie.

No sé por qué debería sorprenderme que Nathan haga amigos allá por donde pasa.

Alza sus manos y nos enseña una enorme caja de… ¿dónuts?

—He tenido que pelear con un oso polar, con un zorro ártico, incluso huir de un pingüino bailongo, solo por ir en busca de este desayuno digno de los dioses. —Haciendo alarde de esa complicidad que ya existe entre ellos, Nathan también coloca su mano frente a la boca y baja el tono de su voz—. Sospecho que esta señorita de aquí lleva toda la noche trabajando sin cesar. —Me observa de arriba abajo y me pongo colorada—. Y no es cosa de magia, es un hecho constatado.

Seis pares de ojos se clavan en mí esperando una respuesta. Solo confirmo cabeceando. Mentir no serviría de nada teniendo en cuenta que me delata mi aspecto.

—No hay trabajo en esta vida que haga que valga la pena pasar una noche en vela, jovencita, y se lo dice alguien que tiene muchos años encima y que ha pasado por muchos trabajos —declara Robert.

Y me encantaría replicar y darle miles de motivos, motivos de peso, quiero decir, pero solo se me ocurre como argumento que tengo una secretaria espía que es un robot y que mi padre no estaría muy de acuerdo con esa filosofía de vida.

«Todo se consigue en esta vida a base de sangre, sudor y lágrimas, Pixie, que no se te olvide».

—Yo que tú lo escucharía —apunta Nathan, lo hace con fingido desinterés, y todos sabemos

que él de eso tiene bastante poco, básicamente, porque tiene mucho morro—. Te lleva años de ventaja.

—Ya, claro… —Sueno recelosa, porque es justamente como me siento.

Me meto en la habitación porque de pronto me noto más avergonzada que nunca de ser quien soy. De ser esa persona en la que me he convertido y entonces reparo en que me he marchado sin más, ojo, no por Nathan, sino por Robert y su sabiduría y Rose y su frescura. Por supuesto, salgo de nuevo, aunque en esta ocasión solo abro la puerta lo justo y necesario para sacar la cabeza y parte de mi hombro.

—Encantada de conoceros.

—¡Igualmente, Pixie!

Cierro y me dirijo hacia el baño, abro la ducha y dejo que el agua tome la temperatura perfecta, algo así como fuego infernal sale por la mariposa de la misma y me cuelo bajo ella. Gimo de placer cuando el agua comienza a correr por mi cuerpo.

Salivo solo de pensar en una ducha caliente, unas sábanas de algodón, la calefacción y unas horas de sueño. Ya lidiaré más tarde con el enfado de mi padre por no estar presente en la cena de esta noche y con la ausencia de los regalos navideños, aunque, si lo pienso bien, ya no me harán falta, ¿no?

No. No me gusta ese pensamiento. Mi abuela me miraría con mala cara si me escuchase porque ella amaba la Navidad con todo su ser. Tal vez por eso me gustan tanto las historias que me cuenta Nathan sobre su familia, porque son justamente las historias que vivíamos cuando mi abuela era quien organizaba todo. Ella se encargaba de que nos reuniésemos, de que disfrutásemos de una cena en familia y, por aquel entonces, mi padre todavía no se había convertido en un cabrón sin corazón al que solo le importa el trabajo y la reputación.

Compraré esos regalos, aunque tenga que entregarlos el dos de enero. O el treinta de diciembre. Me es indiferente.

Envuelta en el albornoz, y con una toalla alrededor del cabello, salgo descalza y me acerco hasta la ventana con la firme intención de comprobar que la nieve todavía no me ha enterrado y de que la cortina se cierra lo suficiente como para dormir a placer.

—¿Prefieres los de chocolate o los de azúcar?

Emito un pequeño sonido a camino entre un grito y un quejido hasta que reparo en que la figura que se encuentra en el salón, justo en la mesa donde hasta hace unas horas estaba esa ensalada que nadie se comió, se encuentra Nathan.

El acosador nato.

—Empiezo a preocuparme de veras. ¿Cómo has conseguido entrar? Y no me vengas con eso de que es un truco y que un mago nunca desvela sus secretos porque te asfixiaré con mis propias manos. Y veremos si ese truco también te lo sabes. —Sonrío con suficiencia.

No está para nada acojonado y ese era el efecto que esperaba provocar en él.

—Un mago nunca desvela sus secretos —repite mi frase—. Y, a pesar de que me encantaría que tus manos rodeasen mi cuello y ni confirmo ni desmiento que tus piernas, mi cintura —añade. Otra provocación y ese cosquilleo de nuevo azotando mi cuerpo y mi mente—, no iba a permitir que te quedases sin desayunar.

Bate ante mis ojos la caja repleta de dónuts y tengo que confirmar que todos tienen una pinta exquisita.

—Me he tomado la molestia de pedir leche caliente con miel porque me juego lo que sea a que has tomado tanto café durante la noche que por tus venas ya no corre sangre.

Mi primer impulso es quejarme, echarlo o pedirle que se meta en sus asuntos. Sin embargo, me retracto de inmediato porque…, porque es bonito que alguien se preocupe por ti, porque es bonito sentirse así, cuidada, y porque Nathan me cae bien. Mejor que bien.

—Azúcar. Mis favoritos son los de azúcar.

Una sonrisa triunfal se revela en su rostro, dejándome anonadada.

Las ganas de acercarme y acariciar sus mejillas comienzan a convertirse en un serio problema.

—¿Sabes? Cuanto más te conozco, más me gustas, Pixie. —Se acerca—. Más y más y más me gustas.

No es necesario que yo le acaricie a él, porque es él quien me toca a mí la mejilla.

Y cierro los ojos. Y sueño.

CAPÍTULO 11
Blanca Navidad

—En realidad, tienes que saber que ha sido tu hermana la que me ha ayudado a colarme en tu habitación —confiesa Nathan, todavía con restos de azúcar en la comisura de sus labios.

Parece no reparar en ello o es tan malvado que lo que pretende es ponerme en tensión y que me estremezca solo de pensar en quitarle ese azúcar. Con la lengua.

Le doy otra mordida a mi dónut antes de preguntar siquiera o de lanzarme. Lo que sea que ocurra antes.

—Si buscabas causar impacto, no lo ha hecho. Stella es así —me recompongo.

—Se ha despedido de mí con un «No hagas nada que yo no haría, cuñado».

Me atraganto con un trozo de dulce y casi —casi— tiro de una patada la mesilla de centro en la que están apoyadas nuestras bebidas calientes.

—¿Qué? —No me lo puedo creer.

—Ahhh, eso sí que te ha sorprendido, ¿verdad?

Lo ha hecho, sin lugar a dudas.

—No le hagas caso. —Le resto importancia. Aunque la tiene, vaya que sí.

—Stella es así —finaliza él por mí. Sonríe como si pensase que tiene que darme la razón, pero sabiendo que la tiene él—. Insisto, me cae bien tu hermana. He tenido que llamarla, porque tocaba y tocaba en la puerta, y nadie respondía. Era una emergencia nacional, ya sabes, si estuvieses en algún apuro, tendría que rescatarte.

—Rescatarme en la ducha —suelto con sarcasmo.

—Precisamente en la ducha —contrataca él con toda la desfachatez que le cabe en el cuerpo. Teniendo en cuenta su altura, debe de ser mucha, obvio.

—Así que memorizaste el número de mi hermana cuando me pediste el teléfono.

Alza la vista y me observa con atención. Sus ojos verdes son tan bonitos que parece que viviesen en una Navidad continua, tienen el mismo color que un abeto navideño.

—Ya sabes que un mago nunca desvela sus trucos.

Y hablando de magia.

—Quiero que me digas cómo lo hiciste.

Se apoya contra el respaldo con resolución y comienza a chupar todos y cada uno de sus dedos sin apartar la vista de mí.

Parece que me grita desde la distancia: «Oye, Pixie, no sabes lo que te estás perdiendo» y empiezo a pensar que tiene razón.

—Le expliqué lo sucedido, ella llamó a recepción, el chico subió y abrió y le prometí que éramos amigos. Porque es lo que somos…, por ahora.

Omito la intencionalidad de sus palabras y me concentro en todo esto. Primero debo intentar persuadirlo para que me enseñe; segundo, matar a Stella por ser su cómplice y no oponer resistencia alguna.

—Hablaba de los corazones de papiroflexia, pero me alegra saber que mi hermana estaría dispuesta a ayudarte siempre que lo necesites.

—Cuñado —repite—, no te olvides de que me ha hecho miembro de la familia y casi sin

conocerme.

—¡Cómo olvidarlo! —Ruedo los ojos.

Nathan se incorpora y ojea mi mesa de trabajo. O esa mesa que hace las veces de ella.

—¿Puedo?

Me acerco, porque no sé bien qué busca y tengo todo ordenado de tal manera que, si Susan me llama para solicitar algún dato, pueda encontrarlo sin problema y sin demorarme. Sobre todo, sin demorarme.

Mueve alguno de mis papeles sin descolocar nada y encuentra un trozo cuadrado en el que he escrito una de mis listas. Esta no es muy importante, son solo cosas que tengo que revisar cuando llegue a Los Ángeles.

Nombres de archivos, citas telefónicas y alguna que otra carpeta que tenemos que buscar para contrastar información. Aburrida y sórdida hasta decir basta.

—Esta misma me valdrá —sentencia ojeando por un lado y por el otro—. Me he fijado en que tienes muchas listas como esta. ¿Eres una maniática del control o es solo para pasar el tiempo?

Ruedo los ojos una vez más.

—¿En serio quieres que responda a esa pregunta? Porque tal vez tenga que matarte después de ello.

—Tal vez sí —bromea.

—Me gusta apuntar todo y dejar que me invada esa satisfacción cuando las voy tachando porque las he llevado a cabo. Es raro, lo sé, yo lo soy… —titubeo—. Es que… completar tareas… —¿Cómo explicarlo?—. Soy una controladora nata. ¡Ya está! ¡Ya lo he dicho! —finalizo.

Me siento un tanto avergonzada por estar contándole esto. Le estoy permitiendo ver mis taras, mis manías, mis tocs.

Gira la cabeza en busca de mi violín, que sigue apoyado en el mismo sitio que la noche anterior. No me he atrevido a sacarlo de ahí.

De pronto, me siento incómoda, porque es como si Nathan estuviese intentando averiguar dónde encaja esa parte, ese instrumento, en mi cuadriculada vida.

—Eres una controladora preciosa —sentencia.

Una vez más, mi corazón se acelera. Y puede que tenga también un poco que ver la distancia que nos separa, siendo mínima. El calor, su energía, su arrojo y el brillo imperturbable de sus ojos. No es necesario formular siquiera la pregunta para saber que es feliz y no le importa en absoluto lo que los demás opinen de él.

Por eso cuando me contó que era mago no dudó en formular algunos adjetivos negativos sobre ello, y ahora me doy cuenta de que es probable que ese tipo de calificativos se los habrán dicho en más de una ocasión. Y pensó que yo haría lo mismo que todos ellos, juzgarlo. Mucho peor, hacerlo sin conocerlo siquiera.

Sacudo la cabeza y dejo que el cumplido me caliente el pecho. Me concentro en sus siguientes movimientos.

—Espero estar a la altura, señorita.

Nathan comienza a agitar el papel, a doblar y a moverlo para hacer marcas y que esas marcas luego se conviertan en eso que él me regaló a mí anoche.

Me atrevería a afirmar que parece sencillo o, al menos, esa es la impresión que da cuando veo a Nathan hacerlo sin pestañear. Movimientos sincronizados que dan como resultado algo fascinante.

—Y *voilà*. —Me tiende el corazón y no dudo en cogerlo.

Tiene mis letras por varios lados y sonrío al pensar en que mi lista de trabajo está ahí, formando algo que nada tiene que ver con eso que han usado para crearlo.

—¿Esto se enseña en la escuela de magia o algo así?

—O algo así —repite él sin perder la sonrisa.

—No, venga, en serio… —le pido dándole un pequeño golpe en el pecho.

Llevo mi mirada hacia el lugar y me percato del gesto. Intento apartar la mano con rapidez, sin embargo, Nathan es mucho más rápido que yo y la sujeta, colocando la suya sobre la mía. Atrapándola.

Su corazón late acelerado bajo ella, bajo esas capas de ropa que lleva, bajo la sudadera de punto *beige* con rombos, círculos y líneas de colores azules y magentas. Y me pregunto si será capaz de notar que el mío va tan rápido como el suyo, si mi brazo le sirve de canal para escucharlo latir. Bum. Bum. Bum.

—Mi abuelo es un artista del origami. Desde siempre, desde que tengo uso de razón, hacía figuras con papel. Afirma que le relajan, que le distraen de todo. Cuando era pequeño, me gustaba observarlo mientras las hacía, ver cómo le daba vueltas y vueltas a un papel plano que luego convertía en algo a lo que le daba vida solo con sus dedos y su imaginación. Cuando entré en la adolescencia y me convertí en un gilipollas de campeonato al que solo le interesaba estar fuera de casa con los amigos, beber y fumar… —Abro los ojos ante la absoluta sinceridad con la que me cuenta esa época de la que estoy segura de que se avergüenza—. En ese entonces las pisaba, porque me molestaba encontrar esas cosas por todas partes.

»Hasta que, un día, mi abuelo sufrió un infarto. Mi abuela no soltó ni una sola lágrima porque estaba convencida de que sobreviviría, decía que un amor como el que ellos habían vivido no podía romperse tan pronto. Que todavía les quedaba mucho por delante.

—¿Cuántos años hace de eso? —pregunto con cautela.

Ha hablado de su familia, solo que… No sé… No sé si su abuelo y mi abuela están en el mismo lugar, si ya no están con nosotros.

—Hace diez años.

—¿Y…?

—Ohh, mi abuelo está vivito y coleando. —Y no sé por qué, pero eso me hace respirar de otra forma—. En aquel momento me juré que dejaría de ser tan imbécil y valoraría a mi familia. Supongo que has escuchado el dicho: «No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes».

—No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes —repito yo a su vez, y casi coincidimos al verbalizarlo en alto.

Cruzamos una mirada cómplice y os prometo que tengo la sensación de que me va a besar. De que lo va a hacer. Y yo, desde luego, no lo impediría.

Nathan da un paso hacia atrás y me evalúa.

—Aprendí a hacer origami con él. Creo que es el culpable de que me guste la magia. De que me guste la vida. De que haya aprendido a vivir, a exprimir cada segundo, a aprovechar las desavenencias y convertirlas en oportunidades. Porque de todo, de absolutamente todo, puede salir algo bueno, ¿no crees?

Entonces… Entonces reparo en algo y es que a veces la magia no es cuestión de trucos ni de esconder un as bajo la manga, utilizar un imán o jugar con los sentidos de los demás, en ocasiones, la magia la creamos nosotros por el simple hecho de elegir cómo enfrentarnos a la vida, de tomar las cartas que nos han repartido y ganar, ganar, aunque se pierda.

—Empiezo a creer, Nathan Graham. Tú haces que empiece a creer.

CAPÍTULO 12
A Belén, pastorcitos

Nathan se marcha a su habitación poco más de una hora después, me ha asegurado que tiene cosas que hacer, sin embargo, lo que sospecho es que sabía que necesitaba dormir, aunque fuese un rato, para poder recuperar las horas de sueño invertidas en el trabajo. Eso y que era más que evidente que comenzaba a dar cabezadas sobre mi propio pecho, en fin...

Y eso es exactamente lo que hago cuando nos despedimos, me meto en la cama, llevo la mirada hacia la ventana que he dejado abierta por el simple hecho de querer disfrutar de la nieve cayendo sin cesar y, sin apenas darme cuenta, cierro los ojos y me sumo en un sueño profundo en el que Nathan es el protagonista.

Os prometo que sonrío sin cesar mientras él se encarga de llevarme a la hamburguesería una vez más, de traerme dónuts de azúcar o de tomar el mismo vuelo que yo, en esta ocasión, con destino a Londres. Y cambia de plan en última instancia para marcharse conmigo.

Para cuando abro los ojos, ya comienza a anochecer, lo que quería decir que he dormido más horas de las que tenía previstas y… me incorporo como un resorte solo de pensar en la cantidad de correos electrónicos que debo de haber recibido y las llamadas constantes de Susan por no responder a los mismos en treinta segundos. Y sin contar con que todavía no he llamado a mi padre, al que estoy convencida de que han informado del cambio de planes solo que no he sido yo la que lo ha hecho. Y me lo reprochará, estoy convencida de ello.

Antes siquiera de pasar por el lavabo, cojo el teléfono solo para confirmar mis sospechas. Tengo cuatro llamadas perdidas de Susan, una de mi hermana y, la peor de todas, la de mi padre.

Todavía no estoy del todo preparada para enfrentarme a eso. A él y a su actitud déspota. Para que me eche a los lobos por haber hecho algo de lo que yo misma ni siquiera me he percatado o por haberme quedado encerrada en Nueva York y no amenazar a la compañía con denunciar hasta al último empleado si no ponían un vuelo a mi disposición.

Está más que claro que he cambiado en estos últimos tiempos, aun así, no soy esa persona y rezo para no serla jamás.

Decido que enfrentarme a las cosas de una en una es la mejor de las decisiones así que, mientras voy a lavabo, marco el número de mi hermana, que me contesta prácticamente al instante.

—¿Y bien? —Esas son sus primeras palabras.

—Voy a matarte. —Las mías no son mucho mejores.

Una sonora carcajada envuelve toda la habitación. No hay nada que me guste más que escuchar a mi hermana reír y hacerlo con franqueza.

—Solo fue una ayudita, Pixie. Si te hubiese sucedido algo no me lo habría perdonado, necesitaba tener mi conciencia bien tranquila. Nathan necesitaba ayuda y yo se la presté de forma desinteresada.

Ya, claro, sí, conociendo a Stella, seguro que no hay ninguna intencionalidad oculta tras su gesto.

—¿Desinteresada?

—Total y absolutamente —sentencia.

—Te creo.

—¿Me crees?

—Era un farol, por supuesto que no lo hago. Le dijiste y cito textualmente: «No hagas nada que yo no haría, cuñado».

Eso parece haberle quitado el habla a mi hermana y no es por nada, pero dejarla sin palabras es un suceso de lo más extraño. Digno de estudio.

—Vale. Me cae bien. —Y a él le cae bien ella, ¿os acordáis?—. Y me gusta que estéis ahí, juntos, que pases las fiestas con alguien, con alguien que no seamos nosotros y nuestras caras mustias. Mamá ahoga las penas en alcohol, aunque cree que nadie se percata de ello. El abuelo solo ve la tele porque las conversaciones son una auténtica basura, y papá está todo el día gritando al teléfono.

Gritando.

—¿Y tú? —La imagino alzando los hombros y restándole importancia a mi pregunta.

—Yo soy la hija detestable que ha decidido no hacerse cargo del negocio familiar y tocar el piano a su antojo. ¡Por cierto! —grita cayendo en la cuenta de algo—. ¿Sabes que mañana me dirán si puedo participar en la audición? ¿Me imaginas a mí? ¿Y el día de Navidad? ¿Acaso hay mejor regalo que ese? ¿Te imaginas? —insiste. Por supuesto que lo hago—. Yo delante de cientos de personas, poniendo la banda sonora a ese musical, tocando el piano y emocionando, erizando el vello de la nuca, de los brazos… ¿Lo oyes, Pixie? ¡Me están ovacionando! ¡A mí! ¡A la inigualable Stella Beaumont! Tendrás que venir a verme —sigue parloteando sin perder la carrerilla, y me encanta escuchar la emoción que transmite porque…, porque me contagia de ella —. O puede que vaya yo a verte porque seré una artista internacional. Y tú… —Baja la voz unas décimas—. Tú podrías hacerlo también, podrías volver a tocar, perseguir tu sueño, nunca es tarde para ello, Pixie. No lo es. La abuela te lo diría. Lo haría.

Mi hermana sabe lo que viene tras esa frase: una evasiva en toda regla porque suele ser mi respuesta cada vez que intenta hablar conmigo de ese asunto. Colgar el teléfono, inventarme otra llamada o cambiar de tema de forma radical. Todo es válido para no enfrentarme a ello en absoluto.

—Siempre has tenido razón, Stella, y nunca te he hecho caso. Debería haber luchado por lo que quiero. —Mi hermana pequeña es valiente, la más valiente de las dos.

Un silencio sordo se abre entre ambas. Mi hermana boquea, la escucho, busca las palabras sin saber lo que decirme.

—¿Hablas en serio?

—Hablo en serio. El violín me daba vida. Me hacía sentir viva.

Stella suspira, entiende a lo que me refiero porque le sucede lo mismo con su piano. Tenemos una conexión con nuestros instrumentos difícil de explicar, es como si fuesen una extensión de lo que somos nosotras mismas.

—Yo… Puede que no sea mucho —titubea—, no obstante, yo siempre te apoyaré decidas lo que decidas, hagas lo que hagas y elijas lo que elijas. Solo…, solo piensa en quién eres y quién quieres ser. Solo piensa en eso. Solo —insiste.

Lo he pensado muchas veces, os lo he contado a vosotras y he imaginado dónde quiero verme en unos años. Desde luego, no con traje y chaqueta, no dirigiendo una empresa, lo que sucede es que me he metido en un bucle del que ya no sé salir. Escapar. Huir.

—He asumido que este es mi destino, Stella.

—El destino no está escrito, lo escribimos nosotros con nuestras decisiones y nuestras

acciones. Lo que hagas hoy te llevará al lugar en el que quieras estar mañana. No te olvides de ello. No lo hagas.

Y sé que tiene razón, solo que ella es la valiente y yo he decidido resignarme.

—Te quiero mucho, Stella.

Mi hermana sabe que ha llegado el momento de parar, de no seguir tirando del hilo, de no tensar la cuerda.

—Yo sí que te quiero a ti —susurra ella al otro lado—. Y me alegra que no estés en Londres, en casa. Me alegra que estés ahí, con él. Contigo misma. Conmigo en la distancia.

Me trago ese nudo enorme que se forma en mi garganta y asiento porque no sé qué más hacer. Porque, si abro la boca, con toda seguridad rodarán lágrimas por mis mejillas. Y no quiero hacerlo.

—Hablamos mañana.

—Por supuesto, para que abras tu regalo de Navidad. ¿Has comprado el mío? —me pregunta. Otro largo silencio—. Lo suponía —susurra—. Abriremos el tuyo, aunque sea en la distancia, y ya tendrás tiempo de comprarme algo. Algo chulo, algo como… ¡Un adosado en Santa Mónica! Para ver a todos esos machos fornidos correr por la playa en plan *Los vigilantes de la playa*. Con esas bermudas rojas y esos pectorales de infarto. Dios, qué calor me ha entrado de pronto.

Me carcajeo ante su desparpajo.

Yo… Bueno, puede que yo me esté imaginando a un chico en concreto corriendo por la playa. No me importaría fingir una picadura de medusa o un ahogamiento si me hiciese el boca a boca.

—Te has quedado callada. ¿Estás pensando en alguna obscenidad? ¿En alguna obscenidad con un chico llamado Nathan? ¿Con el que será mi futuro cuñado?

—No te pases, Stella.

Aplaude al otro lado y eso provoca que se le caiga el teléfono al suelo. El estruendo es enorme.

—Tienes que contármelo todo. Todo todo.

—No hay nada que contar —me apresuro a negar, porque mi hermana se monta unas películas que ni Pixar.

—No hay nada que contar, por ahora —matiza ella y utiliza ese tono, justo ese, en el que sé que se imagina hasta el último detalle.

Vestido, invitaciones, convite, ella ya lo tiene todo programado en su mente, os lo garantizo. La conozco desde hace muchos años. Sé de qué pie cojea mi hermana.

—Stellaaaaa… —la reprendo con ese tono tan mío y que sé que odia. Porque yo también lo hago.

—Tengo que dejarte, tu querido padre me reclama —bufa—. Probablemente para echarme en cara que esté encerrada en una habitación y no haciendo canapés para sus invitados de esta noche. Te juro, Pixie, que pagaría por estar ahí contigo. Solo que no tengo dónde caerme muerta. Y fin de la historia.

Me carcajeo, y ella también lo hace.

—Nos vemos pronto.

—Ojalá que no… —Y sé por qué lo dice—. Al menos, no a esa Pixie, a esta, a esta sí que quiero verla.

Cabeceo afirmando y digiero sus palabras.

Tal vez, tal vez sea hora de pensar en esto. De pensar en las oportunidades, en esa baraja que me ha explicado Nathan o en que quizá esta tormenta no solo sea cuestión de la meteorología,

que hay tormentas que están dentro. Dentro de ti.

Y tienen que salir.

CAPÍTULO 13
We wish you a Merry Christmas

Apenas cuelgo el teléfono y la puerta de mi habitación suena.

Me acerco rápidamente a abrir esperando que sea Nathan el que se encuentre al otro lado. Y no es otro que él. Él… con una diadema con dos cuernos de reno llenos de luces que parpadean sin cesar. Parece que tiene una discoteca en su cabeza y que no le importa en absoluto.

De hecho, estoy casi convencida de que no le importa en absoluto.

Abro la boca para soltar algún comentario mordaz, y él se anticipa, colocando su dedo índice sobre mis labios.

—Antes de que me expliques lo celosa que estás por mi atuendo, debo decirte que… —Se separa unos centímetros de la puerta y una sonrisa inmensa reluce en su cara justo cuando saca la mano que tenía tras su espalda y me enseña otra diadema—. ¡Tachán! —Una diadema con un gorro de Papá Noel de tamaño minúsculo. El pompón tiene luces y brilla también—. Espera, espera. —Se acerca, y permanezco en mi sitio. Cuando me lo coloca en la cabeza me estremezco ante su contacto. Si lo nota o no lo hace… no lo sabré jamás—. Tengo un truco final —añade.

Mueve la cabeza buscando algo, hasta que me doy cuenta de lo que es. En uno de los laterales parece encontrar un botón y lo presiona. Mi diadema comienza a sonar. Creo que la discoteca andante soy yo.

We wish you a Merry Christmas
We wish you a Merry Christmas
We wish you a Merry Christmas
And a happy New Year.

Mi primera reacción es…, ¡no sé siquiera cuál es mi primera reacción porque me he quedado perpleja!

—¿Dónde has conseguido esto? —La señalo.

Quiero lanzarme a sus brazos; pero no solo por los motivos que os pensáis: porque es guapo e increíblemente sexi. Sino porque es atento, cuida los detalles y está pendiente de mí.

—Mientras la bella durmiente recuperaba sus fuerzas, he tenido que hacer de ayudante de Santa. He recorrido unas cuantas tiendas hasta que he dado con una que tenía muchas cosas navideñas. No me he podido resistir —finaliza colocando la diadema y soltando mechones de mi pelo a su paso.

—¿Estamos encerrados en Nueva York por una tormenta de nieve y las tiendas abren?

—Toda una ventaja que sea de esa forma, ¿no crees? Pasaremos la Navidad juntos. Yo solo veo oportunidades en todo esto. Aunque mi abuela está enfadada porque quería verme y seguro que tirarme de las orejas. —Se las señala—. Sé que te has dado cuenta de que son enormes —bromea—, y debo disculpar a la genética porque no ha influido en absoluto. Es cosa de mi abuela.

Me río. Me río mucho y muy fuerte y entonces, sin más, lo hago.

Me lanzo a su pecho, coloco los brazos alrededor de su abdomen y lo envuelvo con ellos.

Apoyo la mejilla en su pecho y percibo la suavidad de su sudadera contra el lado derecho de mi cara. No hay rastro alguno de su chaqueta de cuero, aunque sus vaqueros desgastados siguen ahí. Y sus botas también.

Sus manos permanecen quietas a ambos lados de su cuerpo, aunque el pecho le sube y baja con fuerza. Y lo noto, ¿sabéis? Noto lo apresurado que le late el corazón y estoy convencida de que, a pesar de que soy bastante más baja que él, es capaz de sentir que el mío va igual de acelerado. Que se suma a la carrera por saber cuál de los dos está más nervioso o quizá…, quizá cuál de los dos tenía más ganas de esto. De este gesto. De este abrazo que encierra secretos que no nos contamos.

Y que hace que mis alarmas se desconecten. ¿Durante cuánto tiempo? No lo sé… Solo que dejan de funcionar para permitirme un impás, sentir, dejarme llevar, disfrutar de lo que sea que está sucediendo entre nosotros. De lo que me sucede a mí.

Cuando estoy a punto de separarme, Nathan me aprieta con fuerza, como si no quisiese que esto acabase nunca, como si hubiese entendido que este gesto encierra complicidad y amistad. Gratitud y tal vez, con suerte, algún destello de romanticismo.

—Si llego a saber que una simple diadema de Papá Noel con música y luces haría que te lanzases a mis brazos, la habría comprado en el aeropuerto antes de salir de Los Ángeles.

No me molesto en separarme y, tal y cómo siguen sus brazos alrededor de mi espalda, me atrevo a decir que él tampoco quiere que eso suceda.

—No es la diadema, Nathan Graham. —Me gusta cómo suena su nombre en mis labios.

Un corto silencio nos envuelve.

—¿Y entonces? ¿Qué es entonces? —No es cautela lo que percibo en su tono es… Es anhelo, esperanza… Ganas.

Nos separamos, poco, muy poco, apenas unos centímetros. Mis manos siguen apoyadas en su cintura y las de él ascienden por mis brazos hasta llegar a mis mejillas, donde ambos pulgares juegan con mi piel, con mis pequeñas arrugas, con mi sonrojo. Con las emociones que no se muestran y se esconden, pero que están ahí.

Cuando alzo la mirada y nuestros ojos se encuentran sé que estoy lista, lista para ese beso, para que nuestros labios colisionen. Para saber si será dulce y delicado o, por el contrario, será fiero y rudo. Si su lengua será juguetona o con ansia de conquistar. Si encajaremos o tendremos que aprender a conocernos, profundizar en lo que nos gusta. Si gemimos al unísono o si nuestros jadeos irán unos al encuentro de los del otro y tal vez…, tal vez no solo sea un beso más. Tal vez sea como encontrar tu hogar en la boca de la otra persona. Encontrarte a ti misma en el sabor de él.

Tal vez no exista la magia como tal, y seamos nosotros y nuestros besos los que marquemos el inicio de la misma.

—Eres tú, Nathan, tú y esa maldita magia que haces cada vez que estás cerca.

El chico que está frente a mí me observa con atención, evaluándome una vez más, porque, como bien dijo, hay información de la otra persona en cada pequeño detalle.

Cierro los ojos aguardando el contacto, esperando su beso, esa caricia íntima que reconforta y enciende, que tranquiliza y calcina, que abrasa y apacigua, solo que no llega.

—Eres una dulzura —musita acercándose y depositándome un beso delicado y firme en la frente, apretándome de nuevo contra su torso tras él.

¿Y sabéis qué?

Que no era lo que deseaba, para nada era eso, sin embargo…, ha sido mejor.

Cuando Nathan da un par de pasos atrás, sé que el momento ha acabado. Repasa mi cuerpo y asiente, parece satisfecho con lo que encuentra. Aunque no esté en albornoz, sino en sudadera, vaqueros y calcetines. Ah, y diadema que, por cierto, sigue sonando.

—¿Estás lista?

Me aparto un poco yo también.

—¿Para qué?

Nathan chasquea la lengua y hasta ese sonido me resulta reconfortante de alguna forma. Sus ojos cada vez más verdes, más intensos. Su sonrisa más seductora y pecaminosa.

—Para pasar esta noche conmigo. Con nosotros. Hemos preparado un banquete digno de los dioses —sentencia.

Oportunidades. Cientos y cientos de ellas.

—¿Hemos?

—Cuestión de semántica. En realidad, ha sido el hotel. Es Nochebuena, no pensarías que ibas a pasarla aquí, sola, con esa montaña de papeles —explica mientras señala tras de mí—, esa *tablet* —añade y sigue señalando— y haciendo alguna lista nueva sobre qué tareas tienes pendientes o cuántas llamadas de teléfono debes hacer antes de que acabe el año.

Es mi turno de chasquear la lengua y protestar.

—No pensaba hacer nada de eso. —Es justo lo que tenía pensado, además de pedir una ensalada de tomate, rúcula y parmesano. Porque ya he comido lo suficiente mal por varios días, gracias a él, claro.

Alza una ceja, no se cree nada de lo que estoy soltando por esta boquita. Y hace bien.

—¿Segura?

Niego.

—Para nada. Iba a trabajar hasta desfallecer. —Su mirada se suaviza y en cierto modo me calma—. Ya sé que soy un bicho raro —apunto bajando la vista.

No tenía que haber sido tan honesta, quizá era mejor tener ciertas reservas y no dejar ver todo lo que eres. Todo lo malo que tienes.

Se acerca de nuevo y coloca la palma de su mano sobre mi mejilla.

—Pues es una suerte que me gusten tanto los bichos raros, Pixie. Una suerte muy grande.

Me da un beso en la nariz antes de tirar de mí y llevarme hasta el pasillo. La puerta de mi habitación se cierra y me giro, asustada.

—No tengo llave.

—No la necesitas.

Freno mis pasos y me percato de que voy en calcetines.

—No tengo zapatos. Y todas mis cosas están ahí dentro. —Señalo la estancia.

Nathan saca del bolsillo trasero de su pantalón dos tarjetas.

Abre la puerta de su habitación, se quita una bota, la lanza. Hace lo mismo con la siguiente y un par de calcetines de guirnaldas navideñas decoran sus pies.

—¿Mejor?

—¿Bolas navideñas?

—¿Sabes que me encanta la Navidad?

Solo permito un leve alzamiento en la comisura de mis labios.

—¿Por qué será que no me sorprende? Estoy segura de que ahí dentro tienes de todo, ¿a que sí?

—Pixie, Pixie, Pixie…, ¿nadie te ha enseñado que un mago nunca desvela sus trucos?

Y corremos por el pasillo, en calcetines, hasta un salón enorme, decorado con luces, guirnaldas y muchos muchísimos muérdagos.

Abro la boca, y Nathan me la cierra.

—Esta noche. Esta noche no puedes decirme que no.

Y empiezo a pensar que no solo seré incapaz de negarme hoy.

No hay ni rastro de las alarmas. ¿Quién las necesita?

CAPÍTULO 14
Noche de Paz

Robert y Rose están sentados en una de las mesas en las que hay dos sillas libres. Rose comienza a mover las manos antes incluso de que yo repare en ellos. Sigo observando cada detalle, cada objeto que decora la estancia, cada persona que ayuda o que sirve, que sonríe o que abraza, y me pregunto cuántos de ellos se conocerán o habrán compartido un par de ocasiones sin más y, fruto de este pequeño encierro, se convertirán en cómplices, confidentes o amigos. ¿Quién sabe?

No me paro a pensar en el atuendo que llevo puesto, en la escasez de maquillaje, en que no tengo llave de la habitación o en que he dejado el teléfono dentro de ella y eso no sucede desde hace mucho tiempo. Más del que me gustaría.

Solo me centro en disfrutar de este instante, efímero y eterno a su vez, porque pasa tan rápido como una estrella fugaz, solo que permanece dentro de ti mientras lo atesores con cariño, y eso es justo lo que pienso hacer.

—¡Aquí están mis chicos! —grita Rose, como si nos conociese de toda la vida o ella fuese nuestra abuela—. Pensaba que os habíais entretenido por el camino —suelta con ironía.

Bajo la vista, avergonzada, y estoy convencida de que mis mejillas se han teñido de un rojo escarlata nada disimulable.

—He tenido que convencerla para venir, estaba loca por encerrarme en la habitación y hacerme cosas indecentes, Rose. ¿Te lo puedes creer?

Abro los ojos como platos y me dispongo a negar esas palabras que han salido por su boca. ¿Quién se cree?

Sin embargo, Rose y Robert se carcajean y niegan en repetidas ocasiones con la cabeza.

—No sé por qué, pero apuesto a que ha sido más bien al revés. —Rose me guiña un ojo con complicidad, y yo solo me limito a sonreír todavía cohibida por el descaro de mi acompañante. No sé si algún día me acostumbraré a él.

—¿Tú la has visto bien? Por favor, sería un necio si no aprovechase la coyuntura —sentencia.

Os prometo que la entonación es distendida y jovial, no obstante, las palabras rasgan, a pesar de no haber sido pronunciadas en ese tono, como si encerrasen una verdad absoluta. Un axioma en sí.

—Estoy de acuerdo. —Aplaude Robert—. Rose no me lo puso nada fácil, ¿sabes? —me explica mientras tomo asiento frente a ellos. A ambos lados hay un par de parejas, también mayores, que no dejan de hablar y gesticular y, por lo que veo, no somos los únicos en llevar estas diademas—. Era malvada —sigue contándome—. Incluso me hizo creer que estaba enamorada de otro hombre. Se propuso conseguir que me arrastrase.

Rose asiente sin mostrarse culpable por las palabras que ha pronunciado su marido y se acerca al borde de la silla, recortando la distancia. Nathan hace lo mismo, interesándose por el cotilleo.

—Se lo merecía, ¿sabes? Porque iba de sobrado con esa camisa de lino y esos pantalones de vestir sumamente planchados, intentando impresionarme. ¡A mí!

—Por supuesto que pretendía impresionarla. ¿Acaso no es eso lo que tenemos que hacer los hombres para conquistar a una mujer?

Rose y yo nos limitamos a negar en repetidas ocasiones. Este asunto parece interesar mucho a

Nathan, que apoya la mano bajo la barbilla y me examina sin pudor alguno.

—Las mujeres siempre han sido difíciles de leer —insiste Robert ganándose una colleja de Rose.

—Eso no es cierto —niego yo.

Rose me da la razón.

—Es muy sencillo —conviene ella, y yo dejo que continúe y que explique su teoría—. Lo que pasa es que vosotros pensáis que lo que necesitamos son piropos, halagos y que nos regalen el oído, cuando lo que realmente nos enamora es que nos hagan reír.

—¿La risa? ¿Todo se basa en la risa? —pregunta Nathan sin entender nada.

Apuesto a que está barajando las opciones de dedicarse a la comedia a partir de este instante.

—No seas mentecato. —Estoy convencida de que Rose le daría una colleja si lo tuviese cerca, y su abuela…, ya entiendo que le tire de las orejas, a veces es de lo más impertinente.

Y adorable.

—¿Entonces?

—Nos gusta que nos hagan sentir especiales. Queridas, atendidas. Que nos hagan reír cuando nosotras no encontremos las ganas. Que nos abracen cuando estemos a punto de venirnos abajo. Que nos sonrían con adoración cuando solo queremos llorar y que nos escuchen cuando nuestra cabeza no deja de pensar y pensar. Que sean nuestro pilar cuando nos convertimos en nuestras propias enemigas y que confíen en nosotras más que nosotras mismas.

Todos guardan silencio tras mi confesión y alzo la vista para encontrarme la cara perpleja de Robert, la sonrisa cómplice de Rose y la mirada penetrante de Nathan.

Solo quiero que se abra el suelo bajo mis pies y que me trague el abismo. Por bocazas.

—Y nunca jamás mires a otra delante de ellas. Te echarán a los leones —dictamina Robert.

No sé si abalanzarme y comérmelo a besos por destensar el ambiente.

—¿Nunca nunca? —le sigue la broma Nathan—. ¿Ni un poquito así? —Muestra un mínimo de espacio entre su dedo índice y el pulgar.

Rose suspira.

—Nunca —zanja la misma.

Y diría que está a punto de comenzar con los tirones de orejas también. O algo mucho peor: los pellizcos.

—Voy a buscar algo de beber —me apresuro a añadir.

Me levanto, dejo a los tres allí sentados y me encamino hacia una mesa en la que hay dispuestos, de forma muy ordenada y meticulosa, un montón de vasos desechables y bebidas de todo tipo y colores. Algunas que ni siquiera sé qué son.

Bajo la vista hacia mis pies y me atrevo a decir que soy la única que no tiene zapatillas. Y, por primera vez en mucho tiempo, no me importa en absoluto desentonar. Nada de nada.

Me río con el vaso en la boca y bebo un sorbo para disimular el gesto.

—Sé lo que has hecho.

Su voz a mi espalda me sobresalta.

—¿Qué? —pregunto.

—Sé lo que has hecho. Has huido porque has mostrado esa parte de ti que no quieres que nadie vea y que te hace sentir vulnerable, Pixie.

Me asombra que se haya dado cuenta de lo que acaba de suceder. De eso. De todo.

—Puede.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —intento ganar unos minutos con preguntas ridículas de las cuales ya sé la respuesta.

—¿Por qué te escondes dentro de ti? ¿Por qué lo haces? ¿Por qué mides tus palabras? ¿Mides tus gestos e incluso tus reacciones? ¿Por qué no simplemente dejas que esa Pixie que está ahí dentro —añade al mismo tiempo que señala mi pecho y casi casi lo toca con la yema de su dedo índice— salga y vea lo bonita que es la vida cuando quieres vivirla con intensidad, como si siempre fuese Navidad?

Doy un par de pasos atrás y clavo la vista en sus calcetines, llenos de guirnaldas de distintos colores, que giran y giran alrededor de sus pies, como giran y giran las palabras en mi cabeza, las emociones dentro de mi pecho, las contradicciones dentro de mi mente.

—Porque he estado tanto tiempo intentando encerrar a esa Pixie bajo llave que ya no sé qué hacer para dejarla ver el mundo —finalizo.

Lo he dicho. Lo he hecho. He abierto mi corazón en canal ante un desconocido. ¿Un desconocido? Y, si es de esa forma, ¿por qué parece que Nathan me conozca mejor que mi propia familia? ¿Por qué no lo siento como tal? ¿Por qué siento que lleva en mi vida mucho tiempo? Más del que se pueda cuantificar.

Se aproxima cauteloso, sujeta mi vaso y lo deja sobre la mesa con extrema lentitud y, con esa misma calma de la que os hablo, se acerca. Un paso. Luego otro. Hasta que nuestros pies se tocan. Calcetín contra calcetín. Cierro los ojos antes de que suceda. De que sea yo la que me lance en busca de su contacto, de su resguardo. De su magia.

Él no lo sabe, es probable que jamás se entere de ello; pero esto, lo que he hecho…, es un gran paso para mí.

Tira de nuevo de mi mano, y lo sigo sin siquiera preguntar hacia dónde me lleva.

Entonces, me doy cuenta de que estamos en un espacio abierto, de que hay muchas personas a nuestro alrededor bailando y, a pesar de ello, solo siento que estamos él y yo. Nadie más.

—Feliz Navidad, Pixie.

Lleva mis manos hasta sus hombros y los rodeo siguiendo su gesto.

Él, por el contrario, coloca las manos en mi cintura, un poco más abajo que en mi habitación, unas manos dispuestas no solo a abrazar, sino a conquistar. A envolver, a cobijar.

—Feliz Navidad, Nathan.

Y nos mecemos, girando, sin apartar la vista el uno del otro. Como si solo fuésemos él y yo.

Como si siempre fuese Navidad.

CAPÍTULO 15
Feliz Navidad

Durante la noche no esquivamos los muérdagos, solo que decidimos que no necesitamos nada más que lo que tenemos: la complicidad, las risas, las burlas y las provocaciones.

Los calcetines están sucios tras esta noche en la que no dejamos de comer, bailar y reír. Una noche absolutamente perfecta.

Al llegar a mi habitación, me abre la puerta con la segunda llave que tiene en el bolsillo trasero de su pantalón, esa que pidió para entrar a rescatarme y que no ha devuelto porque es un descarado e insolente, y se despide con un beso en la mano y otra figura de origami. En esta ocasión, una mariposa de color azul, con sus alas. Parece… Parece que tiene vida propia.

La coloco al lado de la rosa, de los corazones y de su número de teléfono. Todo a la vista, como ese trabajo que se acumula sobre la mesa o esa llamada que no he devuelto.

Por la mañana, abro los ojos y me desperezo en la cama, estirando mi cuerpo, que se contorsiona bajo las sábanas, y me siento con la intención de ir al lavabo. Sí, esa debe ser mi primera parada si tenemos en cuenta lo que bebí anoche.

—¡Feliz Navidad, Pixie!

Ahogo un grito cuando me encuentro con Nathan frente a mi cama, con un jersey verde con un reno enorme y una nariz que sobresale de la sudadera. Es como un pompón gigantesco.

—Puedes tocarla —me suelta cuando se percata de dónde he puesto mi atención—. Venga, no seas tímida —susurra y me anima a ello.

Me acerco, olvidándome de que está aquí, en mi habitación, y de que debería reprenderlo por colarse en ella e invadir mi intimidad sin ser invitado y aprieto la nariz de Rodolfo que emite un sonido monocorde típico de un pito.

Y me saca una risilla. De pronto siento que he retrocedido varios años y todavía soy esa niña pequeña que vivía las Navidades con muchísima ilusión.

—Eres sumamente pesado —sentencio y me gano por su parte un gesto de desaprobación.

—Eso ha roto mi corazón.

—Ah, vaya, ¿tienes de eso?

—Enorme. Uno gigante —me explica mientras me dirijo al lavabo, y él me sigue convirtiéndose en mi sombra.

Le cierro la puerta en las narices. Me giro y me doy la vuelta antes de ponerme con mis necesidades básicas.

Abro y lo encuentro al otro lado, anticipándose y esperando que hiciese justo eso.

—Tienes que dejar de comportarte de esa manera, dejar de colarte en mi habitación e invadir mi espacio personal o tendré que denunciarte por acoso —todo eso se lo explico con mi dedo índice alzado a modo de advertencia.

Me regala un puchero de lo más mono. Así es como consigue salirse con la suya, seguro. Si no con su sonrisa y sus ojos verdes, a juego con esa sudadera, es probable que lo logre con esos morritos, porque me tiene a punto de pedirle perdón.

Y no se lo merece.

Cierro de nuevo y me miro en el espejo.

Dios, estoy horrible. Aunque se han desvanecido un poco esas manchas negras bajo los ojos que siempre me preocupo en cubrir con cantidades ingentes de maquillaje para parecer fresca como una lechuga.

Me resigno a salir así, porque ya me ha visto de esta guisa, y lo encuentro sirviendo un par de tostadas y unos cafés.

De pronto, estoy famélica.

Me acerco y llevo la mano hasta la bebida en cuestión y me interrumpen un par de carraspeos.

—Te he traído algo. —Suena… ¿nervioso?

Doy un paso atrás y observo cómo se acerca hasta la silla donde ha dejado un paquete envuelto y lo coloca frente a mis ojos.

Me siento fatal y lo nota en mi cara. Lee a la perfección mis emociones. Cuestión de magia o no, siempre lo hace.

—No es que me colase en tu habitación, Pixie, de hecho, aunque me encantaría hacerlo siempre…, es que quería darte esto. Sorprenderte, porque hoy es Navidad y te he comprado algo.

La culpa asciende desde los pies hasta enroscarse en mi estómago.

¿Le acabo de echar un rapapolvo, y él me ha traído un regalo? ¿En qué lugar me deja eso? Os lo confirmo: en uno no muy bueno.

—Nathan, no tenías que haber… —Casi no me salen las palabras. Se me atascan en la garganta.

—Es solo para que te sientas culpable por haberme ladrado —ironiza.

—Sé lo que estás haciendo. —Esta vez soy yo la que utiliza esa frase—. Intentas destensar el ambiente y que no me sienta fatal por comportarme como una mujer sin corazón.

Sonríe con suficiencia.

—Entonces somos dos personas sin corazón, ¿no?

Niego. Imposible.

—Tú nunca podrías dejar de tenerlo. Es más, apuesto a que es gigante.

Una sonrisa socarrona baila en sus labios.

—Oh, sí, vaya, te digo ya que es gigante. Aunque ya no sé si hablamos del corazón o de otras partes —se burla con todo su descaro, ese que ya sabemos que no le cabe en el cuerpo.

—Cerdo.

Se quita el sombrero y me hace una reverencia.

—Para servirla, dulzura.

Me tiende el regalo y yo lo sujeto temblorosa.

—Yo… no te he comprado nada.

Él niega.

—Según yo lo veo, es una ventaja, porque ahora me debes un regalo y tendremos que vernos para que me lo devuelvas.

—Así que este era tu plan desde el principio, ¿verdad? —Comienzo a desenvolver con cuidado, separando la cinta adhesiva para no romper el papel—. Regalarme para que yo te deba algo a ti.

Me sonríe con suficiencia y lleva sus manos hasta las mías, frenando mi acción.

—Primero, los paquetes no se abren así, de forma tan delicada. Se rompen, el papel se lanza en todas las direcciones y se disfruta de la emoción de saber lo que hay escondido dentro. —Asiento, me gusta su forma de pensar. Ya me gustaba antes, sí—. Y, segundo, un mago nunca desvela sus trucos, Pixie.

Ruedo los ojos y abro el paquete tal y como él me ha dicho que lo haga, porque quiero sentir esa emoción de la que habla.

Y en él me encuentro una sudadera exactamente igual a la suya, solo que la mía es de color rojo. Con el mismo reno, con la misma nariz que suena y con el espíritu de la Navidad envolviéndonos.

—Feliz Navidad, Pixie. Veo que te has portado bien porque Santa te ha traído un regalo. Oh, mira, ¡qué sorpresa! —Tira de sarcasmo—. Si son iguales. Pruébatela. Pruébatela, Pixie —me anima.

Y eso es justo lo que hago, me la pongo sobre el pijama de algodón y disfruto de su tacto.

—Gracias, Nathan. Me encanta.

No lo digo por quedar bien, me gusta de veras. Y me gusta más el hecho de que se haya acordado de mí.

—Lo vi ayer, cuando fui a comprar nuestras fabulosas diademas, y no pude dejar de imaginarnos con ellos puestos. Podemos instaurar la tradición navideña de comprarnos una sudadera a juego.

Planes. Está haciendo planes. Futuro.

—Podríamos, sí —titubeo.

Yo también puedo hacer eso. Fingir que después de estos días volveremos a vernos. Y fingir también que no lo voy a echar de menos.

—He planeado un día increíble. Primero tendrás que ducharte porque… —Le doy un golpe en el pecho, y Nathan solo me agarra la mano y coloca la suya sobre la mía, como hizo ayer—. Vaaaaale, si te pones así —rectifica—. Primero desayunaremos y después haremos maratón de películas navideñas. Si te portas bien, podemos ver alguna romanticona. Solo para que te des cuenta de que esos de las películas no tienen nada que hacer ante un romántico empedernido como yo.

—Vaya, sí que lo tienes todo. A esa lista de adjetivos que no pienso volver a nombrar; pero que ya sabemos cuáles son, hay que añadir el romanticismo. ¿Sabes? —ironizo—. No entiendo cómo no has conseguido varias proposiciones de matrimonio.

Y entre broma y broma, risa y risa, la verdad de mis pensamientos sale a la luz.

Él se limita a alzar los hombros y hace sonar la nariz de Rodolfo.

—Creo que estaba esperando.

—¿A qué?

—A que llegases tú.

CAPÍTULO 16
Angels we have heard on high

El teléfono suena sobre la mesilla de centro y me pongo nerviosa al instante. Me acerco con cautela porque todavía no le he devuelto la llamada a mi padre y, siendo completamente honesta, no me apetece en absoluto hablar con él.

En la pantalla veo reflejado el nombre de mi hermana y no es una llamada normal, es una videollamada. Me tenso bajo la atenta mirada de Nathan, y él solo me sonríe con suficiencia, como si supiese que estoy en un aprieto y quisiese ver qué hago para salir de él, porque Stella es experta en liarla, y Nathan, un peligro de ojos verdes.

Es malvado, no os dejéis engañar por su actitud encantadora, por su personalidad arrolladora y por esos ojos verdes que cautivan a todo aquel que se queda embelesado con ellos.

Contesto, porque Stella no va a dejar de llamar y de insistir.

—¡Pixieeeeeeee! —grita al otro lado.

Veo su imagen un tanto borrosa porque no deja de moverse, más que moverse, parece que estuviese sometida a la velocidad supersónica.

Atisbo un manchón de pelo rubio y sus rasgos faciales pixelados, y me imagino a mi hermana corriendo una maratón mientras sostiene el teléfono. Descarto la idea de inmediato por culpa de sus gritos. Y mi nombre. Y de más gritos.

Cruzo una mirada con Nathan, que parece estar tan desconcertado como lo estoy yo.

—¡Pixieeeee! —grita de nuevo.

—Stella, por favor, ¿podrías parar un momento y explicarme qué sucede?

—Explicarnos —agrega Nathan, que parece tener la misma curiosidad que tengo yo colocándose de tal forma que su cara encuadra dentro del teléfono.

—Espera, espera, ¿no estás sola? —Se frena de golpe y enfoca su cara. O lo que es su cara porque apenas le veo algo que no sea un ojo y parte de su nariz. Tan igual a la mía y, a su vez, tan diferente—. ¿Habéis pasado la noche juntos? —Alza una ceja aguardando una respuesta.

Niego.

Nathan niega.

—Porque ella no quiere, que conste.

Resoplo.

Mi hermana susurra un «¡Qué pena!», ante lo que Nathan cabecea afirmando.

—Pixie, futuro cuñado. —La mato, os lo juro—. Saludad a la nueva pianista de la compañía musical Stars Music.

Y comienza a gritar de nuevo, emocionada, es como si estuviese saltando. No, como si estuviese no, eso es justo lo que hace, subida a la cama, salta y salta sin cesar, y me imagino a las dos ahí haciendo justo eso: compartiendo el logro de mi hermana y sintiéndome mucho más orgullosa de lo que ya lo estoy.

—¡Stella! —grito yo.

—No me lo puedo creer, Pixie, ¿sabes lo mucho que he trabajado para que llegase este momento? ¿La ilusión? Cuando me llamaron hace unos minutos solo podía pensar en llamarte y contártelo. La abuela, ha sido la abuela. Ha estado conmigo, lo sé, ella me ha acompañado, me

ha ayudado… Pixie, soy tan feliz. Es la oportunidad que tanto he esperado.

Un par de lágrimas resbalan por mis mejillas y al instante percibo la cercanía de Nathan, me quita el teléfono y lo coloca en la mesilla de centro, de tal forma que nos enfoca a los dos y me invita a sentarme a su lado.

—Enhorabuena, Stella. Me alegro muchísimo por ti.

Giro la cabeza y encuentro su mirada clavada en mi violín, que reposa en la misma esquina en la que lo coloqué cuando llegué al hotel, hace dos días. Lo sabe y, si no, lo intuye.

Me limpio las mejillas y me centro en mi hermana.

—Nathan, es increíble, es un sueño cumplido, estoy…, estoy feliz. —Stella cruza una mirada conmigo y la complicidad que siempre hemos tenido se alza como una pared, confirmando que no se ha ido nunca, que, a pesar de haber estado separadas, sigue intacta, que seguimos siendo una. Como cuando éramos pequeñas y corríamos por los jardines de la casa de nuestra abuela en busca de un lugar en el que sentarnos y contarnos lo que seríamos de mayores, con quién nos casaríamos o cuántos hijos tendríamos. Y los viajes que haríamos, juntas.

Y en todas esas fantasías, en esos sueños, siempre estaba presente nuestra música. Su piano y mi violín. Quizá para tocar juntas en algún lugar, formar parte de una ópera francesa y recorrer el mundo poniéndole sonido a todo a nuestro alrededor. Emocionando.

—Estoy tan orgullosa de ti —musito tragando con fuerza ese nudo que siento desde hace años, que me oprime y que, en ocasiones, me ahoga y me asfixia.

—Lo sé —murmura mi hermana.

No hay vanidad o arrogancia en sus palabras, solo un sentimiento puro y sano, porque sabe que me alegro de veras, que la admiro y que vivo este logro como si fuese el mío propio.

—Tienes que venir a verme, Nathan, tienes que hacerlo. Tienes que ver cómo toco el piano y deberías ver cómo mi hermana toca su violín. —Lo mira—. Tienes que hacerlo. —En esta ocasión se dirige a mí—. Deja que él te escuche y que tiemble ante tu música, Pixie.

Bajo la vista, aturdida, porque esta conversación…, porque esto implica dar un paso más. No hablo de cómo dejé de tocar el violín, de por qué lo hice, de cómo sentí que perdía la magia de mis dedos, de que ese fue el pistoletazo para dejar a un lado mis sueños y convertirme en el títere de mi padre. No supe decir que no, no se lo supe decir a él y sí que me lo dije a mí misma. Hasta que me dolió el pecho, hasta que enterré en lo más profundo a esa versión de mí que tan dichosa me hacía.

No solo me arrebataron mi sueño, no solo permití que eso sucediese, sino que dejé de ser…, de ser feliz.

—Eso me gustaría, me gustaría mucho —susurra Nathan y mira a Stella mientras responde, pero sé que esas palabras van dirigidas a mí—. Demasiado, quizá —añade con un tono que me calma, que me apacigua y que me muestra que sigo ahí dentro. Que todavía puedo tener magia en mis dedos.

—Y ahora vamos a abrir tu regalo. —Toma la palabra mi hermana. Entendiendo que necesito tiempo. Que necesito espacio. Pensar.

Y dejar de masticar y tragar sin más.

—¡Qué nervios! —aplaude Nathan, y me río porque parece que él fuese el protagonista, que todo esto fuese con él. No bromeaba cuando me explicó que le encanta la Navidad.

Observo su jersey, a juego con el mío, y mientras mi hermana deambula por la habitación en busca de lo que sea que me haya comprado, me giro y me quedo frente a él.

Alzo la mano y la llevo hasta su mejilla, repaso el contorno y me maravillo con las líneas de

su mandíbula, con esa barba incipiente que me hace cosquillas en los dedos. Con esos ojos verdes que emiten un brillo especial, como cuando el sol incide en un copo de nieve y el destello te quita el aliento. Con su olor a hogar, a Navidad, a algo que reconforta.

Con sus labios.

Y me acerco a él y lo beso suave, delicado. No es uno de esos besos pasionales que se dan en las películas o, como os comenté hace días, cuando nos dimos la mano en ese avión porque estaba nerviosa y esa chispa no estaba, no existía, solo había algo mucho más puro y delicado. Más sano. Más real y a la vez mucho más letal que cualquier otra cosa.

Percibo el calor de sus labios, la suavidad de los mismos, lo placentero que me resulta, y me separo antes de profundizar mucho más en él y explorarnos como me gustaría que lo hiciésemos.

—Gracias.

Nathan se acerca con la intención de repetir ese gesto, de hacer ese beso suyo.

Mi hermana carraspea en ese instante, y nos separamos, clavando la vista de nuevo en el aparato.

—Lo he visto todo. Sois tan monos… Parece mentira que os hayáis tenido que encontrar de esta forma.

Cruza una mirada con Nathan y asiente, como si ella también le estuviese agradeciendo todo lo que hace, que esté a mi lado y que me sostenga, que me acompañe.

—Ha sido la Navidad —explica Nathan, que no ha soltado mi mano.

—Ha sido una tormenta de nieve —rectifico yo, porque alguien tiene que ser cabal cuando los demás no lo son.

—Cuestión de semántica —repite él, tal y como hizo anoche.

—¡Bien! —interrumpe mi hermana nuestro juego dialéctico, imagino que ya ha tenido suficiente del almibarado romanticismo que nos traemos—. Como ya sé que no me has comprado un regalo, Pixie. —Carraspea de nuevo, esta vez ofendida, claro—. Y yo sí que lo he hecho, abriré tu regalo y te dejaré que medites sobre lo mucho que me gusta la ropa en general y los zapatos en particular —ironiza ella. Sí, ya sabemos y entendemos a dónde quiere llegar—. Y tal vez, ahora que estás en Nueva York, puedas, no sé, darte un paseo por alguna tienda chulísima y recordar que calzo un treinta y ocho, y que puedes hacer envíos internacionales, o que yo iré a verte pronto porque ¡soy pianista! —Me carcajeo por su descaro, y Nathan también parece divertirse con las ocurrencias de mi hermana—. En fin, ¿estás lista?

—¿No? —respondo con una pregunta porque a ver qué se le ha ocurrido a mi hermana.

—¡Bah! Claro que lo estás. —Me ignora aposta.

Comienza a romper un papel de color marrón lleno de bastones de caramelo y galletas de jengibre. El papel vuela de un lado a otro de la habitación, y Nathan me aprieta la mano atrayendo mi atención.

—¿Ves? —pregunta—. Así es cómo se abre un regalo.

—Lo apuntaré aquí. —Señalo mi cabeza—. Para la próxima.

Me sonríe complacido, entendiendo que estoy haciendo planes. Que yo también los hago.

—¡Y aquí está! —grita Stella una vez más.

No hace falta que me acerque para distinguir lo que es.

Una preciosa funda de violín llena de formas geométricas de distintos colores aparece ante mis ojos y no puedo evitar llevar mi mirada hasta la sobria y aburrida funda de color marrón que guarda mi violín.

—¿Te gusta? —Stella duda ante mi silencio.

Yo…, yo ni siquiera sé qué responder. Porque no solo me gusta, me maravilla. Y también me asusta. Es una contradicción de lo más absurda, lo admito.

Tonos lilas, morados, violetas, amarillos y rosas. En perfecta armonía, tal y como a mí me gusta. Tal y como mi vestido, ese que fue mi favorito hasta que se rompió de tanto usarlo.

—Es una pasada —contesta Nathan por mí.

Y sé que lo hace para que mi hermana no sienta que va a explotar de los nervios si no abro la boca.

—No. —Me adelanto hasta que casi estoy sentada al borde del pequeño sofá—. No es una pasada, es una maravilla. Es… perfecta —finalizo.

Mi hermana respira, fuerte, profundo, y de inmediato sé que le he quitado un peso de encima.

—La encargué hace unos meses. —Pasa los dedos con parsimonia sobre ella. Recordando o tal vez imaginando—. Pensé que sería genial que fuese como ese vestido que te gustaba ponerte cuando no éramos más que unas renacuajas y corríamos por la casa de la abuela. O cuando le pedíamos que nos tocase otra canción y luego otra y otra más. Tengo muchos recuerdos buenos de ti llevando ese vestido y, espero que cuando la tengas en tus manos, recuerdes eso que fuiste y no olvides lo que te hacía sentir.

Un mensaje claro: no te conformes, no dejes que los demás elijan por ti y, pase lo que pase, yo estaré ahí contigo.

—Gracias, Stella —murmuro casi casi rota.

Ella me sonríe con cariño, apenas perceptible.

—Nada de gracias, hermanita, un treinta y ocho —repite—. Y ahora enseñadme esos jerséis, que no soy estúpida y me he dado cuenta de que vais a juego.

Nathan se acerca también y comienzan a hablar mientras yo…, yo no dejo de observar mi violín pensando que tal vez haya llegado el momento de volver a tocarlo.

CAPÍTULO 17
A las doce de la noche

Tras la llamada de mi hermana, que duró más de lo previsto, nos tiramos en la cama, y Nathan puso *Solo en casa*, todo un clásico, sí. Al menos, esas fueron sus palabras.

Casi dos horas después, apartamos la vista de la pantalla y nos observamos sin saber qué decir. Me gusta eso, ¿sabéis? Que nuestros silencios, en ocasiones, digan más que las palabras que salen por nuestros labios.

No me ha preguntado por el violín, tampoco por las palabras de mi hermana o por mi arrebato en el que le robé un beso. Y los nervios por saber qué pensó o qué sintió cuando actué como lo hice están ahí, para variar, arañando un poco.

—¿Qué estás pensando, Pixie? —me pregunta mientras busca otra película.

Parece que va a ser el turno de *Last Christmas* y me reiría porque ha llegado el momento del romanticismo, me reiría si no estuviese tan nerviosa. Y tensa. Y excitada. Y expectante. Y todo junto y de golpe.

—Pensaba… —Alzo la vista y de pronto me siento como una imbécil por no ser capaz de expresar abiertamente lo que se me pasa por la cabeza como sí que hace él—. Pensaba en si antes te había molestado mi —titubeo—, bueno, ya sabes, mi beso.

Bajo la vista, porque me da un poco de pánico lo que pueda encontrar en sus ojos cuando lo mire. Tan verdes, tan sinceros, tan honestos.

Nathan simplemente coloca la mano bajo mi barbilla y la alza hasta que conectamos. Hasta que no solo nuestras miradas lo hacen, sino nosotros dos, como personas, amigos o lo que quiera que seamos. ¿Desconocidos que se conocen? Tal vez eso, sí. Como punto de partida no está nada mal.

—Si piensas eso de mí, es que no te he enviado las señales correctas, Pixie.

Titubeo ante mis pensamientos, pero termino por darles voz.

—¿Y cuáles son esas señales?

—Bueno, un chico que tropieza de forma para nada accidental con una chica en un aeropuerto porque quiere conocerla, un chico que exprime cada segundo de ese tiempo para poder abrirse paso y que esa chica quiera saber más de él, un chico que no deja de pensar en esa chica en todo el día y un chico que quiere que el techo esté cubierto de muérdago en este mismo instante para poder comérmela a besos. Esas son las señales.

Más que señales parecen carteles fluorescentes.

—Yo… ¡Vaya!

Nathan suspira.

—Debo de haberlo hecho bastante mal si no te has percatado de que me gustas. De que me gustas mucho, Pixie.

Permanezco quieta en mi sitio intentando asimilar sus palabras porque no entiendo por qué él siente eso por mí cuando apenas nos conocemos. Y peor, mucho peor, cómo es posible que todo eso que él explica sea correspondido cuando el tiempo ha pasado para él de la misma manera que ha pasado para mí. Y yo…, yo también quiero más.

Oportunidades. Planes. Futuro. Intenciones. Magia.

Clavo de nuevo la vista en la pantalla y la muevo un par de metros hasta que encuentro mi violín al otro lado.

Exhalo.

—¿Quieres contármelo? ¿Quieres que hablemos de ello?

No más alarmas. No más de esa Pixie que se guarda todo para ella. No con Nathan, que me ha entregado todo lo que tiene sin pedir nada a cambio.

—Tocar el violín me hace feliz. Feliz de una manera que es difícil de explicar, y ya sé que puede que no sea…

—¿Importante? ¿Vas a decir eso? ¿Vas a decirme eso a mí? —pregunta, y esas palabras, esas cuestiones, me llevan días atrás, cuando me contaba que era mago, y él interpretaba mi respuesta y la sorteaba con elegancia y gracia.

—Sí, es decir…

—Por suerte, para mí no lo es. —Se adelanta y responde con sus mismas palabras, las de hace unos días también—. Y mucha más suerte es que para ti tampoco lo sea y que Stella esté de acuerdo. Porque lo está y no se lo he preguntado. Lo está —sentencia con una resolución tal en sus palabras que no dudo. En absoluto lo hago.

Suspiro, cierro los ojos e inhalo, buscando agallas, tirando del valor que una vez tuve.

—Para mi abuela tampoco lo era. Ella… Ella es la culpable de que la música corra por nuestras venas. Desde pequeña, tocaba su violín frente a nosotras. Con mi vestido de figuras geométricas —rememoro—, sentadas sobre una de las alfombras de pelo blanco mullida que había en el salón de su casa y en silencio, horas y horas dejando que la música nos envolviese, que le diese sentido a todo. Es como si la música hiciese que…

—Como si hiciese que encontrases tu lugar en el mundo —finaliza Nathan por mí.

Es asombroso la forma en la que es capaz de entenderme. De leerme.

—Exacto —asiento—. No sé si hubo algún momento en el que descubrí que quería tocar el violín o sencillamente sucedió sin más. Si es genético o es algo que vives y sientes, que se te mete tan adentro que eres incapaz de pensar. Fue amor a primer sonido —dispongo llena de vehemencia y no me ruborizo en absoluto cuando me encuentro con los ojos de Nathan, expectantes, y sé que él también lo entiende, sabe a lo que me refiero.

»Durante años, me volqué en mi pasión. Aprendí, estudié, mejoré, compartí y trabajé duro, porque, en realidad, cuando haces algo con pasión no es trabajo. Deja de serlo. Y luego todo se fue al traste.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque crecí. Porque las obligaciones y las responsabilidades acudieron a mí. Porque mi abuela murió y me sentí perdida, desprotegida. —Hago una breve pausa y cojo fuerza una vez más—. ¿Sabes? Creo que ella se encargaba de mantenernos a Stella y a mí lejos del yugo familiar. Supongo que esperaba vivir lo suficiente como para evitarme este destino lleno de papeles, de reuniones, de llamadas telefónicas y de una secretaria que tiene mucho más de robot que de humana —ironizo. A él parece no hacerle gracia el comentario. En realidad, no la tiene.

»Mi padre siempre ha sido el dueño de esta empresa. Tecnologías, robótica… Y todo lo relacionado con ese mundo denso del que apuesto lo que sea a que no quieres que te hable de él.

—Apuesto lo que sea a que eres tú la que no quieres hablar de él. —Lanzándome un cabo, dejándome elegir, eso es lo que hace.

Niego.

—Tuve que ocupar el lugar en Los Ángeles. No quería negarme porque sabía que, si lo hacía,

Stella sería la encargada de ocupar ese sitio. Una de las dos tendría que ser feliz, ¿no?

—Podrías haberte negado. Todavía puedes hacerlo.

«Puedo hacerlo, sí».

—Asumí que este era mi destino sin más, me resigné y dejé de luchar. Y ahora…, ahora no sé si seré capaz de volver a tocar.

—Por supuesto que lo eres. La música fluye por tus venas, Pixie Beaumont.

—Hace mucho que no… —Dejo la frase en el aire y clavo la vista en el violín.

Guardo muchos «hace mucho que no» dentro.

Nathan se incorpora y se acerca hasta él. Lo sujeta y en sus manos parece mucho más pequeño, incluso más frágil, como yo, como si los dos compartiésemos ese estado en este instante.

—¿Te apetece tocar algo? —Parpadeo aturdida, y él lo entiende, asimila mi cambio—. Puedo irme —agrega—, no tienes por qué hacerlo delante de mí, no tienes que demostrarme nada, ni siquiera quiero que te sientas incómoda en mi presencia. Solo tienes que tocar para ti, para recordar. Para recordarte a ti misma con él.

Quiero. No solo quiero, me muero de ganas. Lo echo de menos. Mucho más de lo que pensaba. No me he permitido pensar en eso, en él, hasta ahora.

—No estoy preparada —añado.

No encuentro desprecio, dolor, pesar o desdén en su mirada, tampoco compasión, solo hay comprensión y confianza. Porque Nathan confía en mí. Confía en mí más que yo misma. Y eso…, eso también es una forma de hacer magia.

—Yo estaré ahí o aquí o al otro lado, en ese papel amarillo que te di en el aeropuerto para cuando estés preparada. —A golpe de llamada, eso es lo que quiere decir, lo que tengo que interpretar.

Y sé que lo dice de veras, que no es una promesa vacía, formulada por un momento de flaqueo o de aflicción.

Me incorporo, me acerco y lo beso.

Y este tampoco es un gesto provocado por la fragilidad o la tristeza. Es un beso que encierra gratitud y romanticismo. Que encierra deseo y anhelo. Ganas y ansia.

Porque Nathan se ha colado dentro. Al lado de la música, empujando a esa Pixie que un día fue hacia arriba, arriba, arriba. Hacia la superficie.

Y esa Pixie coge aire y respira. Por primera vez en dos años lo hace.

CAPÍTULO 18
Al mundo paz

—Se me ha ocurrido una idea.

A mí se me ocurre alguna otra y en ella solo necesitamos nuestros labios. Tal vez alguna otra parte más del cuerpo, pero centrémonos en los labios para empezar.

—Ilumíname con tu sabiduría —disimulo.

Un pellizco. Un pellizco en una nalga, esa es su respuesta no verbal.

—Descarada.

—Insolente.

Toco la nariz de su reno, y él hace lo propio con la del mío.

—Deberías hacer una lista —retoma la conversación—, una de esas que tanto te gustan y guardarla para el próximo año. La leeremos juntos y veremos lo que hemos cumplido y lo que no. Nuestros propósitos —matiza.

—Entonces… —Hago una pausa y nos señalo—. Ambos tendremos que hacer una lista, ¿no crees?

Nathan se acerca y apoya su mano en mi mejilla. Sus labios, sus labios me atraen poderosamente.

—El caso es que quería saber lo que se siente haciendo una yo, convirtiéndome en Pixie por un día, y ayer, mientras dormías y me asolaba el aburrimiento, antes de ir a por nuestros jerséis y de ayudar a preparar la cena, hice una. «La lista de Nathan Graham» la he llamado.

—Madre mía, sí que eres ingenioso.

Otro pellizco, aunque, en esta ocasión, se lo devuelvo.

—Eres una desvergonzada, Pixie Beaumont.

—He aprendido del mejor, Nathan Graham.

Lleva a cabo otra de sus famosas reverencias y espera mi respuesta.

—Hecho. No puedo negarme a una lista, jamás podría porque…

—Porque te gusta el control, ¿a que sí? —me interrumpe.

—Además de mago, lees la buenaventura.

—Además de mago, y fisioterapeuta, sé leer a Pixie —matiza, y asiento porque tiene razón y lo ha demostrado con creces en estos días.

Me acerco hasta la mesa en la que hay trabajo acumulado y no permito sentirme culpable por ello. Extraigo una pequeña libreta del fondo de una pila de documentos y la abro por una página cualquiera. Me estoy saltando uno de mis mandamientos porque no hay nada que me guste más que escribir en orden correlativo. Tal vez me gusta más que todo esté colocado al milímetro, pero podemos obviar eso en este momento.

Nathan se apoya en la pared que hay al lado del lavabo, cruza las piernas y mete las manos en sus bolsillos, expectante. Me parece más grande, más guapo y más sexi en esa posición. Bah, chorradas, lo está en cualquiera.

—Bien. Allá voy.

Antes de bajar la vista y concentrarme, Nathan me lanza un beso. Eso no ayuda mucho en la concentración, no.

No sé bien por dónde empezar, así que solo dejo que mis dedos le den vida a lo que llevo dentro, a lo que me apetece vivir, a lo que quiero que se cumpla, a lo que deseo y anhelo.

Escribo. Escribo y escribo sin cesar.

Cuando acabo, me incorporo y doblo el papel en cuatro trozos y lo guardo en mi bolso, junto con otro papel, uno de color amarillo que ya sabemos lo que contiene.

—¿Satisfecha?

—Plenamente. ¿Has guardado el tuyo?

—Lo tengo a buen recaudo. —Se palmea el bolsillo trasero del pantalón, y alzo la ceja, inquisitiva.

—Ese no parece un lugar seguro —murmuro con desconfianza.

Nathan solo me sonríe con suficiencia.

—No hay un lugar más seguro que ese. Además, te garantizo que no olvidaré lo que he escrito en esos papeles.

—¿Esos papeles? ¿En plural? ¿Has escrito tantas cosas que no te caben en uno? Pues sí que tienes sueños por cumplir.

Alza los hombros.

—Soy de lo más ambicioso.

Se tumba en la cama y sus calcetines de muñecos de jengibre me hacen sonreír. Me tumbo a su lado sin dudar.

—¿Preparado para la comedia romántica navideña?

Me mira…, me mira como si su película navideña favorita fuese yo.

—Preparado.

Nathan le da al *play,* y se me eriza el vello de la nuca cuando comienza. Hace años que no veo esta película, pero sigue siendo una de mis favoritas.

Escucho el sonido del teléfono y me incorporo sonriendo, imaginando que mi hermana me llamará para contarme alguna cosa sin importancia o quizá algún dato más sobre su nuevo trabajo. Es muy fuerte. Muy muy fuerte.

Me pongo rígida cuando el número que aparece en pantalla no es otro que el de mi padre. Nathan se percata de mi cambio de actitud porque se acerca con cautela. Ya no suena de fondo la película y, si lo hace, he dejado de escucharla.

Observa la pantalla.

«Papá».

No es necesario que añada nada más.

—No tienes por qué contestar —me explica—. Podemos ver la película y olvidarnos de eso. Ya tendremos tiempo de lidiar con ello.

Olvidarnos. Tendremos. Todo en plural. Sé lo que significa: puedo contar con él. Va a estar ahí.

Y, aunque suena de lo más apetecible, sé que no se puede huir eternamente de los problemas. Incluso creo que empiezo a estar cansada de hacerlo. Tal vez es esa Pixie que parece coger algo de aire en la superficie la que toma la decisión antes que nadie y descuelga.

—Te he estado llamando. Te he llamado, y no has respondido. —Su tono firme y autoritario, el mismo de siempre, solo que esta vez más rígido e inflexible.

Debe de estar sumamente enfadado por el trabajo de Stella. Y por mi ausencia.

—He estado ocupada.

Doy un par de pasos, marcando distancia entre Nathan y yo, sorteando de alguna forma que él

sepa en quién me convierto cuando hablo con mi padre. Evitando que él forme parte de esto, manteniéndolo alejado, alejado de esa Pixie.

«Esa Pixie es insoportable y siempre tiene un palo metido por el culo».

—Trabajando, supongo. Susan me ha llamado. No sabe nada de ti desde ayer por la mañana.

La nieve cae sin cesar. Sin parar. Cubriendo las calles, las entradas a los portales. Los alféizares de las ventanas.

—Papá —resoplo—, es Navidad.

—Estás encerrada en Nueva York, no puedes hacer otra cosa. No debes hacer otra cosa —sentencia al otro lado.

«Porque he estado tanto tiempo intentando encerrar a esa Pixie bajo llave que ya no sé qué hacer para dejarla ver el mundo».

—Es Navidad —insisto. Ruego. Lo hago.

Mi padre gruñe al otro lado, y me pregunto cómo de mal se tomaría que cumpliese uno de esos objetivos que he planeado en mi lista. Que por fin decidiese tomar las riendas de mi vida y dejar de vivirla de la forma en la que se espera para solo vivirla libre.

—¿Vendrás a Londres?

Asiento, a pesar de que no me vea.

—En tres días. Salvo que cancelen el vuelo, saldré en tres días —reitero.

Resopla una vez más. Nada le agrada, nada le convence, nada lo satisface y no es algo reciente. Lleva siendo de esa forma mucho mucho tiempo.

—Le diré a Susan que te haga llegar todo el trabajo para que puedas organizarte desde ahí.

—No —lo interrumpo. Es la primera vez que le digo que no a mi padre desde hace mucho—. Yo hablaré con ella. —Algo es algo.

—Está bien —cede.

Y simplemente corta la comunicación. Sin despedirse, sin desearme unas felices fiestas y sin preguntar qué tal estoy.

Los brazos de Nathan me rodean y me ancla al presente, consuelo y abrigo, eso es lo que me proporcionan.

Dejo escapar un leve jadeo. Porque a veces tienes que romperte en mil pedazos para reconstruirte de nuevo.

Eso es lo que hago. Eso es lo que él hace. Unir pedazos de mí.

CAPÍTULO 19
Alegría alegría

Vimos *Last Christmas*, *El diario de Bridget Jones*, *The Holiday* y *Tienes un e-mail*. Haceos una idea. No fue solo una película romántica, fueron varias. Y comimos hasta que pensé que explotaría y no precisamente ensaladas…

En algún momento entre *Tienes un e-mail* y la siguiente película —que ni siquiera recuerdo—, cerré los ojos y sucumbí al sueño. Dormí y descansé, porque a veces esas dos cosas no van unidas de la mano.

Me desperezo cuando la luz del día comienza a entrar a raudales por la ventana que tengo a mi derecha. Debe de haber estado nevando toda la noche, para sorpresa de nadie, porque varios centímetros de hielo se han acumulado en los huecos que tiene la ventana. Me giro y me coloco boca arriba y… sonrío.

He hecho una lista por placer, una lista de propósitos, y las próximas Navidades intentaré haber cumplido todas y cada una de las líneas que la conforman.

—Buenos días.

Muevo la cabeza hacia la derecha, y un Nathan, con los ojos cerrados, el pelo revuelto y una sombra de barba mucho más oscura que la que ayer cubría su mentón, me da los buenos días. No solo con palabras, con su propio gesto.

—¿Has…?

—Es evidente, ¿no crees?

Estiro el brazo y le propino un ligero golpe que impacta en la cadera. Por no dejarme acabar la frase y por ser tan listillo.

—Eres un poco insoportable cuando te levantas, ¿cierto?

Abre un ojo, lo justo y necesario para dejar entrever a través de él ese verde en su mirada que tanto me cautiva.

Reparo en su vestimenta, no hay rastro de su jersey navideño, ahora lleva uno de esos pijamas de franela que me parecen horripilantes, solo que los tonos son tan llamativos que podría ejercer de controlador en pista y dirigir el tráfico en cualquier autovía.

Me carcajeo solo de imaginarlo.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —Abre el otro ojo.

—Tú. Y tu pijama, y las cosas que se me han pasado por la cabeza.

Nathan se retuerce, abre sus brazos y se estira en la cama. Ocupa casi todo el espacio libre que hay a mi derecha y se toma su tiempo en hacerlo. Se recrea en sus movimientos, y yo lo hago también. Me pregunto si se tomará el mismo tiempo en otras cosas.

—¿Sabes? A mí también se me pasan muchas muchísimas cosas por la cabeza.

Vuelve a colocarse de lado y su mano se pasea con suavidad por mi sudadera. Yo sigo llevando la misma ropa que ayer, y no sé si me siento satisfecha por ello o hubiese preferido vivir una de esas escenas en las que te despiertas y alguien te ha desnudado y te ha puesto una camiseta blanca que apenas oculta tu desnudez.

Trago con fuerza cuando esa misma mano comienza a moverse en círculos alrededor de mi ombligo. Siento el peso de su palma sobre mí y el efecto podría ser el mismo que si no llevase

nada de ropa. Que si fuese piel con piel.

Contengo la respiración cuando se acerca un poco más a mí y me invita a ponerme de lado.

Lo hago, porque quiero, porque estoy sumida en una especie de burbuja psicotrópica en la que Nathan podría hacer conmigo lo que quisiera.

Lo. Que. Quisiera.

Percibo el calor de su cuerpo en la espalda y cómo cubre casi todo el mío. La misma mano vuelve al lugar en el que estaba, solo que, en esta ocasión, bajo la tela.

El contacto es electrizante. Me estremezco y sé que lo percibe, es imposible que no lo haya hecho.

Se pasea por mi abdomen con cadencia, tomándose su tiempo. Podría ser perfectamente una de esas caricias que buscan el efecto tranquilizante, relajar, uno de esos masajes con la yema de los dedos que tanto gusto nos provocan y que quizá él utilice con alguno de sus clientes, sin embargo, en mí tiene el efecto contrario. Puede que sea por el tiempo que hace que no disfruto de este tipo de cercanía, de este tipo de caricias, de este contacto tan íntimo y cercano o es algo mucho más sencillo y es el efecto que Nathan produce en mí.

Ahogo un jadeo cuando la yema de sus dedos roza el nacimiento de mi pecho derecho, se pasea como si no fuese terreno desconocido, como si supiese que ha estado ahí para siempre, que ha sido suyo por mucho tiempo.

Desciende con extrema lentitud hasta que llega al borde de mi pantalón de deporte. Introduce uno de sus dedos y lo mueve de la misma forma. Tanteando, evaluando, sondeando mis reacciones. Sopesando hasta qué punto puede llegar o qué barrera le permito cruzar y en cuál alzo la bandera roja de advertencia.

No hay barreras. No hay alarmas. Quiero todo lo que pueda darme.

Su mano se cuela bajo la tela, sobre mis bragas de algodón blanco, y ni siquiera me planteo lo ridículo que puede resultar que la primera vez que un chico como él te toca de forma íntima lleves una combinación nada sexi o memorable.

Cuando roza con delicadeza mi clítoris sobre la tela, gimo.

Entierro la cabeza en mi almohada, y él rueda mi braga por un lateral y la sensación es embriagadora. Piel con piel. Su mano sobre mi sexo, explorando…

—Pídeme que pare y lo haré, Pixie. Lo haré, aunque me muera de ganas de continuar.

Elegir. Me permite hacerlo y comienzo a entender que él siempre me permitirá que sea yo la que marque el ritmo, la que decida lo que quiero recibir y lo que estoy dispuesta a entregar.

No lo hago. No pronuncio palabra alguna cuando me giro y lo miro a los ojos. No hay rastro de somnolencia en ellos, hay brillo, hay ansia, hay pasión y deseo. Un deseo violento e indomable, un frenesí arrollador, el de dos personas que han jugado al juego de besarse y que saben que están listos para dar un paso más, para subir un escalón, para tocarse a su antojo, para descubrir lo que les gusta, lo que quieren y necesitan. Lo que les arranca sollozos y jadeos. Lo que los enciende y los hace explotar.

—No voy a hacer eso, Nathan —pronuncio.

Apenas reconozco mi tono de voz al hacerlo.

La sonrisa que me regala quita el aliento.

Y, entonces, me coloca boca arriba y con una destreza increíble, baja mis pantalones y mis braguitas hasta las rodillas. Lo ayudo ansiosa y las deslizo hasta que se arremolinan en torno a mis tobillos y ahí se quedan. Nathan me abre las piernas, semiflexionadas, una a cada lado, y giro unos segundos la cabeza, muerta de vergüenza, porque sé lo que va a hacer. Intuyo lo que va

a hacer.

—Eres preciosa, Pixie. Y no hablo solo de lo guapa que eres o lo mucho que me gusta tu cuerpo. —Un toque sobre mi clítoris. Un gimoteo por mi parte—. Hablo de ti, de lo que encierras en el centro de tu pecho.

Me contraigo cuando mete un dedo dentro de mí y comienza a moverlo con suavidad. Lo desliza dentro y fuera. Dentro y fuera. Dentro y fuera.

Saboreando su juego, permitiéndome que yo lo haga también. Que paladee las sensaciones, entendiendo el placer que me provoca y cómo me gusta que me lo hagan. Otro dedo más.

—No cierres los ojos —me pide. Me ruega. Me exige—. Quiero verte, quiero que me veas, quiero que sepas en todo momento que soy yo el que te está proporcionando este placer.

»Que, en otras circunstancias, cuando lo hagas tú sola, en la intimidad de tu habitación, en el lavabo o en el lugar que elijas, recuerdes mis dedos dentro de ti, mis manos sobre tu cuerpo, mi tacto sobre tu piel húmeda.

No cierro los ojos, pero quiero hacerlo. Porque quiero dejarme llevar.

Dentro y fuera. Dentro y fuera. Dentro y fuera.

Me deleito en cada caricia, cada toque. Cómo introduce dos dedos dentro de mí para sacarlos y llevarlos a mi clítoris, inflamado.

Balanceo las caderas buscando más. Más de todo eso que me hace.

—Necesito…

—Shhh. —Me chista—. Lo sé. Lo sé… —repite con la voz rasgada.

Y me lo da. Solo lo hace, como si hubiese entendido que eso que me entrega no es suficiente y que mi cuerpo lo reclama todo.

Ya no es delicado, cuidadoso o suave. Sus dedos entran y salen con firmeza, llegando a lo más profundo. Su pulgar se mueve sobre mi clítoris sin cesar y lo miro a los ojos justo antes de correrme, con su nombre en mis labios, con sus ojos en los míos, con sus manos en mi centro.

Me coloca de lado una vez más, con él de nuevo a mi espalda, con su mano sobre mi abdomen y su calor envolviéndome.

—Y esta es una, solo una, de las muchas cosas que quiero hacerte, Pixie. Pero iremos paso a paso. No tenemos prisa, porque lo más que tenemos es tiempo.

Sí, tiempo. El tiempo que él y yo queramos.

CAPÍTULO 20
White Christmas

Nathan se marcha a su habitación y grito bajito. Sí, se puede gritar de esa forma en la que descargas adrenalina —más de la que acabo de descargar, *of course*— y te quedas tan pancha. Lo siguiente que hago es llamar a Stella para contárselo todo.

Solo un par de tonos y contesta a la vez que escucho cómo cierra la puerta de la habitación.

—¿Estás sola? —pregunto—. ¿Sentada? —insisto—. ¿Preparada? —añado.

Tiene que notar que floto sobre una nube llamada postorgasmo.

—Sí. No. Sí.

Concisa.

—Nathan y yo dormimos juntos.

—Vale. —Señorita recelosa será su nuevo nombre.

—Y hemos tenido un momento.

—Vale. —No sé si reírme o llorar.

Stella se dedica a mirarse las uñas con atención hasta que… ¡Hasta que reacciona por fin!

—¿Un momento? ¿Un momento cachondo y guarro en el que su polla…? —Me tapo la cara, ciertamente avergonzada.

—No —la freno—. No, no me refiero a eso precisamente. —O no del todo—. Ha sido algo más manual… —¿Qué? Siento pudor de contar mis intimidades, la descarada es mi hermana, no yo.

—Manual… —Sí, usa ese tono de «vaya mierda me estás contando»—. Manual —repite—. Vamos, que te ha hecho un dedo, y tú le has hecho una paja.

Dios, no debería haberla llamado. Cuando me dijo que se lo contase todo, tendría que haber hecho caso omiso y haberme olvidado de ella. Porque esto… En fin.

—Solo lo primero.

Las uñas ya no le resultan tan interesantes, no.

—¿Lo has dejado sin postre, Pixie?

—Es que… Qué mala persona soy. —Caigo en la cuenta de lo que he hecho o de lo que no he hecho y lo peor es que ni siquiera me había parado a pensar en ello.

—Recapitulemos… No es que seas mala persona. —Vale, eso me tranquiliza un pelín—. Es que, Pixie, llevas tanto tiempo sin darle mambo al cuerpo que, cuando sucede, pierdes la conciencia y tus neuronas se desmayan. Dejas de razonar. —Coloca dos dedos en la sien y simula un disparo. Cae sobre la cama y coloca el teléfono de tal manera que la veo desde arriba —. Tienes que devolverle el favor si quieres que te haga más cosas sucias y pervertidas. Porque espero que lo haya hecho bien y quieras que te haga más cosas sucias y pervertidas —reitera. Permanezco en silencio—. Pixie, por favor, es una pregunta no pregunta.

—¿Una pregunta no pregunta?

—No está formulada como tal, pero lo es. Tienes que responder.

—Quiero. Quiero que me haga de todo.

Mi hermana deja el teléfono a un lado y escucho aplausos y ovaciones. Es ella misma, aunque parezca que haya decenas de personas allí escuchando cómo me humillo porque no he pensado

en devolverle el favor a Nathan.

—Vale. Pues ahora date una ducha, ponte guapa, vete a su habitación y tírate encima de él hasta que no le quede nada de sangre en el cuerpo porque la tenga toda en la polla.

Sabéis lo que hago, ¿verdad?

Cuelgo el teléfono antes de que alguien pueda escuchar cómo mi hermana, mi hermana pequeña, me da consejos sobre sexualidad. Estoy acabada, he tocado fondo, pensaba que ya lo había hecho, no obstante…, siempre puede ir a peor.

Sin embargo… Sin embargo… Una vocecilla dentro de mí me dice que ese plan tal vez no sea tan malo, ¿no?

Comienzo por la ducha. Porque la necesito. Lo que es es. Me cepillo los dientes, me abraso la piel con agua caliente y me visto cómoda, pero bien. Nada de esos trajes que me hacen parecer seria y estirada. Es más, tenéis que saber que odio esos trajes. Que odio todo lo que tenga relación con mi vida laboral, aunque imagino que, llegados a este punto, eso ya lo tenías más que claro.

Yo, por si acaso, os lo recuerdo y porque no está de más recordármelo a mí misma.

Cuando estoy vestida, y preparada, me acerco a la lista que he guardado en el bolso y la saco. A su lado están las figuras de origami y también el teléfono de Nathan.

¿Lo habría llamado? Si no nos hubiésemos quedado encerrados por una tormenta de nieve, ¿lo habría hecho? Es probable que no.

Lo guardo todo en su lugar y me recuerdo quién soy. Me recuerdo más bien quién quiero ser a partir de ahora.

Justo cuando voy a salir por la puerta me percato de algo. Mi violín sigue en el mismo lugar en el que lo dejé, así que… me acerco y lo coloco sobre la cama. Lo extraigo, lo acaricio, le sonrío y le susurro que lo he echado de menos. Saco el arco también y, para sorpresa de nadie, lo sitúo de forma simétrica, completamente recto y a esa distancia en la que mi abuela Heather lo colocaba y que yo aprendí de ella.

—Hola, precioso —susurro.

—Hola, ricura.

Doy un bote y me giro para encontrarme a Nathan a un par de pasos de mí, en calcetines, esta vez llenos de caras regordetas de Papá Noel.

—¿Acaso no se te agotan nunca?

—Esto, junto con los tirones de oreja, son cosa de mi abuela. Y me gustan. Los tirones no tanto. Puedo comprarte algunos si tienes envidia insana.

Creo que, con él aquí, mi plan de seducirlo se ha ido un poco al traste, ¿no?

No.

Retiro mi melena y la dejo caer hacia atrás, Nathan alza la ceja, y comienzo a caminar con seguridad —poca seguridad, ¿a quién pretendo engañar?—. Cuando me acerco, coloco las manos en sus hombros, y él, las suyas en mis caderas.

—Si vas a soltarme uno de esos discursos sobre por qué no debo colarme en tu habitación y el acoso…

—No —niego con rapidez.

Llevo mis labios hasta los suyos y lo beso. Ávida, necesitada, ansiosa.

Su lengua se cuela en mi boca y el estómago se me contrae de anticipación. Enredo las manos en su nuca, y él pasea las suyas hasta colocarlas sobre mi culo y apretarme contra él.

Está excitado y es culpa mía. Culpa de la buena, quiero decir, por esto no me tengo que sentir

mal, al contrario, cierta satisfacción me recorre las entrañas.

Me aparta con suavidad, y yo me arrebujo en su pecho, buscando su contacto.

—No tienes que hacer esto, lo sabes, Pixie, ¿cierto?

—¿Hacer qué?

Separo la mejilla de su torso y lo observo con atención.

—No me debes nada. El sexo no funciona de esa forma, al menos, para mí no. Si te toqué antes, si te di placer, no era porque esperase que tú lo hicieses conmigo. —Frunzo el ceño y me aparto. ¿Por qué? ¿Acaso no le gusto?—. Joder, no me mires así, no hay nada que quisiese más que tus manos sobre mí, que tu boca sobre mi cuerpo o mi polla en tu interior. —Vaya… Dios, ¿notáis el calor? Fuera nieva, pero aquí arde todo—. No es eso lo que esperaba que hicieras, solo quería hacerte disfrutar, porque me apetecía, porque me moría de ganas de tocarte desde que te vi en ese aeropuerto, incluso antes de ese día. Sin esperar nada a cambio.

—Pero… No me di cuenta, no quiero parecer una egoísta.

Nathan recorta la distancia y me envuelve entre sus brazos.

—Nunca jamás podría pensar eso de ti, Pixie. ¿Cómo podría hacerlo? Si has dejado tu pasión por la música solo para que tu hermana sí pudiese conseguir cumplir su sueño. ¿Es eso propio de una persona egoísta?

No contesto. Trago saliva. Empiezo a temblar entre sus brazos.

—Te lo diré yo, ¿vale? No, no es propio de una persona egoísta, eso solo podría hacerlo alguien maravilloso, alguien que quiere de verdad, que se entrega, que ama. Alguien como tú.

Me estrecha entre sus brazos sin esperar que yo lo haga también, solo porque quiere, porque le nace. Porque Nathan es así, de los que entregan y entregan. De los que dan y dan.

Y quizá es pronto para poder verbalizarlo, para poder ponerle nombre, no obstante, está ahí, ese sentimiento empieza a florecer. Solo que tal vez haya que esperar un poco a que tenga el valor de empujarlo hacia la superficie y dejar que también respire.

CAPÍTULO 21
Arre burro arre

—Ponte unas zapatillas y coge abrigo. Tenemos mucho que hacer.

Parpadeo sin entender a lo que se refiere. ¿Mucho que hacer? Porque hasta hace nada yo tenía otros planes en mente y la ropa sobraba en esa ecuación.

—¿Vamos a salir? —Que sí, que sí, pregunta tonta allá donde las haya, pero tenía que hacerla. Solo por confirmar.

—Vamos a salir porque somos dos almas intrépidas, porque no has comprado tus regalos de Navidad y porque tengo algo que quiero enseñarte. —Alza una ceja—. Y no es eso en lo que estás pensando. —¿Será capaz de darse cuenta de eso también? Ropa. Sobra. Los dos. Habitación… Vale, vale, ya paro.

Me da un par de golpecitos en la nariz, y yo me sonrojo, no solo por mis pensamientos pecaminosos, sino por su insolencia.

—Descarado.

—Para servirle. —Nathan se marcha en dirección a su habitación. Deja la puerta de la mía abierta de par en par.

»Pixie, no tenemos todo el día —grita por el pasillo como si se diese cuenta de que me he quedado patidifusa. El sonido rebota por todos lados—. Ahh, y coge tu violín. —Vuelve a alzar la voz.

¿Mi violín? ¿Por qué?

Me pongo en marcha y hago lo que Nathan me ha pedido. Mentiría si os dijese que no me hace ilusión ir a comprar los regalos juntos y enterarme de qué es eso que quiere que vea y entender en qué punto de todo eso encaja mi violín.

Las hamburguesas, los dónuts de azúcar, el maratón de películas, la cena de Nochebuena, comprarme una sudadera navideña y a juego con la suya… ¿Cómo es posible que haya hecho tanto por mí en tan poco tiempo?

Estoy casi casi a punto de cerrar la puerta e ir en su busca cuando mi teléfono comienza a sonar y a vibrar sobre la mesa. Me acerco por si fuese Stella y quisiese una segunda charla —para nada incómoda— sobre sexo, solo que no es su nombre el que figura en la pantalla, sino el de Susan.

Sujeto el aparato en mi mano y mis dedos están a punto de deslizar la barra en la que reza «contestar». Supongo que esta llamada es fruto de la que tuvimos mi padre y yo anoche, esa en la que, por cierto, le comenté que sería yo la que la llamase y no lo hice.

Le echo un último vistazo antes de depositarlo sobre la mesa, donde estaba, en el mismo lugar y todavía sonando. ¿Y sabéis qué? Que no me siento para nada culpable de ello.

Me aprieto la chaqueta contra el pecho y me giro para ir en dirección a la salida.

Me encuentro con Nathan apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisa triunfal en la boca y su ya más que habitual actitud despreocupada.

—Estaba dispuesto a esperar a que contestases y no me habría importado. Pero ¿sabes qué? Que eso que has hecho me parece sumamente valiente.

Y quizá debería anotarme un tanto por ello, por haber tomado esa decisión y no haber

sucumbido al impulso de responder y acatar órdenes, tal y como he hecho en estos últimos dos años, sin embargo, no me apetecía y ya va siendo hora de hacer cosas que sí que lo hagan.

—Hoy me he levantado rebelde.

Se acerca con paso firme, ávido, incluso codicioso.

—Me gustas de cualquier forma, Pixie, ahora bien, la rebelde y la valiente me gusta más que ninguna.

Recuerdo sus palabras: «Debo de haberlo hecho bastante mal si no te has percatado de que me gustas. De que me gustas mucho, Pixie».

Y tomo la decisión al instante, gustarme a mí misma por encima de todo. No gustarle a él, a Susan o a mi padre. Tampoco a Stella, gustarle a Pixie Beaumont.

—¿Lista? —me pregunta depositándome un beso en la frente y cogiendo el estuche en el que está mi violín.

—Yo nací lista —respondo con un punto de insolencia.

Nathan me pellizca el culo cuando paso por su lado en dirección a la salida, y yo protesto, aunque, en realidad, no me ha molestado en absoluto su gesto, al contrario, me ha hecho sonreír.

—¿Sabes si Robert y Rose se han ido ya? —curioseo mientras me pongo la bufanda y termino de abrocharme la chaqueta.

—Se van mañana. De hecho, hace una hora aproximadamente me enviaron un mensaje de la compañía para informarme de que mi vuelo también sale mañana. Tenemos veinticuatro horas para hacer lo que nos plazca.

—¿Mañana? —¿Veinticuatro horas? ¿Solo?

—Pareces realmente decepcionada. Y yo que pensaba que estabas más que cansada del…, espera, ¿cómo me llamaste?

—Acosador en potencia —resuelvo yo.

No han pasado tantos días y, sin embargo, es como si nos hubiésemos metido en una burbuja, en una cápsula del tiempo en la que solo estamos él y yo, en la que hemos tenido tiempo para conocernos, para descifrarnos y para gustarnos.

Salimos a la calle y el frío impacta contra mi cara. Es horrible y precioso a la vez, una contradicción de lo más siniestra.

—Exacto. —Nathan me sujeta de la mano y, tal y como hizo la noche en la que nos comimos aquellas memorables hamburguesas, me guía por las calles de Nueva York. Con mi violín colgando de su brazo derecho—. Mago y acosador en potencia. Así que, sí… Mañana vuelvo a casa. Lindsey, Harry, George, Eduard y Andrew estarán deseando abrir sus regalos. Porque son mis hermanos, pero su mayor regalo no soy yo… Ohhh —ironiza él—, les encanta abrir paquetes. De hecho, sabrás que, de pequeños, rebuscábamos por toda la casa hasta que dábamos con el lugar en el que mamá los escondía.

—¡No me lo puedo creer!

Nathan solo asiente y gira en una transversal enorme.

—Luego nos arrepentíamos, porque nos fastidiábamos la sorpresa y el día de Navidad teníamos que fingir que nada había pasado. Lindsey se lo contó a mamá unas Navidades, fue terrible. Cuando nos levantamos, no había regalos para ninguno de nosotros, excepto para Lindsey, ella tenía un montón.

—Me da algo.

—Lloré muchísimo. Harry también. Eduard se enfurruñó, y George y Andrew rompieron el árbol de Navidad. Mi padre los castigó sin paga durante mucho tiempo, el suficiente para que

con sus ahorros pudiesen comprar otro. No quiero ni acordarme.

—Entonces, ¿os quedasteis sin regalos? —¡Madre mía!

Nathan niega.

—No, no. Y menos mal, porque hubiese sido catastrófico. Mis abuelos llegaron un rato después, el suficiente para que ya no me quedasen lágrimas. Traían nuestros regalos. Mamá nos contó que era nuestra culpa y que esa había sido una advertencia. Si el próximo año rebuscábamos de nuevo, no habría nada bajo el árbol, y ella se encargaría de que Papá Noel no pasase por casa.

»Nos lo tomamos muy en serio.

—Yo también lo habría hecho —apunto—. Tu madre es de armas tomar.

—¡Qué va! Para nada, es un trozo de pan. Estoy segura de que te encantará, y a ella le encantarás tú. —«Le encantarás», otra promesa. De nuevo planes, futuro—. Lo que sucede es que lidiar con seis hijos es complicado.

Otro giro y más calles llenas de nieve. No sé cómo es capaz de orientarse tan bien cuando a mí todo me parece lo mismo.

—Imagino. Mi abuela solo tuvo a mi padre. Y mi madre, a Stella y a mí. Nuestras Navidades eran divertidas, hasta que la abuela falleció. Mi madre se alejó de todo, incluso de nosotras. Mi padre se convirtió en el hombre que es hoy, y mi abuelo, simplemente, está ausente. Mi abuela siempre fue el pegamento de nuestra familia, la que nos unía a todos. La echo mucho de menos.

Nathan frena sus pasos y se planta frente a mí. Busca mi mano izquierda con su derecha, esa que estaba guardada dentro de mi chaqueta resguardándose del frío, y la sujeta entre las suyas.

—Pixie, tu abuela no se ha ido. La muerte es solo una despedida temporal, las personas que queremos nunca se van, siempre se quedan aquí. —Coloca la mano sobre mi pecho, me reconforta, una vez más lo hace—. No se van si no las olvidamos, serán eternas para nosotros, en nuestros recuerdos.

Y tal vez a mí me encante su madre, tal vez yo le guste a ella, sin embargo, de lo que estoy sumamente convencida es de que mi abuela adoraría a Nathan, porque tiene magia. Magia de verdad.

Asiento sin más y trago la bola de emociones que se forma dentro de mi garganta antes de que salga en medio de una calle de Nueva York. Continuamos caminando, intentando asimilar sus palabras y mis pensamientos. Lo bonito que lo convierte todo solo con su presencia. Como si de veras, de verdad, con él siempre fuese Navidad.

—Así que Eduard, Andrew y George, ehhh.

—Son unas sabandijas. —Se carcajea—. Por favor. —Se frena, nos frena—. Jamás les cuentes que he dicho eso o me la devolverán de alguna forma pérfida que solo podría ocurrírsele a ellos.

—Me lo pensaré, si te portas bien, quizá lo haga. —Le sonrío.

—Son unos trastos. Siempre están peleando entre ellos y buscando la forma de llevar una travesura al siguiente nivel. Todavía, a día de hoy, cuando se juntan se lía muy gorda. Me extraña que mi madre no me haya llamado para decirme que han prendido fuego a la casa. Porque el año pasado casi lo hacen. No intencionadamente —añade, supongo que ha leído mi cara de pánico—, pero no es nada bueno añadir gasolina a la barbacoa.

—¡¿Qué?! —pregunto gritando—. ¿No puedes hablar en serio?

—Y tan en serio. —Se carcajea—. No sé si a Eduard le han salido ya todos los pelillos de las cejas. Los de la nariz seguro que no —bromea, y a mí me da un ataque de risa. Un ataque de los de verdad al imaginar la escena. Me llevo la mano a la barriga porque me duele. Me quejo un

poquito.

»Eres adorable, Pixie Beaumont. Absolutamente adorable.

Y le creo. Sin poner en duda nada, sin cuestiones, sin dejar que una parte de mí lo niegue. Le creo porque sé que Nathan Graham jamás me mentiría.

Jamás.

CAPÍTULO 22
El reno Rodolfo

Hemos recorrido muchas muchísimas tiendas y hemos comprado regalos para todos. A mi hermana le he comprado zapatos, calcetines navideños —la idea ha sido cortesía de Nathan, ¡cómo no!— y un bolso con forma de piano. No pude resistirme cuando lo vi en el escaparate de esa tienda *vintage*, el nombre de Stella estaba grabado en él y estaba casi convencida de que lo habían diseñado exclusivamente para ella. Metafóricamente hablando, claro.

Y Nathan… No sabría deciros cuántas librerías hemos visitado y cuántos libros ha terminado comprando. «Solo por si acaso», me explica, y a mí me suena a excusa y finjo creerlo, por supuesto.

Cargados de bolsas, porque no he sido la única que se ha dejado su sueldo en regalos, entramos a una cafetería preciosa. Tomamos asiento en una mesa que tiene vistas a la calle y nos deshacemos de la chaqueta.

—Bendita calefacción —susurro llevando los dedos a mi nariz. Roja, por supuesto, si es que no se me ha muerto ya por culpa de las bajas temperaturas.

Nathan lleva su mano al mismo lugar y la aprieta.

—Rodolfa la rena —se mofa.

Le enseño la lengua y entonces hago un barrido por el local. Me gusta, ¿sabéis? Hacía tiempo que no recordaba lo mucho que me emocionaban estas fechas, lo mucho que disfrutaba de la decoración navideña, de las luces centelleantes, blancas o llenas de colores, con formas circulares o de estrellas. El espumillón que termina por romperse y caerse al suelo o la purpurina de las bolas que está ahí durante meses y parece no querer irse nunca, ni siquiera cuando llega el verano.

—¿Qué es lo que más te gusta de estas fechas? —le pregunto a Nathan, que ya ha levantado la mano para saber si las bebidas tenemos que pedirlas en la barra o es la camarera la que se acerca a nosotros.

—Regalar. Sin duda. Me encanta ver la cara de mis sobrinos cuando abren los regalos que he elegido para ellos. Esa inocencia característica de los niños, que todavía creen en la magia de Santa Claus, en la magia de la época en sí.

—Nathan y la magia, ¿no? —pregunto.

—Sí, ¿hay algo más bonito que eso? —Me sonríe con amabilidad—. ¿Y a ti? ¿Qué es lo que más te gusta a ti?

Tiro de recuerdos.

—Me encantaba meterme en la cocina con mi abuela. Días antes, hacíamos una lista de las cosas que teníamos que comprar para elaborar la cena. Los canapés, la carne o el pescado, la verdura que usaríamos de guarnición, las peras para su famosa tarta y los ingredientes para el hojaldre, que amasábamos a mano, de la forma más tradicional posible. Stella se sentaba en una butaca con cara de aburrimiento y nos observaba trabajar mientras hablaba sin cesar de lo que haría cuando consiguiese su primera audición, cuando por fin pudiese tocar el piano y convertir esa afición en su profesión.

»Mi abuela y yo estábamos tan embelesadas escuchando su historia que estábamos

convencidas de que se haría realidad y de que algún día Stella lo conseguiría. —Nathan me sonríe, aunque no es una sonrisa amplia y limpia como las de siempre, está empañada por algo de tristeza y pena. Como la mía, a juego con la mía.

»Mi abuela murió de repente. Nadie se lo esperaba, no estaba enferma, no había indicios de que eso fuese a suceder. Su corazón dejó de latir sin más y se fue. No nos despedimos, no pude decirle lo mucho que la quería o lo mucho que la echaría de menos. Entonces todo cambió. Mi madre empezó a alejarse, a beber de vez en cuando para aislarse de toda la mierda que nos iba enterrando poco a poco. Mi padre, a su manera, también lo hizo, refugiándose en el trabajo, y mi abuelo se convirtió en un ser omnipresente. Está, pero como si no fuese de esa forma.

»Stella y yo, que ya estábamos unidas, lo hicimos mucho más. De un día para otro, mi padre decidió que era el momento de crecer, de cruzar el océano y abrir una delegación en Los Ángeles. No quise que Stella sacrificase su sueño, ese que nos contaba cada Navidad, que perfeccionaba año tras año añadiendo detalles, y que fuese infeliz. Era lo mínimo que podía hacer por mi abuela, por ella y por mí.

—Y te sacrificaste tú —sentencia Nathan sin más.

No es un reproche, es más bien una afirmación cargada de melancolía.

Alzo los hombros. ¿No es lo que habría hecho ella por mí? ¿Lo que haría cualquiera por su hermana? ¿Por alguien a quien quiere?

—Yo mejor que ella, ¿no crees?

—Apuesto a que Stella no está de acuerdo con eso.

—Stella ni siquiera sabe que lo hice por salvarla, ella solo cree que acepté mi destino y que me convertí en una estirada que tiene un palo metido por el culo. —Alza una ceja sin entender bien a qué me refiero y casi que lo agradezco—. Palabras textuales de mi hermana —añado para que comprenda.

Si la conoce algo, un mínimo, sabe que es capaz de soltar eso por su boquita.

—Tal vez podríais haber intentado ser felices las dos, elegir vuestro camino. Tu padre tendría que haberlo aceptado.

—Quizá sí. —Suspiro—. No lo pensé. —Oteo la calle, la gente con botas de agua altas, sorteando el hielo para no caerse y con paraguas para que esos copos no terminen empapando sus vestimentas—. Simplemente decidí que era lo mejor para todos.

—Para todos excepto para ti.

Clavo mis ojos en él. Mi lista, esa que el próximo año compararemos, ahí está mi propósito.

—Puede que algún día todo eso cambie.

Nathan se acerca, apoya los antebrazos sobre la mesa y me observa como si solo estuviésemos él y yo, no en una cafetería cualquiera en medio de Nueva York o como si todavía siguiésemos en la habitación del hotel o en cualquier lugar, el que sea, pero nosotros dos solos.

—Estoy convencido de que eso es lo que va a suceder. Porque yo creo en ti y Stella también.

Asiento sin más, agradeciendo en silencio esas palabras que reconfortan y alimentan, que sanan un poco y que unen esas piezas que se rompen, solo que no lo hacen de la misma forma en la que estaban, sino de una nueva, perfeccionada, una en la que sabes que es imposible que se cuele ni una pizca de aire por ellas que haga que estallen en mil pedazos en cualquier momento.

Terminamos de tomar nuestras bebidas mientras Nathan sigue contándome cosas de sus sobrinos. Seis, ni más ni menos. Y volvemos a salir a la calle. Al frío de Nueva York.

—Cada año, cada Navidad, Andrew y yo tenemos que soportar el mismo discurso. Todos menos nosotros dos tienen familia, ya sabes —matiza—, mujer, marido e hijos —enumera—. En

cierto modo, debería estar agradecido. —Se ríe mientras vuelve a callejear, guiándome por avenidas, encontrándonos con personas que intentan limpiar las puertas de sus negocios y otras que ya lo han hecho. O que permanecen cerrados hasta nuevo aviso. El aviso que termina esta noche y que hará que mañana esta burbuja que nos ha mantenido encerrados y aislados se abra y la normalidad nos azote a todos una vez más.

—¿Agradecido por qué?

—Porque Andrew este año tampoco va solo. Ha conocido a Lucy. Una chica maravillosa, que no conozco porque viven en Boston, pero hemos hablado por videollamada. Mi hermano Andrew era de esos que aseguran que no están hechos para el amor. Un alma libre, así es como se definía a sí mismo.

—Oh. —Me río—. Esos son los peores, los que, cuando caen, lo hacen con todo el arsenal. Stella también es así.

—Así que, sí, este año todos esos comentarios del tipo «Se te va a pasar el arroz» o, peor aún, «Si sigues soltero a los treinta es porque tienes algo raro», irán solo dirigidos hacia mi persona.

—¿Algo raro? —me jacto—. Ah, bueno, sí. —Me río una vez más, frenando un poco nuestros pasos—. Tal vez es que eres pésimo pidiendo citas o acosando a las chicas. Deberías reformular un poco la técnica.

Nathan me guiña el ojo.

—¿Para qué? ¿No te has dado cuenta de que justo he conseguido lo que quería? Estoy donde quiero y con quien quiero estar.

Me tiembla el pulso, se me acelera el corazón y floto en una nube esponjosa, de esas que te saben a gloria bendita, que te hacen aletear el centro del pecho y tu estómago se llena de mariposas, de origami o no.

—Nathan…

—¡Ya hemos llegado! —grita cortando cualquier opción por mi parte de decirle que quiero volver a verlo. Que me gustaría que esto no quedase así. Que no fuese solo por una nevada o un encuentro casual. O doblemente casual.

Me giro hasta encontrar frente a mí un parque, un parque con algunas atracciones que no están funcionando en este instante. Muy pocas y todas con pinta de haber vivido mejores momentos.

Como… Como ese parque al que mi abuela arrastraba a Stella porque ella no lo disfrutaba como yo, ese parque en el que me hice la cicatriz. Repaso el contorno de la misma en mi sien izquierda. Cobra vida bajo mis dedos. Igual que mis recuerdos. Es como si de veras mi abuela estuviese a mi lado, pidiéndome que tenga cuidado, que no cometa ninguna imprudencia y que disfrute del viaje.

—¿Qué…? ¿Cómo…? ¿Cómo supiste…? ¿Cómo hiciste que…? —Todo preguntas incompletas porque me he quedado sin palabras.

Porque me he dado cuenta de que Nathan es capaz de dejarme sin ellas.

—Me contaste que amabas subirte al tiovivo con todo tu ser. Que sentías que volabas cuando lo hacías, cuando cerrabas los ojos y abrías tus brazos. Y aquí tienes uno. Para que cierres los ojos y vueles, Pixie. —Se aproxima a mí, nuestros pechos casi se rozan, nuestros labios también, y siento más pronto que tarde cómo su mano se desliza por mi mejilla—. Para que recuerdes que puedes ser libre siempre y cuando quieras serlo.

Sus suaves y cálidos labios se colocan sobre los míos sin darme tiempo a responder. Aunque, ciertamente, no sabría qué decirle. Nada que pueda salir de mi boca estará a la altura de lo que siento.

A ver cómo me recupero yo de esto. De Nathan.
¿Acaso quiero hacerlo?

CAPÍTULO 23
Una pandereta suena

Permanezco frente al tiovivo, que sigue apagado y sin vida, mientras Nathan, con mi violín colgado todavía de su hombro izquierdo, se marcha. Solo me pide que no me mueva del sitio.

Como si pudiese hacerlo.

Me encantaría que mi abuela estuviese aquí, que Stella también formase parte de esto, más de lo que ya lo forma, y que se diese cuenta de que, en realidad, estos días me han hecho mucho más feliz que cualquiera de los vividos estos dos últimos años.

La música se activa, las luces se encienden y entonces el tiovivo que hay frente a mí cobra vida. Ni siquiera escucho las pisadas de Nathan acercándose antes de que me envuelva entre sus brazos, y yo apoye la cabeza sobre su pecho.

—¿Lista? —me pregunta mientras me gira para quedar frente a frente.

—¿Has tenido que sobornar al dueño para que lo encienda?

—Puede. —Le brillan los ojos, como el niño que ha hecho la mayor trastada de su vida o el hombre que ha cumplido el sueño de su chica. Supongo que ya me entendéis—. Venga —me apremia—. No tenemos mucho tiempo, empieza a nevar con fuerza otra vez y tenemos una parada más que hacer antes de que anochezca y cenemos. Juntos. Cenemos juntos —aclara por si hay alguna duda al respecto.

Veinticuatro horas. ¡Y qué veinticuatro horas me está regalando!

Doy un paso adelante y luego otro y otro y otro más hasta que me subo sobre la base de acero del tiovivo. Echo un vistazo sobre mi hombro y me lo encuentro quieto, expectante, esperando mi siguiente movimiento. Y sé sin verbalizarlo que se muere de ganas de saber cuál será.

—¿No subes conmigo?

Guarda silencio unos segundos.

—¿Eso quieres? —pregunta extrañado. He logrado sorprenderlo.

—Claro. Por supuesto que quiero.

Nathan se acerca, dejando en la base las bolsas con nuestros regalos y sus libros, para que no se mojen y se estropeen, y se aproxima hasta uno de los caballos que hay en la parte de fuera. Justo detrás del que yo he elegido. El suyo es un caballo blanco, con la cola y la crin de color marrón, con la manta de montar de tonos azules marinos, rojos y verdes. Y las patas estiradas, parece que lo hubiesen pillado dando un salto enorme. En cambio, el mío es completamente marrón, un marrón ocre, desvencijado, con una manta del mismo color que su pelaje, es diferente al suyo, y me da la sensación de que este caballo lleva aquí desde hace mucho mucho tiempo.

Nathan es el primero en subirse y me carcajeo cuando suelta un «yeeehaaaa» imitando a uno de esos curtidos forasteros del lejano oeste. Yo me subo con cautela, saboreando el momento, rememorando viejos tiempos, y a pesar de que ha pasado muchos años desde la última vez no siento que fuese de esa forma. Ni tampoco percibo la ausencia de mi abuela. Porque está aquí también. Lo está, sé que está.

—Venga, Pixie —me anima—. Vamos a disfrutar de esto como si fuese nuestro último día en la tierra.

Yo ya lo estoy haciendo.

El tiovivo coge algo más de velocidad, y tengo la ligera sospecha de que el señor ha estado esperando para hacerlo hasta que estos dos tontos muy tontos se subiesen a estos caballos a unas temperaturas poco habituales, bajo una copiosa nevada, y seguro que no entiende por qué no hemos hecho esto cuando las condiciones meteorológicas fuesen favorables.

No entendería, aunque se lo explicase, que ningún momento podría ser mejor que este. Sea como fuere, nada le llegaría a la suela del zapato.

Mi caballo asciende el primero y grito. No me acordaba del vértigo, de la euforia, de la sensación de ascenso antes de saber que va a descender en breve, de cómo se mueve en círculos y compagina cada movimiento a la perfección, me giro y me encuentro a Nathan subiendo en esta ocasión. Él arriba y yo abajo.

—Cierra los ojos y abre tus brazos —me pide.

Asiento sonriendo y sé que lo estoy haciendo con tanta intensidad que mañana me dolerán las mejillas. Será un recordatorio increíble de lo que he vivido hoy. Del enorme obsequio que me ha hecho este chico.

De lo que me ha regalado desde que tropezó conmigo en esa tienda del aeropuerto o me tendió la mano en ese avión sin yo saber que esa mano sería el comienzo de un viaje increíble. Una mano que no se ve, pero se siente de forma constante. Que empuja y consuela. Que cobija y ampara.

No sé cuánto tiempo permanezco así, cuánto nos permiten subir y bajar, movernos en círculos. Solo sé que, cuando sus manos se colocan en torno a mi cintura y me mueve para quedar uno frente al otro, sigo sintiendo que floto.

Tal vez esta sensación permanezca siempre ahí. Floreciendo en mí cada día. Como los recuerdos de los que me habló.

—¿Cómo te has sentido? —Alargo los brazos y lo envuelvo con ellos, lo estrecho con tanta fuerza que temo dejarlo sin respiración—. Creo que eso quiere decir que muy bien —ironiza.

—Mejor que bien, Nathan. Mucho mejor que bien —finalizo.

Él solo me sonríe y me acaricia de nuevo la mejilla con cariño y devoción.

—Sigues siendo una dulzura, Pixie.

Ladeo la cabeza y nuestras bocas van al encuentro la una de la otra. Un beso que tiene un significado, una promesa. Una oportunidad.

Un par de carraspeos y nos separamos como dos jovencitos que han sido pillados cometiendo una fechoría.

—Tengo que cerrar. —Señala el cielo.

—Oh, por supuesto. —Nathan siempre tan cordial y educado.

—Mil gracias —les digo a ambos.

El caballero no le da importancia y solo se marcha. Nathan, por el contrario, sí que lo hace, sí que me sujeta fuerte de la mano y la aprieta.

—Ahora vamos a un lugar especial —sentencia—. Uno muy muy especial. Único, diría yo.

Callejeamos una vez más. La noche cae sobre nosotros y el frío se intensifica un poco más, solo que he dejado de sentirlo, al menos, de esa manera que hiela, que cala.

Entramos en otra cafetería, mucho más lujosa que la anterior. Decorada con tonos blancos y oro. Nathan saca el teléfono y lee algo en él. Yo sigo observando cualquier detalle que me rodea, como siempre hago.

—Vale. Dame unos minutos. Si quieres, puedes tomar asiento y pedir algo. Yo invito.

Como si me hubiese dejado pagar algo de lo que hemos comido. Nada. Absolutamente nada.

Se encamina hacia la barra y le tiende la mano a la chica que lo observa con fijeza. No me extraña que Nathan levante pasiones allá por donde pasa. Es guapo y sexi, pero lo mejor es lo que no se ve con los ojos.

Me señala, y ella asiente, tengo la sensación de que sabe algo. Algo que yo evidentemente no.

Coloco las bolsas en una de esas mesas que tiene un banco de madera cubierto de piel negra y me pido un chocolate. Total, ¿qué más da uno más que uno menos? Ni una ensalada en estos días. Ni una.

Lo escucho antes de sentir ninguna otra cosa. Un piano. El sonido que envuelve y eriza, que colma y llena todo, que transporta sin moverte del lugar.

—Pixie… —Nathan me tiende una mano. La misma que en el avión. La misma que en la calle. La misma que en Nochebuena.

La observo y la tomo sin dudar. Sin alarmas. Sin ganas de huir. Sin ganas de salir corriendo.

Nos acercamos, mis pies se mueven por inercia en dirección a la música, como si la estuviese siguiendo porque me llama. De alguna forma lo hace.

Mi violín reposa sobre una pequeña mesa, abierto, observándome. Esperándome.

—Solo por si quieres recordar lo que se siente haciendo magia —me susurra.

Se coloca a mi lado. Dejándome elegir.

«No estoy preparada».

Esas fueron mis palabras, solo que…, ¿cuándo lo estaré? Quizá no hay que esperar a estarlo, no hay que ponerse un tiempo, una fecha, tal vez sea más sencillo que todo eso y solo haya que intentarlo. Sin más. Intentarlo por el placer de hacerlo. De llegar a donde se pueda.

—¿Cómo…? —Otra pregunta inacabada.

—Tu hermana. —Una breve pausa—. Stella me dijo que había hablado con alguien, y ese alguien había hablado con este sitio, y podíamos venir. Solo a mirar, si queríamos; a tocar, si te apetecía; a escuchar, si era lo único que necesitabas.

Stella, ¿cómo no? Cómplice y verdugo. Ambas cosas.

—Parece ser que ahora tenemos nuestros números —añade. Entendiendo que él y yo no los tenemos, al menos él.

Me juego lo que sea a que mi hermana se despide de él como «cuñado».

Es mi turno para acariciar su mejilla, su mandíbula, para sentir el tacto de la barba incipiente. De su piel bajo ella.

—Gracias…

Doy un par de pasos atrás, sin apartar los ojos de él ni él los suyos de los míos y cuando creo que ha entendido que esa gratitud está ahí, flotando entre ambos, sujeto el violín, lo acaricio.

—Te he echado de menos, pequeño —le susurro una vez más.

Cierro los ojos y el vértigo que siento es distinto al del tiovivo, pero me sacude las entrañas.

—*River flows in you* —susurra Nathan. No a mi lado, no detrás. Delante, al chico que hay sentado al piano—. ¿Podrías tocar *River flows in you*? —pregunta con dulzura, apacible, suave.

El chico solo asiente, y los acordes de la canción que tanto me gusta tocar, mi favorita desde que mi abuela me la enseñó, lo envuelven todo. A mí, mi violín, y no tengo que preguntar nada para saber, para entender, que esto también ha sido cosa de Stella.

Notas y notas. Suaves y sutiles flotando en el ambiente.

Exhalo y tomo aire de nuevo. Repito ese procedimiento en un par de ocasiones.

Y entonces…, entonces mi mano vuela por mi violín, el arco se desliza entre mis dedos, por las cuerdas, como si siempre lo hubiese hecho, como si fuese una extensión de mí. Como si

nunca hubiese dejado de hacerlo.

Y hago magia.

Hacemos magia juntos.

CAPÍTULO 24
La marimorena

En algún momento entre esa canción y otra y otra, Nathan me grabó en vídeo y se lo envió a mi hermana.

Lloramos al teléfono, las dos, supongo que teníamos que sacar afuera todo eso que un día fuimos y de pronto olvidamos ser.

—No te duermas —me pide cuando estamos en el pasillo, justo frente a nuestras habitaciones. Yo con mis bolsas y mis regalos, y él con las suyas y sus libros.

—No me dormiré —le prometo.

Me regala una de sus mejores sonrisas, de esas que te roban el aliento, y se mete dentro de su habitación.

—¡Sé que estás ahí, Pixie! —me grita tras la madera.

—Acosador —le respondo yo a su vez.

Abre la puerta y me lanza un calcetín de esos que tanto le gusta llevar.

—¡Qué asco! —protesto, pero lo recojo y se lo robo. Solo rezo para que no esté sucio.

Una vez en mi habitación, coloco el violín al lado de mi cama. No escondido, ni apartado, donde se pueda ver, y me miro los dedos. Los muevo frente a los ojos y vuelvo a gritar sin emitir sonido alguno.

—He sido capaz.

He sido capaz de hacerlo. Prácticamente danzo por la habitación y saco de la maleta un pijama. Observo el teléfono, justo donde lo dejé esta mañana, y el primer impulso es ir a buscarlo porque una parte de mí, la responsable, sabe que no debería estar haciendo lo que hago.

Debo tomar decisiones, por supuesto. Debo enfrentarme a ese bucle en el que yo misma he permitido que me metan y actuar para no volver a ese punto de partida que tan infeliz me hace. Solo que… no tiene por qué ser hoy.

De cualquier forma, me acerco y lo apago, sin bajar la barra de notificaciones, sin leer los correos o mensajes ni observar las llamadas perdidas. Sé que, si Stella quiere ponerse en contacto conmigo, puede hacerlo a través de Nathan.

Me doy una ducha larga, me tomo mi tiempo en lavarme el pelo, mientras recuerdo lo maravilloso que ha sido el día. Cuando salgo del baño, y para sorpresa de nadie, Nathan está aquí, con otro de esos pantalones de franela horripilantes, unos calcetines que no pegan en absoluto con nada y una camisa blanca de algodón.

Ahh, y la diadema de renos.

—No podré darle uso una vez llegue a Medfield. Si no me la roban mis sobrinos, es probable que lo haga Lindsey —me cuenta.

Busco la mía. La dejé al lado del bolso. Me quito la toalla que llevo enrollada en el pelo y, con él todavía mojado, me la pongo.

—Puedes llevar esta también. Y dársela de mi parte a alguno de ellos.

Nathan niega, nada convencido.

—No puedo llevar dos diademas porque se armaría una guerra y no queremos eso.

—No, no queremos eso.

—Igualmente, prefiero que la tengas tú. La compré para ti, no te olvides.

¿Cómo hacerlo? Me va a ser imposible olvidar cualquier cosa de las que han sucedido en estos días.

Lo veo deambular por la estancia y descuelga el teléfono del servicio de habitaciones.

—¿Qué pido?

—¿Ensalada?

—Vale —responde.

Retiro la humedad de mi pelo mientras él llama y pide nuestra cena.

—Sí, dos hamburguesas con extra de carne, patatas fritas y dos tartas de queso. —Pongo los ojos en blanco, ¿para qué pregunta si luego hace lo que le da la gana?—. Ah, sí, me parece genial. El que prefieran. —Cuando cuelga, frunzo el ceño.

»No tenías pinta de querer ensalada.

—Quería ensalada —miento.

Se acerca y me escruta con la mirada.

—Ahora di la verdad. —Un golpecito en la nariz.

—Prefería hamburguesa y patatas fritas. Y tarta de queso.

—Y vino —añade. Eso debe de ser lo otro que ha pedido.

—Y vino —recito obnubilada.

—Perfecto. He acertado entonces.

Me pongo de puntillas y lo beso. Nathan lleva la mano hasta mi nuca y la mete bajo el pelo, presionando su torso contra el mío. Me acerco mucho más, tanto que casi me encaramo a su cintura. De hecho, no hay nada que me parezca mejor que eso. Caer sobre él o él sobre mí y sentir su peso sobre mi cuerpo. La calidez del mismo.

Y, por su respiración acelerada y cómo sus manos se pasean por mi figura con premura, me atrevo a afirmar que él está completamente de acuerdo conmigo.

Antes siquiera de poder sucumbir ante mis pensamientos pecaminosos, se aparta de mi cuerpo y me besa en la frente.

—No me voy a romper —le indico, y sabemos a qué me refiero.

—Prefiero dejarte con las ganas, ¿no crees?

—¿Esa es otra de tus técnicas de ligue? Porque no me gustan en absoluto.

—Puede. Aunque ya sabes que siempre se pueden perfeccionar. De hecho, puedes ayudarme a ello.

Le sonrío y me devuelve el gesto cargado de descaro.

—Anda, ha sido un día lleno de emociones, veamos esa peli, comámonos esa hamburguesa, bebamos ese vino y descansemos.

Descansemos, porque él mañana se marcha, y yo…, yo me quedo un día más sin saber qué hacer o cómo actuar después de todo.

Parece ser que la película que pusimos ayer, y que no terminé de ver, no era otra que *Pesadilla antes de Navidad*. Lo siento, ¿vale? No soy imparcial, esta película es «la película». La amo profundamente y la he visto tantas veces que podría garantizar que me sé algunos diálogos.

Nos tumbamos en la cama, y no pasa mucho tiempo antes de que suene la puerta de mi habitación y el servicio de habitaciones nos haya traído la cena.

La devoramos, no en silencio, por supuesto, hablando de todo un poco. De Stella, anécdotas de mi infancia o de la suya. Y no creo que sea cosa del vino, pero está más que demostrado que el silencio entre nosotros es tarea complicada.

—¿Tienes todo preparado? —le pregunto todavía con una copa a medio vaciar en la mano, justo mientras vamos de camino a la cama—. La maleta, quiero decir.

Nathan cabecea.

—Me falta por guardar un par de cosas. Nada importante.

Asiento y ese pequeño nudo se forma en mi estómago porque sé que esto es una despedida. Al menos, por un tiempo indeterminado. Él vuelve junto a su familia, yo viajo a Londres… Ni siquiera hemos hablado sobre el tiempo que estará cada uno en casa. Hemos intentado obviar eso, la separación en sí, y centrarnos en el presente.

En medio de la película, giro la cabeza para preguntarle.

«¿Y ahora qué? ¿Qué habrá después de mañana? ¿Qué haremos? ¿Qué seremos? ¿Qué somos? ¿Qué hemos sido?».

Sin embargo, solo me arrebujo contra su cuerpo porque Nathan ya se ha dormido. Y parece tan feliz que solo pienso en serlo yo también. A su lado.

CAPÍTULO 25

All I want for Christmas is Nathan Graham

Abro los ojos y temo que Nathan se haya marchado, que lo haya hecho sin despedirse, que me haya dejado una triste nota sobre la almohada o ni siquiera eso. Todavía no ha salido el sol y me giro en su busca antes de fijarme en si ha dejado de nevar, si las calles ya están limpias o si es una hora adecuada para molestar a alguien que terminó bebiéndose media botella de vino antes de dormirse.

Respiro con algo de calma cuando me percato de que Nathan está aquí, a mi lado, tumbado boca arriba, con la cabeza girada hacia mí, el pelo despeinado y con ese manto de pestañas que a veces envidio.

—Buenos días —murmura sintiendo mi mirada puesta sobre él.

—Buenos días —respondo a su vez.

Me coloco de lado y paso el brazo por encima de su abdomen, lo estrecho mucho más contra mi cuerpo.

Nathan gira su cabeza, dejando el cuerpo en la misma posición en la que se encuentra y tomo la decisión antes siquiera de arrepentirme de ella.

Retiro la sábana y me coloco a horcajadas sobre su cuerpo. Llevo la mano hasta la parte baja de la camiseta de mi pijama y tiro de él, deshaciéndome de la prenda. El sujetador deportivo que llevo sigue los pasos.

Los ojos de Nathan centellean de deseo. Me observa con fijeza, deleitándose en cada línea de mi cuerpo que he dejado a la vista. La curva de mi cuello, la redondez de mis pechos y mi abdomen. Mis brazos, que caen lánguidos a ambos lados de mi figura porque, de pronto, me asolan las dudas sobre si estaré actuando como debo, aunque…, aunque es lo que quiero hacer. Aquí es justo donde quiero estar. Con él.

Quiero esto. Nunca he deseado tanto a alguien como a Nathan.

—¿Estás nerviosa, Pixie? —me pregunta indolente. Con esa media sonrisa que cada vez que la esboza me quita años de vida.

—No —miento y no lo hago. Porque lo estoy, pero a su vez es esto lo que quiero hacer. Veinticuatro horas. Aprovechémoslas pues.

Sus brazos, grandes y firmes, envuelven mi cintura y me gira hasta que el mullido colchón toca mi espalda. Y es él quien se encuentra encima de mí, a horcajadas, con sus piernas a ambos lados de mis caderas. Sus dedos, firmes y seguros, se colocan en la cinturilla de mi pantalón y sé que pretende hacer.

Antes de permitirle que me desnude, me incorporo lo suficiente como para quitarle la camisa de algodón. Me ayuda, por supuesto. Se deja hacer y colabora. Desea esto tanto como lo hago yo.

—Descarada —murmura cuando paseo los dedos por sus pectorales, por su firme abdomen, por sus costados, por sus brazos. Estudiando cada parte de su cuerpo y memorizándola por si esta fuese la última vez. Por si este sexo fuese uno de despedida.

Nuestra forma de decirnos adiós.

Nathan toma el control y se desliza para quitarme el pantalón. Me quedo desnuda frente a él. Me observa desde la distancia, se ha incorporado y se ha quedado de pie.

En un ataque de valentía, abro las piernas como hizo él ayer en esta misma cama, todavía

mientras las sábanas cubrían mi desnudez, solo dejando que su tacto me conociese. En este instante, también le permito que lo hagan sus ojos.

Más lento que antes, más ardiente todavía. Su mirada se pasea por mí. La percibo en cada curva, en cada trozo expuesto, en cada parte, y me sonrojo porque la forma en la que lo hace es abrasadora.

—No tengo preservativo —murmura antes de que le pida que me penetre—. Sin embargo, hay otras cosas que sí que podemos hacer —me promete.

Su rodilla derecha se apoya sobre el colchón, hundiéndose bajo su peso. Siento el movimiento, cómo poco a poco se acerca hasta mi centro, cómo se ubica entre mis piernas, cómo me observa cuando va dejando besos indolentes por la piel de mi muslo. Subiendo. Subiendo. Subiendo. Hasta que esa boca pecaminosa se posa sobre mi clítoris y lo besa, lo chupa, lo muerde, sopla, chupa y saborea. Y comienza de nuevo.

Mi cabeza cae sobe la almohada y mi espalda se despega del colchón. El placer es arrollador. El placer es extenuante. Me deja sin aliento y me consume por completo.

Nathan sabe lo que hace. Sabe exactamente el ritmo al que tiene que mover su lengua, de arriba a abajo. Ejerciendo la presión exacta, con lametazos precisos que me catapultan cada vez más y más arriba. Hacia el cielo.

—Joder, Pixie, estaba deseando probarte, saborearte. Estaba deseando hacer esto desde que te conocí. Incluso antes de ese día.

Incluso antes de ese día… Es la segunda vez que me lo dice. ¿Será cosa del destino? ¿O de la magia?

No me paro a pensar en nada de eso porque no podría. Su lengua no me lo permite y sus dedos, esos con los que me folla, tampoco.

—¿Vas a correrte? —me pregunta insolente—. ¿Vas a correrte en mi lengua? —Ni siquiera me molesto en responder porque tampoco podría hacerlo.

Su lengua se pasea por cada resquicio de mi centro, llevándome cada vez más arriba o más abajo, acercándome al orgasmo para robármelo cuando estoy a punto de saborearlo, llevándome al límite.

—Por favor —suplico. Resoplo. Gimo—. Por favor, Nathan, quiero…

—Correrte. Quieres correrte, ¿es eso, Pixie? —Asiento—. No te escucho.

—Quiero correrme.

—Qué boca tan sucia tienes. —Parece la mayor contradicción del mundo que sea yo la que tiene la boca sucia cuando es él el que me está llevando al orgasmo con la suya—. Te daré lo que quieras, Pixie —murmura.

Y todo se convierte en un no parar. Su lengua incide con más intensidad, chupa con más avidez. Sus dedos se introducen dentro de mí, hasta lo más profundo, arrancándome jadeos. Y me corro. Con fuerza e intensidad, con su lengua todavía paseándose por mi clítoris, llevándose hasta la última gota de mi orgasmo, bebiéndose cada gemido, cada suspiro de placer.

Abro los ojos e intento observar cómo me besa con suavidad la cara interna del muslo, cómo desciende de la misma forma en la que ascendió antes de devorarme. Cuando su mirada se clava en la mía, y me sonríe con suficiencia, sé que esta vez no va a quedarse así.

Me incorporo, obviando mi desnudez, y un atisbo de sorpresa se refleja en su mirada cuando me incorporo tambaleándome todavía por el orgasmo. Nathan coloca sus manos en mi cintura anclándome al suelo. Se lo agradecería si no tuviese mejores cosas que hacer.

Bajo su pantalón de franela y me agacho conforme la tela resbala por sus piernas hasta

arremolinarse en sus tobillos.

No me paro a pensar en lo enorme que es su miembro, solo lo introduzco en mi boca y lo observo desde abajo.

—Joder, Pixie, no me mires así. No hagas eso. Eres mi maldita perdición.

«Incluso antes de eso».

Lamo la punta y la saboreo con descaro. La mirada oscura de Nathan sigue clavada en mí. Su mano se coloca en mi cabeza y acaricia mi pelo. Desciende por mi cara hasta colocarse en mi mejilla, sintiendo cómo su polla está dentro de mi boca. Me la trago al completo y gime fuerte. Casi solloza.

Envalentonada por su reacción, muevo la cabeza y su miembro comienza a salir y a entrar. Toca mi garganta y sale prácticamente al completo. Ahora son sus dos manos las que me sujetan la cabeza, invitándome a impulsarme, acompasando esos movimientos, haciéndolo suyo. Aprendiendo la forma en la que le gusta que se lo hagan.

Duro, fuerte, rápido e intenso.

Le doy lo que busca, lo que quiere, e intento seguir siendo yo la que lleve la batuta y guíe los movimientos.

—No me mires así, Pixie —repite—. Joder, no lo hagas —insiste.

Me gusta. Me gusta que pierda el control y que lo haga por mi culpa. Ser yo la que lo tenga a su merced, a pesar de que estoy arrodillada frente a él.

—¿Vas a correrte? —Formulo la misma pregunta con el mismo descaro que él lo hizo antes.

Le sorprende y le agrada. Le excita, lo noto, lo siento en la potencia de sus embestidas.

—¿Eso es lo que quieres que haga? —Otro juego, de esos que me gustan.

—Eso es lo que quiero que hagas.

Sus manos se aferran con más fuerza a mi cabeza y las embestidas son más rápidas y profundas.

—¿Puedo…?

Sé lo que quiere preguntar, sé que quiere correrse en mi boca y que me lo trague. No respondo, solo actúo.

Mi nombre sale de su boca con un rugido potente y atronador mientras descarga en mi garganta.

Trago mientras lo observo, sin perderme de vista nada. Es… fascinante. Y excitante. Y sumamente sexi y arrebatador.

Cuando me pongo en pie, sé que estoy dispuesta a darle más. A que me dé más.

Nathan solo me abraza, me conduce a la cama y me estrecha contra su cuerpo.

—Ha sido una pasada, Pixie. Eres una pasada.

—Bueno, veamos, tú tampoco has estado tan mal.

Resopla ante mi pulla y me pellizca la nalga, me revuelvo entre sus brazos y me percato de que esto es una despedida y, a pesar de ello, estoy justo donde quiero estar.

Y, lo mejor de todo, con quien quiero estar.

EPÍLOGO

E*sa misma mañana…*

¿Quién iba a decirme que el tío acosador —además de cotilla, insolente, desvergonzado y un pelín sexi— que conocí hace cinco días en extrañas —y maravillosas circunstancias— iba a hacerme sentir tanto en tan poco tiempo?

Te fuiste, tuviste que hacerlo porque ambos sabíamos que tu vuelo saldría esa misma mañana. No nos despedimos al uso, cuando tuvimos ese segundo *round* sexual, sabíamos que el tiempo se nos echaba encima y que todo lo que no habíamos dicho con palabras nuestros cuerpos se habían encargado de expresarlo.

Me dejaste una novela, la misma que leías en ese vuelo que compartimos y, dentro de ella, otro corazón de origami, que abrí y contenía un mensaje.

Por si perdiste el papel amarillo del aeropuerto. Por si quieres pedirme una cita tú a mí, porque ambos sabemos que soy pésimo para estas cosas, o por si quieres contarme lo mucho que me echas de menos.

Tenía tu número de teléfono escrito y varios copos de nieve que habías dibujado a su alrededor. Como mago eres exquisito, sin embargo, como pintor… Mejor dejémoslo ahí.

Ahora mismo estarás volando a Boston…
Solo quería que supieras que me ha encantado conocerte
y también darte las gracias por demostrarme que mi hermana tenía razón
(ya sé que es un poco triste que tenga que citar a mi hermana
cuando escribo esto, pero es la realidad). Así que: ¡gracias!

A lo mejor sí que podríamos quedar y tachar lo que hemos cumplido
y lo que queda en «asuntos pendientes» de esa lista que hemos elaborado juntos.
Y tal vez (solo tal vez, no hay que pasarse tampoco)
besarnos un poco más (no te me vengas arriba, que a ti con poco te basta).

¿Solo un pelín sexi? Pixie, por favor, que ya nos conocemos
(sí, hemos llegado a ese nivel (guiño guiño)
y sabes que te resulto mucho más sexi que solo un pelín.
No me hagas recordarte los gemiditos que emitías esta misma mañana.
😠😠😠😠

Se supone que no tenías que contestar a estos mensajes.

Y también se supone que no ibas a seguir siendo tan descarado.

No te prometí nada.
En esa lista que hicimos juntos, y que no leíste,
mi carácter arrollador y sumamente atractivo, seguía ahí, patente.

Respóndeme, ¿por qué estás leyendo esto
y logrando que me sienta patética por ello?

Han cancelado el vuelo.
Otra vez.

¿De veras?


Retomemos el tema en cuestión, ¿un pelín sexi, Pixie?

Y sumamente imbécil, Nathan.

Tal vez (y solo tal vez) te haya encantado conocer a este imbécil, ¿a qué sí?



Sigo esperando una respuesta. Una respuesta afirmativa, Pixie, que todo hay que decírtelo.

Me olvidaba de lo directo que eras.

¿Para qué andarme con rodeos? ¿Y bien?

Valeeee. Sí. Algo más que un pelín sexi. Solo algo más, no fantasees.

Perfecto. Ahora que hemos aclarado ese punto…
Debo decirte que no se ha cancelado el vuelo. No he subido. Aposta.

😮😮😮😮

¿Por qué?

😮😮😮

Porque en mi lista escribí una última cosa.

¿A mis espaldas? Muy mal, Nathan Graham, muy, pero que muy mal.

Todo lo escribí a tus espaldas, Pixie.

😕😕😕😕

Vale. Tienes razón.

Así me gusta.

Esa última cosa era pasar, además de la Navidad contigo,
también Fin de Año juntos. Y besarnos, con muérdago o sin él.

Me da igual, la cosa es volver a besarte, Pixie.
De hecho, me muero de ganas de volver a hacerlo.
¿Y tú, Pixie? ¿Tienes tantas ganas como yo?

Mmmm. Déjame pensar.

🙂😭🤪

Supongamos que, en un universo paralelo,
decido aceptar tu oferta, pasar el Fin de Año juntos y besarnos.

En un universo paralelo.

Sí, si existe la magia, también existen los universos paralelos, Nathan.
Déjame soñar.

Por supuesto, sueña siempre (y conmigo también).
😉🙃🥰

En ese universo paralelo, cometemos todas esas locuras.

Añadiendo locuras a las que ya hemos cometido, Pixie.

😇😇😇

Y las locuras que nos quedan por cometer…







Pixie.



¿Sí?



¿Me abres la puerta ya, por favor?



¿Qué?



¿Me abres la puerta ya, por favor?
Ya no tengo llave. No puedo colarme en tu habitación.
😭😪😟



Abro, joder, claro que abro.

Y entonces me encuentro a Nathan Graham ahí. El chico que ha trastocado toda mi vida en tan solo cinco días, con el móvil en la mano, escribiendo. Me llega un último mensaje.



¿Vas a besarme ya? ¿O tengo que hacerlo yo?

Sonrío como una tonta.
Alzo la vista y entonces me lanzo a sus brazos.
Y lo beso, por supuesto que lo beso.
Ahhh, y no solo eso.

😈 😈 😈 😈 😈

EPÍLOGO
Nathan

N*avidades 2024.*

Llevo toda la mañana buscando la sudadera perfecta, la de Rodolfo del año pasado dejó el listón muy muy alto. Tienda tras tienda, nada me convence, hasta que Lindsey tira de mí y entramos en un establecimiento que pasaba desapercibido a ojos de cualquiera que no fuese mi hermana. Sin decoración, sin luces centelleantes y sin nada que la haga excesivamente especial.

Sonrío, porque todo eso que transmite por fuera va en contra de lo que te encuentras dentro.

Bolas navideñas; cajas de árboles; abetos de distintos tonos y colores, algunos con luces incluidas, y otros de color blanco o violeta. ¡Violeta! ¿Puede haber algo más original que eso?

—Te dije que debías hacerme caso, siempre igual, eres un cabezota —me grita Lindsey, que me ha acompañado a comprar el jersey, porque yo tengo buen gusto, pero ella mucho más.

Y porque a ver quién es el guapo que se niega a llevar a su hermana cuando sabes que con un solo puchero que haga ya te tiene ganado.

Pixie y Stella se han quedado en casa cuidando de mi sobrino Bryan, aunque sé que el resto se sumará a la locura de las nuevas tías. Porque ellas se han hecho un hueco en la familia, uno enorme, sin prácticamente hacer nada especial, porque han sido ellas mismas. Sabía yo que mi madre la iba a adorar y que mi abuelo…, mi abuelo la ha acogido, las ha acogido, como si siempre hubiesen estado aquí, con nosotros.

—Sigo sin entender por qué no le regalas algo más especial, Nathan. Un colgante, un bolso, un anillo que ponga: «Cásate conmigo porque me muero por ti desde que te conocí».

Sonrío ante la frase de mi hermana, porque ella no lo sabe, de hecho, solo se lo he contado a mi abuelo, sin embargo, estoy casi seguro de que me enamoré de Pixie antes de conocerla siquiera, cuando la vi pasear por las calles, día tras día, semana tras semana, meses tras meses. Lo de ese aeropuerto fue una casualidad. La magia de la Navidad, supongo. O es que hay alguien ahí arriba que quería que ambos nos conociésemos, que por fin lo hiciésemos.

Mi abuelo asegura que fue cosa de la abuela de Pixie, que nos echó un cable. Yo ni confirmo ni desmiento, porque no tengo ni idea de si eso es real o no, lo que sí sé es que, cuando la vi en el aeropuerto ese día, supe que había llegado el momento de dar un paso más. Ese que no me atrevía a dar, a pesar de observarla cada semana desde la acera de enfrente mientras hacía trucos de magia para todo aquel que quisiese pararse a mirarlos.

Ya había tardado mucho en hacerlo y debía aprovechar la oportunidad que me brindaba la vida. Y bueno… Aquí estamos. Juntos.

Pasamos la Nochebuena y la Navidad pasada los dos. Pasamos el día treinta y uno de diciembre y despedimos el año dándonos ese beso bajo el muérdago que esquivamos durante días anteriores. Porque quería que ella entendiese que tenía siempre las mejores cartas y que, pasase lo que pasase, podía elegir cómo jugarlas.

Estaba dispuesto a irme. A subirme a ese avión, vaya que sí. Sin dudar, es más, debo contaros que facturé la maleta y que viajó junto con mis regalos navideños y gran parte de mis novelas a Boston.

Tuve que llamar a mi padre para que fuera al aeropuerto a recoger el equipaje y explicarle que

me quedaba en Nueva York con una chica preciosa que les presentaría en breve. Y que esa chica era la mujer de mi vida. Que era el destino o la magia de la Navidad, lo que fuese, pero que no me iba a separar de ella. Nunca.

No pude cumplirlo al cien por cien, ya sabéis. Pixie viajó a Londres y regresó triste, enfadada, cabizbaja.

Lloró mucho durante días y no me pareció mal que lo hiciera, porque tenía que sacar todo eso que llevaba dentro, purgar el dolor acumulado. Porque, durante dos años, la veía salir de ese edificio, cada día más triste, menos ella, más apagada.

Al principio, fue extraño. Como una conexión instantánea. Me encontraba haciendo uno de esos trucos de magia que tanto me gustan, con cartas, intentando que alguno de esos niños que a veces se arremolinaban frente a mí en la calle sonriesen. Nada me gustaba más que eso, tal vez por algo tan sencillo como una sonrisa, me dedicaba varias tardes a la semana a colocar una mesa frente a su edificio y jugar. Disfrutar, divertirme.

«¿Cómo la haces?», me preguntaban, y yo solo respondía que un mago nunca desvela sus trucos. Las mismas palabras que le dije a Pixie la Navidad pasada, sin que entendiese que la magia la hacía ella cada vez que me miraba como lo hacía. Como si quisiese que me quedase con ella.

No tenía ni que pedirlo, maldita sea.

No tenía ni que pedirlo.

La primera vez que la vi, iba ataviada con un traje y chaqueta de color azul marino. Oscuro, como su semblante. Llevaba colgado de su brazo derecho un bolso que pesaba más que ella misma. Trabajo, supuse por aquel entonces. Ni siquiera sabía cuánta razón tenía.

Ella no apartó la vista del teléfono ni una sola vez. Ni una.

La segunda vez fue más de lo mismo, a la semana siguiente. Otro vestido oscuro, a juego con su estado de ánimo. Y así, de vez en cuando, me cruzaba con ella.

Hasta que un día, ella sí que me miró. No frenó sus pasos. Yo sí que contuve la respiración. Ya sabía que era preciosa; pero que ella me mirase, que clavase sus ojos en mí, fue como un impacto en el centro del pecho.

Bum.

Bum.

Bum.

Como una flecha en el centro del pecho.

Pensé que el día que nos cruzamos en aquel aeropuerto, cuando me acerqué a ella tan nervioso que la empujé, la empujé de verdad, no porque quisiera que se fijase en mí, lo hice porque estaba histérico, porque no tenía ni idea de qué decirle o qué hacer para llamar su atención y, al final, resultó que una metedura de pata lo desencadenó todo.

En fin, que imaginé que, aquel día que nos cruzamos en el aeropuerto, me iba a reconocer.

No lo hizo.

Me percaté de que tenía la oportunidad de empezar de cero, de intentar hacerme ver, de que lo hiciese de verdad.

Os juro que pensé que la estaba cagando por completo, que Pixie seguiría su camino y solo me tildaría de capullo por comportarme como tal. Bendita mi suerte porque no fuese de esa forma y no solo eso, sino que nos quedamos encerrados en Nueva York unos días. Eso me daría la oportunidad no solo de conocerla, sino de que volviese a sonreír.

Porque Pixie es luz y en aquel momento solo era oscuridad.

Debo contaros que la relación con sus padres no pasa por su mejor época. Su padre no entiende que ella quiera tocar el violín, de hecho, le dijo frente a mí que se dedicase a trabajar de verdad y dejase esa mierda que no la llevaría a ninguna parte.

La cogí de la mano y salimos de esa casa. No le impediría a ella que los visitase, jamás lo haría, pero sabía que yo no pondría un pie más allí. Y desde entonces, mi familia se ha convertido en la suya.

Hace esa misma lista de ingredientes y la misma tarta de pera que cocinaba con su abuela Heather en mi casa. Las he visto hacerla en los últimos días. Mi abuela y mi madre encantadas. Porque ella es de la familia, lo fue desde el mismo segundo en el que puso un pie en Medfield, y no puedo negaros que me hace inmensamente feliz que así sea.

—¿Y bien? —Mi hermana está plantada frente a mí, con los brazos cruzados y una de sus perfectas cejas arqueadas—. ¿Ya estabas pensando en ella otra vez? Por favor, Nathan, cásate con esa mujer de una maldita vez para que podamos respirar en paz.

Sonríe con suficiencia.

—Lo haré. Tal vez no hoy o mañana, pero lo haré en algún momento.

No me olvido de esas líneas que garabateé en la lista que no pensaba enseñarle a Pixie en la vida, al menos, hasta que sepa que no saldrá corriendo por lo seguro que estaba de que ella y yo íbamos a compartir toda la vida.

Yo, al menos, haré todo lo que pueda cada jodido día para que así sea.

Elijo dos jerséis llenos de galletas de jengibre, no es muy original, pero ese es el calcetín que ella se quedó las Navidades pasadas y que se niega a devolverme. Mi abuela le ha comprado muchos pares de calcetines navideños y ahora se pasea por casa con ellos, aunque sea primavera.

Es tan dulce. Sigue siéndolo. Y la amo. La amo profundamente.

Llegamos a casa y entramos dejando las botas por fuera para no llenar todo de nieve.

Huele a hojaldre y a peras, y sonrío, porque sé dónde encontrarla.

Coloco mi regalo bajo el árbol, los dos que he elegido. Un jersey navideño y una pequeña caja que contiene un anillo que me ayudó a elegir su hermana Stella. Mi cómplice. La misma que se pasea por el salón corriendo tras mis sobrinos. Contándoles cuál será su próximo destino, y ellos preguntándole cómo supo que quería tocar el piano.

Siempre responde lo mismo: «Lo supe sin más», y prometo que la entiendo, porque, cuando yo me crucé con Pixie por primera vez, también lo supe sin más.

Cruzo el salón, el pasillo y me apoyo en el marco de la puerta. Las tres mujeres de mi vida tienen una diadema navideña, cortesía mía, por supuesto, y unos delantales de lo más navideños que van a juego. Porque, en esta casa, la Navidad no solo se vive, también se saborea, se paladea, se huele y se siente. Está dentro de ti.

Carraspeo intentando llamar su atención. Ninguna me hace caso.

Me acerco con cautela y me coloco tras mi chica. Sí, joder, es mi chica.

—Ni se te ocurra, Nathan Graham, las manos quietecitas —me advierte.

Lo que confirma mis sospechas de que sabía perfectamente que era yo y de cuáles son mis intenciones.

—¿Las manos quietecitas? Eso no es lo que dices cuando…

Se gira y coloca toda la mano en mi boca impidiendo que suelte eso que se me pasa por la cabeza.

—No seas descarado e insolente —murmura poniéndose colorada.

No hay nada que me guste más que sonrojarla. Sin público todavía más. Ya me entendéis.

Pixie se quita el delantal y lo coloca en un lateral, doblado en perfecta armonía.

—Ahora vuelvo —les explica a mi madre y a mi abuela, que no dejan de sonreír ante la estampa.

—Machácalo —la anima mi abuela.

Ese carácter endemoniado que tiene me fascina.

—Por supuesto —le sigue la corriente Pixie.

Me guía por la casa hasta llevarme a la habitación que compartimos. En esa que la hago sonrojar, sí. Y, cuando cierra la puerta, saca un papel doblado del bolsillo trasero de su pantalón.

—Resulta que he encontrado tu lista.

Alzo una ceja, escéptico.

—¿Mi lista? ¿Has estado rebuscando entre mis cosas? —Por Dios, menos mal que me llevé el anillo.

—A ver si te vas a pensar que eres el único que sabe hacer trastadas.

Me acerco y la comisura de mi labio se alza con osadía.

—Veo que aprendes rápido.

—Muy rápido. El caso es que se titula «La lista no oficial (y que nada tiene que ver con un acosador) de Nathan Graham».

Mierda.

—Yo…

—Así que… veo que has hecho dos listas. Una oficial y una no oficial. Eres un pillín. —Me da un par de golpecitos en la nariz—. La he leído, ¿sabes? He tenido que hacerlo porque soy muy curiosa. Culpa tuya —me indica. Me ha dejado sin palabras.

»¿Quieres que las repasemos? ¿Tú lista y la mía?

—¿Qué quieres tú? —Siempre me ha gustado dejarla decidir, que entienda que puede hacerlo, que debe hacerlo.

Observo sus pisadas, sus caderas moviéndose al compás y, un poco más arriba, su sonrisa, esa que siempre me hace contener el aliento porque tras haberla visto siempre tan triste sé que, cuando te la regala, es sincera y honesta. Le sale de lo más profundo del alma.

—Nathan Graham, solo te quiero a ti. —Tira la lista hacia atrás y guardamos silencio mientras el papel cae al suelo y sus piernas se enredan en mi cintura—. Solo te quiero a ti.

No repasamos la lista en ese momento, tampoco en la hora siguiente, pero debéis saber que hemos cumplido nuestros propósitos, fueran cuales fuesen, porque, al final, no sabemos si es cuestión de actitud o cosa de magia, solo tenemos que proponérnoslo.

Y ser felices.

Y vivir.

Como si siempre fuese Navidad.

—Yo también te quiero, Pixie.

AGRADECIMIENTOS

Si me conocéis, sabéis que esto de los agradecimientos nunca ha sido mi fuerte. Diría que es lo

que más me cuesta escribir de la historia, así que intentaré ser breve y perdonadme si me dejo a alguien atrás.

Primero que nada, quiero agradecer a mi familia el apoyo que me dan cada día, cómo me acompañan sin ellos siquiera darse cuenta y la preocupación genuina que muestran cada vez que me vengo abajo. Y sí, me vengo abajo más veces de las que creéis porque el síndrome del impostor es un puñetero de narices.

A todas mis lectoras. No sé si os sorprenderá que me haya puesto romanticona, ya sabéis que lo mío son las comedias —muy comedias— románticas y, aunque en esta novela hay alguna que otra risa, lo que de verdad habéis encontrado entre estas páginas es a una chica rota que necesitaba ese abrazo cálido que le proporciona un desconocido. Si hubiese sido yo, me habría casado con él en la primera página… Y no es coña.

Gracias a Bea, mi Bea. Siempre al otro lado de forma incondicional, ¿se puede querer a una persona que no se conoce? Os digo ya que sí. Siempre al otro lado, escuchándome cuando me vengo abajo, cuando se me ocurre una idea más loca que la anterior, y ella solo se parte de risa, la reina de los musos y la que escucha mis audios, aunque sean de quince minutos. Tengo que ir a verte y entonces tendrás que soportarme en persona.

Gracias a Tamara, porque ya lo sabéis, somos mucho más que compañeras de profesión. Es genial cuando tienes un día de mierda, un día de bajón en el que dudas hasta de los calcetines que llevas puestos, y ella está ahí para soltarte un discurso motivacional la hostia de bueno y sacarte una sonrisa con los tacos que suelta. Agradezco ese día en el que empezamos a hablar por Instagram y que al final nos convirtiésemos en hermanas en la distancia. T'estimo.

Mireya, la diseñadora que todos queremos en nuestra vida, a la que le lanzo una idea que yo visualizo en mi cabeza, y ella lo hace real, ¡y no solo eso! Lo mejora hasta tal punto que es imposible no emocionarse. Estoy muy orgullosa del equipo que hemos formado y de lo profesional que eres. Gracias por aguantar a la tóxica de Yanira.

Miri, la chica de las ideas gamberras, la que se sube al carro con cada novela, la que me manda audios riéndose con sus propias ocurrencias y consigue que yo termine riendo también. Gracias por formar parte de todo, no solo de los proyectos, sino de mi vida.

A mi amante de las causas perdidas, que siempre es capaz de salir a flote cuando una mierda mayor que la anterior la espachurra. Eres mi apoyo en la distancia y lo sabes. Gracias por todo.

Para todos los bookstagramers y booktokers que se toman la molestia de leerme y reseñarme, de hacer vídeos, post chulísimos y que nos dan visibilidad no solo a mí, sino a todas mis compañeras. Es genial sentirse tan arropada en el mundo virtual también. Sé lo mucho que trabajáis y el tiempo que le dedicáis para que todo quede perfecto, así que mil gracias por vuestro tiempo. ¡Sois increíbles!

No puedo terminar estas breves líneas sin mencionar a Sheila. Lectora, amiga, madres al borde de un ataque de pánico y muchas cosas más que compartimos. Que nadie te quite ese buen humor que siempre tienes y que nadie borre tu sonrisa. Eres la caña de España, ¿qué digo España? La caña del mundo entero y punto.

Y como siempre os digo… ¡Nos leemos!

ENCUENTRA MIS OTRAS NOVELAS

